QUIÉN ES FASCISTA

EMILIO GENTILE

Alianza editorial

EMILIO GENTILE

Quién es fascista

Traducido del italiano por
Carlo A. Caranci

Alianza editorial

Índice

Prólogo: Fascismo, eterno retorno
1. El fascismo nunca ha existido
2. Fascista: ¿quién?
3. El antifascista fascista
4. El fascista del 19, o sea, el falso centenario
5. El fascista totalitario
6. ¿Y si no fuese fascista?
Epílogo. Qué es el fascismo: un mapa histórico
Sobre el fascismo
Nota del autor
Créditos

Prólogo

Fascismo, eterno retorno

> ... se puede jugar al fascismo de muchas maneras, y el nombre del juego no cambia.
>
> UMBERTO ECO

Empecemos con una pregunta fundamental: en estos tiempos, en Italia, en Europa, e incluso en el resto del mundo, se habla de un retorno del fascismo. ¿Estás de acuerdo con esta afirmación?

Para contestar a esta pregunta deberíamos antes concretar de qué fascismo estamos hablando. Porque en el pasado ha habido varios movimientos y regímenes definidos como fascistas, que han tenido orígenes, programas, propósitos, duración y efectos muy diferentes, incluso opuestos. Y esta diversidad existe, se hable del fascismo como fenómeno italiano, o se hable del fascismo como fenómeno internacional, europeo o incluso mundial. Pero deseo manifestar ya mi punto de vista, sumariamente, para luego volver a la cuestión a lo largo de nuestro diálogo.

No creo que tenga ningún sentido ni histórico ni político sostener que hoy se está produciendo una vuelta del fascismo en Italia, en Europa o en el resto del mundo. Tomemos el caso italiano, donde la alarma por la vuelta del fascismo resuena con mayor agudeza. Hasta el punto de que ha vuelto a la circulación, con éxito, un ensayo de Umberto Eco titulado *Il fascismo eterno* [El fascismo eterno]. Sin embargo, pienso que su lectura podría producir efectos

opuestos a los que el autor deseaba cuando advertía que el 'fascismo eterno' «puede volver de nuevo bajo las vestiduras más inocentes», y que «nuestro deber es desenmascararlo y señalar con el dedo cada una de sus nuevas formas –cada día, en cada rincón del mundo–».

Debemos decir, sin embargo, que el ensayo es una conferencia de Eco ante un público estadounidense el 25 de abril de 1995, en el aniversario de la fiesta de la Liberación[1]*, que celebraba la victoria del antifascismo sobre el fascismo. Y te recuerdo que la celebración caía precisamente en el momento en que, por primera vez, el año anterior, habían entrado en el gobierno italiano los dirigentes de un partido que, durante medio siglo, había proclamado ser heredero y continuador del fascismo. Este hecho explica la alarma por el retorno del fascismo, precisamente en el aniversario de la Liberación.*

Es posible que tengas razón. Pero consideremos la tesis del 'fascismo eterno' desde otra perspectiva. Yo pienso, en efecto, que pese a la intención de querer poner en guardia contra el retorno del fascismo, esta tesis podría contribuir a debilitar el mismo antifascismo al que se quiere impulsar a la vigilancia y a la lucha, porque…

¡Espera un momento! ¿Estás diciendo, acaso, aun involuntariamente, que la tesis sobre la existencia de un 'fascismo eterno', en vez de contribuir a impedir la vuelta del fascismo, incluso lo favorecería, porque debilitaría al antifascismo? ¿No te parece que exageras?

¿Y tú piensas que yo no he reflexionado antes de expresar un juicio crítico sobre la tesis del 'fascismo eterno'? Pero, por muy paradójico que pueda parecerte, pienso que la tesis del eterno retorno del fascismo puede favorecer la fascinación por el fascismo de los jóvenes que poco o nada

saben del fascismo histórico pero se dejan sugestionar por su visión mítica, que se vería agigantada ulteriormente por la presunta eternidad del fascismo. Imagino que los neofascistas puedan sentirse orgullosos de militar en un movimiento al que un gran intelectual antifascista le ha atribuido eternidad, aunque lo haya hecho metafóricamente y para condenarlo. Quizá valdría la pena indagar qué efecto ha tenido la tesis del 'fascismo eterno' en los neofascistas que teorizan sobre un 'fascismo del 2000' y que se definen como 'fascistas del tercer milenio'.

Sí, sería interesante. Pero no creo que la eventual fascinación ejercida por el 'fascismo eterno' sobre los neofascistas baste para justificar tu afirmación según la cual aquel podría debilitar al antifascismo. Al contrario, podría dotarlo de una nueva vitalidad y vigor. La alarma sobre el hecho de que el fascismo siempre puede volver me parece un eficaz aviso para los antifascistas de hoy, con el fin de que estén preparados para enfrentarse al retorno del fascismo con otras vestimentas. Después de todo, si se postula la existencia de un 'fascismo eterno', de ello se deriva que existe también un 'antifascismo eterno', siempre vigilante contra los fascistas de todos los tiempos.

Sin duda, pero sería una objeción realmente muy curiosa, especialmente para aquel que estudia la historia como conocimiento crítico del pasado. Introducir la eternidad en la historia humana, atribuir la eternidad a un fenómeno histórico, aun con las mejores intenciones, implica una grave distorsión del conocimiento histórico. Sin considerar, además, que este atributo de eternidad se ha reservado solo para el fascismo, porque no circulan tesis sobre el 'jacobinismo eterno', el 'liberalismo eterno', el 'nacionalismo eterno', el 'socialismo eterno', el 'comunismo eterno', el 'bolchevismo eterno', el 'anarquismo eterno', etcétera. En

realidad, la tesis del eterno retorno del fascismo se basa en la utilización de analogías, que por lo general solo producen falsificaciones del conocimiento histórico.

Para seguir con el tema del fascismo, pongamos el ejemplo de la analogía entre la organización jerárquica de la Iglesia católica, con la figura carismática del pontífice en la cúspide, y la organización jerárquica del régimen fascista, con la figura igualmente carismática del Duce en su cúspide. De esta analogía podría derivar la tesis de que la Iglesia católica es una organización de tipo fascista, y el régimen fascista, una organización de tipo católico. El ejemplo no es paradójico, porque con el método de la analogía se ha aplicado efectivamente a la Iglesia el término 'totalitarismo', acuñado por los antifascistas para definir el fascismo en el poder.

La práctica de la analogía está muy difundida en las actuales denuncias sobre el retorno del fascismo, con un uso público de la historia en el que prevalece la tendencia a sustituir la historiografía –conocimiento crítico científicamente elaborado– por una especie de 'ahistoriología', como podríamos llamarla, en la que el pasado histórico se va adaptando continuamente a los deseos, esperanzas y temores actuales.

No he comprendido bien cuando has dicho que la historia es sustituida por la 'ahistoriología'. ¿Quizá querías decir 'astrología'?

No, he dicho exactamente *ahistoriología.* He considerado oportuno acuñar este neologismo para definir un nuevo género de narración histórica, muy mezclada con la imaginación, que tiene con la historia la misma relación que la astrología con la astronomía.

Resumiendo, tú niegas que haya una vuelta del fascismo, y

no piensas que al hacerlo eres tú quien debilita al antifascismo, al evitar exigirle que esté vigilante para hacer frente al fascismo que vuelve, y derrotarlo.

No creo. Me parece una simple consecuencia lógica afirmar que si hoy estamos ante un retorno del fascismo, habrá que reconocer entonces que el antifascismo no ha derrotado realmente al fascismo en 1945. Si así fuese, la celebración de la fiesta de la Liberación sería la celebración de una falsificación histórica, o, en todo caso, sería una celebración abusiva, porque en 1945 el antifascismo habría ganado solo una batalla contra el fascismo y no la guerra. Por consiguiente, deberíamos considerar la historia de la Italia republicana y democrática, en los últimos siete decenios, solo una tregua en una perpetua guerra entre fascismo y antifascismo, aunque punteada por repetidas vueltas del 'fascismo eterno', aun bajo las formas más diversas. Incluso con las vestimentas de los actuales movimientos populistas, que ensalzan el dogma de la soberanía popular, hasta reclamar la democracia directa; es decir, ensalzan precisamente lo que el fascismo negaba radicalmente, proclamándose el más formidable enemigo de los principios de la Revolución francesa.

No estoy de acuerdo en absoluto contigo. No pienso, en efecto, que la denuncia actual de una vuelta del fascismo sea una demostración involuntaria de que la Resistencia fue vencedora contra el fascismo solo en una batalla y no en la guerra. ¿No puede ser, acaso, que pasados setenta años desde la victoria del antifascismo contra el fascismo, exista hoy efectivamente un nuevo peligro fascista provocado por hechos y situaciones actuales, como la participación en el gobierno de exponentes neofascistas en 1994?

Precisamente, en 1994. Entonces quizá resultaba

justificada la alarma sobre una vuelta del fascismo porque, efectivamente, los neofascistas del Movimento Sociale Italiano [MSI; Movimiento Social Italiano], partido fundado en diciembre de 1946 por exjerarcas, funcionarios y supervivientes del régimen fascista y de la República Social Italiana[2], habían llegado al gobierno en una coalición encabezada por Silvio Berlusconi, un empresario millonario y propietario de una gran empresa multimedia que solo un año antes se había convertido de forma imprevista en fundador y jefe de un nuevo partido, Forza Italia, autodefiniéndose como liberal y anticomunista.

El partido neofascista se había presentado a las elecciones con la nueva denominación MSI-Alianza Nacional, creada en enero de 1994 por iniciativa del secretario general Gianfranco Fini, en alianza electoral con el partido de Berlusconi y la Lega Nord [Liga Norte], partido federalista con pretensiones secesionistas fundado por Umberto Bossi en 1989. En las elecciones políticas del 27-28 de marzo de 1994 el partido neofascista había obtenido, con el 13,5 por ciento de los votos, el máximo de su consenso electoral. Tres días más tarde, Fini declaró: «Mussolini es el mayor estadista del siglo». El éxito electoral había premiado a una coalición bastante estrafalaria, como peligro de una vuelta del fascismo, porque los neofascistas que creían en la primacía absoluta del Estado nacional y social, y en la unidad, se sentaban junto a los promotores de la independencia de la Padania[3], en un gobierno presidido por el máximo propugnador de un Estado poco social y muy privatizador, administrado según el estilo de la gestión empresarial.

En las celebraciones del 25 de abril de aquel año por la fiesta de la Liberación estalló la polémica sobre el retorno del fascismo y la actualidad del antifascismo, mientras que el

presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro, exhortó a la pacificación de un pueblo unido en los valores comunes de la Constitución. Pero no era la primera vez que en Italia sonaba la alarma contra el fascismo triunfante.

¿Quieres decir que ya antes de 1994 se había dado una vuelta del fascismo, que el antifascismo no habría sabido prevenir, impedir y derrotar, porque en 1994 había llegado incluso al gobierno?

Si recorremos la historia de Italia en los últimos siete decenios, encontramos, periódicamente, momentos en los que políticos e intelectuales de la izquierda, especialmente comunista y socialista, han denunciado el peligro del fascismo, con el que no se referían ya solo al fascismo de Mussolini, ni siquiera al neofascismo de sus nostálgicos seguidores y herederos. El fascismo del que hablaban los comunistas y los socialistas era un nuevo fascismo, disfrazado incluso de antifascismo. En 1951 un acreditado exponente socialista, Lelio Basso, publicó un libro titulado *Due totalitarismi. Fascismo e democrazia cristiana* [Dos totalitarismos. Fascismo y democracia cristiana], en el que sostenía que «el verdadero peligro de totalitarismo en Italia no es el representado por los nostálgicos del neofascismo» sino por la Democracia Cristiana, que presidía el gobierno del país con Alcide De Gasperi, un antifascista católico que se había opuesto al régimen fascista hasta la caída de este.

Pienso, sin embargo, que la acusación a la Democracia Cristiana de ser un fascismo camuflado de antifascista y democrático no era más que consecuencia de la violenta polémica provocada por la definitiva exclusión de los comunistas y de los socialistas del gobierno en mayo de 1947, después de que hubieron estado presentes en todos los gobiernos desde abril de 1944.

Sin duda, la opinión de Basso estuvo condicionada por la exclusión de los comunistas y socialistas del gobierno y por el anticomunismo de los gobiernos democristianos desde 1947. Pero ya desde el inicio de la Liberación, el 29 de abril de 1945, el exponente socialista había denunciado la existencia de un enemigo 'más insidioso' que el fascismo recién derrotado, es decir, «el fascismo camuflado y mimetizado bajo ropajes antifascistas e incluso democráticos». Como puedes ver, esta denuncia se adelantaba cincuenta años a la tesis del eterno retorno del fascismo con otros ropajes.

Fueron sobre todo los comunistas quienes pusieron en guardia contra la persistencia del fascismo en la Italia gobernada por la Democracia Cristiana. Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista, sostenía en 1952 que «el fascismo en el período actual de nuestra vida nacional es algo que siempre está presente, como peligro y amenaza que se cierne sobre nosotros», porque el «propósito de volver a una hegemonía reaccionaria del viejo estilo liquidando incluso las formas de la democracia está presente en el grupo dirigente capitalista en una proporción más amplia de lo que podemos creer [...] en el interés de la conservación social en general y del imperialismo [norte]americano en general. [...] Por todo esto, el fascismo sigue presente como peligro y amenaza seria, y habrá que tener los ojos abiertos y un ánimo vigilante para no ser arrollados».

La alarma de un peligro fascista ha sonado periódicamente a lo largo de setenta años, en momentos de graves conflictos sociales, 'estrategia de la tensión', intentos de golpe de Estado, terrorismo neofascista, hasta llegar a nuestros días. Por eso, antes de que continuemos nuestro diálogo, te invito otra vez a reflexionar sobre esta

consideración: si existe un fascismo que vuelve perpetuamente, esto quiere decir que el antifascismo está destinado a una continua derrota.

Resumiendo, tú no crees que el peligro de un nuevo fascismo se cierna sobre la democracia en Italia, en Europa y en otros continentes. No son, pues, nuevos fascistas los gobernantes y movimientos que ensalzan al pueblo como una colectividad virtuosa, desprecian la democracia parlamentaria, hacen un llamamiento a la calle contra las instituciones constitucionales, postulan el gobierno de un hombre fuerte, defienden la primacía de la soberanía nacional, son hostiles a los migrantes y manifiestan actitudes, comportamientos y lenguaje brutales. ¿Y no es, quizá, un síntoma fascista invocar a un hombre fuerte para el gobierno? Si no es la vuelta del fascismo, ¿cuáles son, según tú, los peligros que amenazan a la democracia, que en todas partes parece estar en crisis?

Bien, tú has anticipado con vehemencia los temas principales de nuestro diálogo sobre quién es fascista. Pero es evidente que si los nuevos fascistas son los gobernantes y los movimientos que ya has indicado, no hay razón para seguir, pues sabemos ya cuál es la respuesta. Pero es precisamente por esta respuesta por lo que se reabre la discusión, que tiene sentido solo si la colocamos en una perspectiva histórica: no podemos prescindir del fascismo histórico para establecer si hoy existe realmente el peligro de una vuelta del fascismo que amenaza a la democracia.

Pero no has respondido a mi pregunta sobre si pueden ser definidos como fascistas los actuales movimientos de extrema derecha que, desde hace unos decenios, y sobre todo en tiempos muy recientes, están surgiendo y se están extendiendo por toda Europa. Uno de los ejemplos más recientes es el repentino e imprevisto éxito electoral de Vox, el partido dirigido por

Santiago Abascal, que apenas tiene seis años de vida, y que tras sacar doce escaños en las elecciones andaluzas de diciembre de 2018, ha obtenido veinticuatro en las legislativas de abril de 2019 cuando en anteriores comicios apenas obtuvo el 0,2 por ciento. Muchos comentaristas lo han identificado como una señal del despertar del franquismo.

Pero precisamente el caso que tú has citado ahora refuerza mi perplejidad respecto a la caracterización de estos movimientos y partidos de derechas, incluso de extrema derecha, como vuelta del fascismo bajo otros ropajes. Vox profesa una ideología nacionalista de inspiración católica, reafirma la primacía de la unidad estatal monárquica, se opone a los movimientos autonomistas y separatistas, y las organizaciones no gubernamentales que «persiguen la destrucción de la unidad territorial de la nación y su soberanía», exige «la máxima protección legal a los símbolos de la nación», incluida la lengua española excluyendo toda forma de bilingüismo regional; propone un proyecto de protección de la identidad nacional, «homenajeando a todos aquellos que, desde una perspectiva histórica distinta han combatido por España», con evidente referencia a la rehabilitación de la «memoria franquista». Por consiguiente, Vox es decididamente hostil a la inmigración indiscriminada, quiere deportar a los inmigrantes clandestinos, reclama la represión del fundamentalismo islámico. Finalmente, Vox se inscribe en la extrema derecha católica tradicionalista en su concepción de la familia, en la prohibición absoluta del aborto, en su oposición al feminismo.

Podría continuar enumerando los puntos fundamentales del programa que el partido de Abascal pretende llevar a cabo. Pero todos estos puntos configuran en conjunto un partido de extrema derecha nacionalista católica, que lo

engloba junto a otros partidos de extrema derecha europea, pero en otros aspectos es muy distinto, si no incluso opuesto. Como opuesto es el estatalismo nacional unitarista, por ejemplo, al secesionismo originario de la Liga de Matteo Salvini, que, aunque ha atenuado su mito de la Padania, continúa propugnando el máximo autonomismo regional y se guarda de exigir la obligatoriedad de la lengua italiana.

¿Y la defensa de la familia tradicional, la prohibición del aborto, la homofobia, no son acaso características esenciales del fascismo?

Entonces deberíamos considerar fascistas no solo todos los movimientos tradicionalistas católicos, sino también la Francia de la IV República, que prohibía el aborto, impulsaba a las familias prolíficas y vio crecer movimientos que se oponían a la inmigración y propugnaban la expulsión de los inmigrantes recientes. Entonces ¿era fascista Gran Bretaña, que en 1929 aprobó una ley para salvaguardar la vida de los recién nacidos castigando el aborto con la cadena perpetua? Y fascista era también la Unión Soviética, que en 1936 puso fuera de la ley el aborto, dificultó el divorcio y programó celebraciones nacionalistas de las glorias rusas del pasado zarista.

Como ves, es fácil constatar analogías entre el fascismo histórico y movimientos, partidos y regímenes del pasado y del presente que no eran fascistas o eran claramente antifascistas. El nacionalismo estatalista y el tradicionalismo católico no fueron exclusivamente fascistas, como el racismo y la xenofobia, que existían antes del fascismo, e involucraron también a movimientos y gobiernos antifascistas que se oponían y combatían al fascismo en los años de entreguerras. Partidos nacionalistas, partidos soberanistas, partidos católicos tradicionalistas, en la Europa

actual, no pueden ser identificados con un presunto 'fascismo eterno', sin que se pierda la posibilidad de un conocimiento realista y racional de la realidad en la que vivimos, sumergiéndonos en una noche en la que todas las vacas son negras.

Por este motivo insisto en decir que no podemos prescindir del fascismo histórico para definir quién es fascista, y utilizar el término 'fascista' para movimientos políticos que no presentan en absoluto las características peculiares del fascismo histórico. O tienen incluso características contrarias.

Si son fascistas todos aquellos que presentan las características que tú has descrito, desde la primacía del Estado soberano, hasta el ensalzamiento del pueblo o la invocación del hombre fuerte, entonces eran fascistas los jacobinos, los patriotas que han luchado para tener un Estado independiente y soberano, los norteamericanos que votaron nada menos que tres veces para elegir a Franklin D. Roosevelt para la presidencia de Estados Unidos, los británicos que aclamaron a Churchill como *premier* en la guerra contra Hitler y los franceses que entre 1959 y 1969 eligieron a De Gaulle como jefe del Estado.

Resumiendo, si no queremos hacer ahistoriología, no podemos prescindir del fascismo histórico para definir quién es fascista, o usar el término 'fascista' para movimientos políticos que no presentan en absoluto sus características peculiares, o incluso tienen características opuestas al fascismo histórico, es decir, al fenómeno político que ha dejado su marca en la historia del siglo XX, imponiéndose en Italia en los años de entreguerras como partido milicia, régimen totalitario, religión política, regimentación de la población, militarismo integral, preparación belicosa a la

expansión imperial, y convirtiéndose en un modelo de otros partidos y regímenes surgidos en el mismo período en Europa, para acabar luego arrollado y destruido por la derrota militar en 1945.

No podemos aceptar la fórmula ahistoriológica de la *historia-que-nunca-se-repite-pero-que-siempre-vuelve-bajo-otras-formas.* Y tampoco podemos inventarnos periódicamente una nueva definición de fascismo para denunciar quién es el fascista de turno. Si hiciésemos esto, imitaríamos a Karl Lueger, el popular alcalde racista y antisemita de Viena entre 1897 a 1910 que afirmaba: «yo decido quién es judío», reformulando esta declaración de otra manera: «yo decido quién es fascista».

Estás diciendo que el uso impropio o arbitrario del apelativo 'fascista' ¿podría incluso constituir un peligro para la democracia?

Ha ocurrido ya, a lo largo de la historia entre las dos guerras mundiales, que el uso poco apropiado del término 'fascista' o 'fascismo', aplicado a quien no era fascista e incluso, con frecuencia, a quien se oponía al régimen fascista, ha dañado a la democracia, contribuyendo a debilitar precisamente a las fuerzas antifascistas. En efecto, como veremos más adelante en nuestro diálogo, en vez de hacer un frente común contra el fascismo, los antifascistas se dividieron y se combatieron unos a otros: por ejemplo, durante un decenio, de 1924 a 1934, los comunistas acusaron a los antifascistas socialistas, republicanos, liberales, democráticos y conservadores de ser 'fascistas'.

---

1 Se refiere a los festejos y celebraciones anuales por el fin de la Segunda Guerra Mundial y del fascismo en Italia *(N. del t.)*.

2 Repubblica Sociale Italiana (RSI). Al caer Mussolini en 1943, Italia se dividió en dos bandos, los fascistas de la RSI, bajo el ala alemana, y el Gobierno italiano monárquico del sur, bajo el ala de los aliados y en colaboración con los

movimientos partisanos antifascistas. Consecuencia de esto fue una cruenta guerra civil de dos años entre unos y otros enmarcada dentro de la guerra mundial que acabó con la derrota del fascismo *(N. del t.)*.

3 Padania: nombre del estado propugnado por la Liga Norte, que se separaría de Italia, y que dividiría a Italia entre un Norte considerado celta (y germano…) y el resto de la península, que sería mediterráneo, sureño y, por tanto, de raza y cultura inferiores. La versión estrecha excluye de la Padania a las 'mediterráneas' Toscana, Umbría y las Marcas (menos Pésaro, que sería celta); la versión amplia incluiría con la boca pequeña a estas regiones excluidas antes. La ideología de la Padania es de carácter fascista, e incluye diversas mitologías históricas, reales o falsas. Hoy parece mostrarse, tácticamente, federalista. *(N. del t.)*.

1

El fascismo nunca ha existido

Querría continuar con una pregunta provocadora, pero sé que a ti las preguntas provocadoras no te gustan, por lo que…

No me gustan, es verdad. Y no me gustan porque, cuando se discute, quien provoca, para utilizar la definición de la palabra que recogen los diccionarios, quiere «conducir a un sentimiento negativo o a un comportamiento agresivo», o bien, «portarse con alguien de manera ofensiva, irritante, hostil, con el fin o con el resultado de suscitar en él una reacción violenta». Un diálogo como este solo tiene como fin el conocimiento y la comprensión de los hechos, y sobre todo de los hechos históricos, que son, en sí mismos, fuente de controversia, en especial si el objeto de la discusión es un fenómeno muy complejo como el fascismo, al que se le atribuye nada menos que eternidad, aunque sea en sentido metafórico. Así, pues, en un diálogo en el que es un deber ejercer una racionalidad crítica, asociada indisolublemente con la probidad intelectual, la provocación es siempre una ridícula pérdida de tiempo.

… por lo que borro la palabra 'provocadora' y te replanteo la pregunta tranquilamente. En tu libro Fascismo. Historia e interpretación*, la introducción tiene un título que a mí –y perdona si vuelvo a usar la palabra que dices detestar– me parece evidentemente provocador:* ¿Ha existido el fascismo? *Y, por añadidura, como si no bastase esta provocación –¡caray, la he usado de nuevo!–, después del título has añadido un exergo*

en el que, fingiendo atribuirlo a un anónimo del siglo XXI, respondes: «Quizá el fascismo nunca ha existido». Si esta no es una provocación –¡y ya van tres!–, entonces yo no sé qué quiere decir provocar. A mí me parece que, sin nombrarla, tú querías polemizar de manera provocadora –¡y van cuatro!– contra la tesis del 'fascismo eterno'.

Con el título del capítulo y con el exergo no me refería a la tesis del 'fascismo eterno', sino a la que en el libro que has citado llamo la 'desfascistización del fascismo' que la precedió en muchos años y que desmintió, anticipadamente, no solo la tesis del eterno retorno del fascismo sino también todas las continuadas alarmas por su periódica reaparición, bajo los más variados ropajes, porque no puede volver periódicamente lo que nunca ha existido. Negar la existencia del fascismo significa negarle todos los atributos que le han pertenecido históricamente, y que lo han caracterizado como nuevo fenómeno político, como ideología, como régimen de Estado; lo que queda es solo un vocablo que puede significar todo y nada. Sería como si, por ejemplo, del comunismo soviético eliminásemos el bolchevismo, del bolchevismo eliminásemos el partido como vanguardia de revolucionarios de profesión, o como si del nacionalsocialismo eliminásemos el antisemitismo y el racismo.

Pero estás planteando hipótesis traídas por los pelos, porque a nadie se le ocurriría sostener que el nacionalsocialismo no fue antisemita y racista, o que el comunismo soviético no fue bolchevique.

Ya. Pero aun así, estas hipótesis por los pelos, como dices tú, se han aplicado concretamente durante más de setenta años, incluso antes del fin del fascismo. Y hay quien se obstina en aplicarlas todavía hoy, con la pretensión de haber hecho un descubrimiento maravilloso, para sostener que no

hubo una ideología y una cultura fascistas, no hubo un Estado fascista, no hubo una clase dirigente fascista, ni siquiera un régimen totalitario fascista. Y ni siquiera hubo fascistas, porque no fueron fascistas las masas italianas, y no fue realmente fascista una gran parte de los hombres que participaron en el nacimiento del Partido Fascista, en la conquista del poder, en la construcción del régimen totalitario y en su gestión bajo el dominio de Mussolini.

Sin sus atributos históricos, al fascismo se lo ha representado durante mucho tiempo, y todavía se lo representa así por parte de los ahistoriólogos que escriben sobre fascismo, como una ópera bufa, un hecho en su conjunto grotesco, salvo por lo que respecta a alguna degeneración trágica, como la violencia ejercida por los escuadristas[4], el asesinato de Matteotti, las leyes racistas y el antisemitismo. Toda la experiencia del Ventenio fascista[5] se ve así reducida a una grotesca farsa de simulación colectiva, una representación a la que los italianos se habrían dedicado durante dos decenios, aceptando la dictadura personal de un Duce histriónico bravucón y fanfarrón.

Pero ¿estás de broma?

En absoluto. Hablo en serio, muy en serio. Como hay que hablar cuando se trata de la historia en general, y de la historia del fascismo en particular, que es algo de extrema gravedad, pues, si no, no estaríamos aquí discutiendo. Algún ahistoriólogo, que escribe historias del fascismo formadas por anécdotas y frases ingeniosas, me ha acusado incluso –para él sería una acusación, para mí es un cumplido– de tomarme el fascismo en serio. Ahora bien, la desfascistización del fascismo se ha originado precisamente por la falta de seriedad por parte de los mismos antifascistas que lo habían derrotado en 1945, al enfrentarse al problema

del fascismo tras el fin de este. Y sigue hasta nuestros días, hasta los actuales ejercicios lúdicos para jugar a desenmascarar quién es fascista hoy, aunque no se declare así.

¿Puedes explicar mejor qué entiendes por 'desfascistización del fascismo' y por qué, paradójicamente, afirmas que el fascismo nunca ha existido?

Respondo primero a la segunda pregunta, citándote una curiosa coincidencia. Unos años después de haber publicado el libro que tú has citado, un colega mío me regaló un librito, publicado en Roma en 1944, titulado *Tra il fascio littorio e la bandiera rossa. Note e commenti di un venduto* [Entre el fascio lictorio y la bandera roja. Notas y comentarios de un vendido], y cuyo primer capítulo se titula: *El fascismo nunca ha existido,* indicando que se trataba de un artículo publicado en un periódico clandestino el 15 de marzo de 1944.

El anónimo autor empezaba observando que «un hombre de poca fe podrá dudar que haya existido Jesucristo, pero nadie dudará de la existencia del cristianismo. En cambio, para el fascismo ocurre precisamente lo contrario. Ha existido el inventor del fascismo: Mussolini; pero el fascismo nunca ha existido». Y las pruebas que el anónimo aducía eran los veinte años de fascismo «dominados por la más desvergonzada contradicción y la más grosera incompetencia» de una «descarada tiranía apoyada en las bayonetas de la milicia pretoriana, pero más todavía en el consenso interesado de miles de individuos, grandes y pequeños, que, incapaces e improductivos, habían encontrado un comedero gratuito y una acomodación digna de sus inútiles vidas». Y las pruebas sobre la inexistencia del fascismo continuaban: «No ha existido ninguna doctrina fascista. Pero sí ha existido, en cambio, un colosal desfile

carnavalesco de formalidades y ritos, extraídos de tradiciones de pueblos y de épocas muy diferentes entre sí». Para concluir que, si no había existido el fascismo, había existido, sin embargo, «el foro Mussolini y el obelisco Mussolini [...]. Sobre todo ha existido Mussolini, el Dios en la tierra. [...] Ha existido el Duce, el Numen, el Ídolo de cartón piedra, pero no ha existido la Patria. ¡Palabras y viento!».

Creo que ha sido necesario incluir esta larga cita porque ha habido, y todavía hay, historiadores, filósofos, estudiosos y publicistas de cualquier orientación que han replanteado las mismas tesis del anónimo 'vendido', aunque sea a veces con argumentos más sofisticados: por ejemplo, han afirmado que el fascismo no tenía ideología; que no había construido un régimen totalitario y ni siquiera realmente fascista, porque era fascista solo de fachada y totalitario solo de nombre; mientras que otros han sostenido que todo el fascismo se reducía al 'mussolinismo'.

Pero no puedes negar que sin Mussolini no habría habido fascismo, y que para millones de italianos, y también de extranjeros, el fascismo se identificaba efectivamente con la omnipresente, molesta y dominante persona del Duce, como ha sostenido Piero Melograni, historiador al que yo sé que estabas ligado por estima y amistad.

He discutido a menudo con el llorado amigo Melograni, del cual yo apreciaba mucho obras como *Storia politica della Grande Guerra* [Historia política de la Gran Guerra] y *Gli industriali di Mussolini* [Los industriales de Mussolini], su tesis, que reducía el fascismo al mussolinismo, porque nunca me ha convencido. Sin duda, la identificación del fascismo con la persona de Mussolini ha sido y sigue siendo la imagen más corriente del Ventenio fascista, y la más difundida. Se

trata, por otro lado, de una imagen que el propio fascismo alimentaba, intensificaba, difundía de manera casi paroxística. Y que Mussolini ha sido un componente originario, fundamental, dominante en la historia del fascismo es una evidencia innegable. Pero la relación entre Mussolini y el fascismo nunca se ha caracterizado por una especie de identificación, en la que Mussolini reabsorbía en sí mismo todo el fascismo. El fascismo fue movimiento, partido y régimen muy complejos en su desarrollo histórico. Desde el punto de vista organizativo, cultural e institucional, el fascismo era la resultante de muchos componentes, que en Mussolini tenían, por así decir, su síntesis, pero sin agotarse en su persona. Con una imagen, podríamos decir que el mussolinismo era como el eje de una rueda, que para moverse necesita de los radios y de la llanta. Porque, en caso contrario, el eje gira en vacío.

¿Qué otros aspectos ha tenido la 'desfascistización del fascismo'?

Bueno, en parte pienso que ya te he explicado lo que significa. La desfascistización del fascismo coincide en muchos aspectos con su banalización, quizá el aspecto más grave, que durante varios decenios ha favorecido, y sigue favoreciendo, a la ahistoriología respecto a la historiografía. Cito, como ejemplo –pero es un ejemplo importante–, la tendencia difundida incluso en obras históricas apreciables a vaciar al fascismo de los propios fascistas, es decir, a sostener, contra las pruebas más evidentes e irrefutables, que la mayor parte de los militantes del Partido Fascista, de aquellos que como fascistas ocuparon puestos de poder en el régimen y en el Estado fascistas, e incluso los fascistas más eminentes, que fueron los artífices y protagonistas del fascismo durante veinte años, en el partido, en el régimen, en el Estado, en la cultura, en realidad no eran realmente

fascistas. Como no lo eran las masas de italianos e italianas de todas las edades reclutados por las organizaciones del partido, ni las multitudes ingentes que aclamaban al Duce en la plaza Venezia y en las plazas de gran parte de las ciudades italianas. Y tampoco habrían sido realmente fascistas los numerosos grupos de intelectuales, filósofos, juristas, economistas, científicos, historiadores, técnicos, artistas y arquitectos que ofrecieron su colaboración para la elaboración y realización de leyes, institutos, obras que ensalzaban al fascismo y celebraban al Duce.

Así, personajes de primer plano del fascismo, presentes en la cúspide del régimen durante todo el Ventenio, como Luigi Federzoni, Giuseppe Bottai, Dino Grandi o Italo Balbo, pese a su implicación en todas las decisiones y acciones del fascismo, siempre acatando y obedeciendo las órdenes del Duce, en realidad habrían sido disidentes, herejes, desobedientes, liberales, a menos que fuesen incluso, íntimamente, adversarios del régimen y de Mussolini, como algunos de ellos revelaron en memorias redactadas tras el fin del fascismo.

Resumiendo, ¿todos simularon ser fascistas?

Así sería, si sus testimonios y revelaciones póstumos de su íntima disidencia fuesen sinceros. Pero no lo fueron, pues lo desmienten todos los documentos existentes sobre su pensamiento y su comportamiento manifestados públicamente a lo largo del Ventenio, como demostré en el libro *25 luglio 1943* [25 de julio de 1943]. Y tampoco parece convincente, a la luz de los documentos, la otra justificación póstuma, aducida por muchos jerarcas, según la cual habrían ocultado su íntima disidencia sin ponerla nunca de manifiesto: simulando siempre ser fascistas fieles y devotos del Duce, pudieron trabajar ofreciendo sus competencias por

el bien y la grandeza de Italia. Pero sería otra forma de desfascistización del fascismo, a la que han dado crédito incluso valiosos estudiosos.

---

4 Escuadristas *(squadristi):* excombatientes de las tropas de asalto, exsoldados y oficiales descontentos, a los que se unirán nacionalistas de derechas, antiparlamentarios, parados, futuristas, algunos intelectuales derechistas, lumpen urbano y delincuentes comunes, frustrados por las promesas sociales incumplidas de los gobiernos italianos posteriores a la Gran Guerra en favor de los desmovilizados, y por las escasas ganancias territoriales atribuidas en Versalles a Italia tras los grandes sacrificios de la contienda. Sus acciones violentas se dirigieron contra las izquierdas y a veces contra las derechas liberales, lo que puso a Italia al borde de la guerra civil. Convertidos en Partido Nacional Fascista en 1921, con él Mussolini tomará el poder en 1922 *(N. del t.).*

5 Ventenio *(Ventennio):* denominación de los años que duró el régimen de Mussolini en Italia, en realidad 23 años, desde 1922 hasta 1945, incluidos los años de la República Social Italiana bajo el ala de la Alemania nazi, tras la división del país en dos partes antagónicas *(N. del t.).*

2

Fascista: ¿quién?

Resumiendo, tú no crees que el fascismo pueda volver. Pero replico con una pregunta casi obvia: entonces ¿por qué se oye hablar tan a menudo de fascistas, como si estuviesen presentes siempre y en todas partes, en los momentos más variados, en los más diversos países del mundo? Si recorro la crónica de los últimos siete decenios, desde el fin del fascismo como partido y como régimen, la palabra 'fascista', quizá más que la propia palabra 'fascismo' es recurrente, a menudo, como para revelar un fenómeno perenne y omnipresente.

¿Perenne y omnipresente? Podría parecer que sí. Aunque la pregunta recurrente «quién es fascista» en realidad es más frecuente en ciertos períodos, y menos en otros. Su frecuencia, en los últimos cien años, ha sido como una ola léxica, que sube y baja, a veces alta y densa, a veces baja y débil, pero que vuelve continuamente, aunque cada vez con significados distintos de la palabra 'fascista', porque aquellos a los que se señala como fascistas tienen, con frecuencia, características distintas.

La omnipresencia de la palabra 'fascista', su constante vuelta, puede parecer la confirmación de la existencia de un fascismo perenne, si no incluso eterno. Pero no se trata de un verdadero retorno del fascismo en la realidad histórica sino, como mucho, principalmente y sobre todo, del uso cada vez más elástico –podríamos definirlo así– de esta palabra.

Ya lo constataba Benedetto Croce en un artículo publicado el 29 de octubre de 1944, titulado *Chi è 'fascista'?* [¿Quién es 'fascista'?], en el que observaba que en las «polémicas diarias, la calificación de 'fascista' se lanza y se vuelve a lanzar por parte de un adversario contra otro. [...] Pero esa palabra, de las maneras en que se emplea, corre el riesgo de convertirse en un dicho simple y general de ultraje, que vale para todos los casos, si no se determina y no se mantiene firme su propio significado histórico y lógico». Croce citaba, por ejemplo, cómo «por parte de los comunistas y socialistas italianos la referencia lógica e histórica de la palabra se dirige, con mucha frecuencia, a los liberales, católicos-democráticos y otros partidos no comunistas ni socialistas revolucionarios, pero que profesan el método de las elecciones libres y de las votaciones legales y que, por ello, como tales, se ven acusados, según guste más o menos, ora de 'conservadores', ora de 'fascistas'; y, por parte de estos partidos, la palabra, opuestamente, se le lanza a su vez a la cara a los comunistas y socialistas revolucionarios, porque predican el recurso a la violencia y a la dictadura, aunque sea en el nombre del Proletariado y no del Estado o de la Nación».

Desde el tiempo en que Croce escribía, el uso de la calificación de 'fascista', en el lenguaje tanto político como académico, se ha dilatado continuamente, según el flujo de la ola léxica, para incluir a personas, movimientos y regímenes a veces semejantes y afines entre sí, otras veces diferentes e incluso opuestos. En el lenguaje político corriente el término 'fascismo' se utiliza universalmente siempre en un sentido despectivo (a excepción de quien se declara fascista) como sinónimo de derecha, de contrarrevolución, reacción, conservadurismo, autoritarismo, corporativismo, nacionalismo, racismo,

imperialismo. En cuanto a la palabra 'fascista', está omnipresente en el mundo, en todas las lenguas, como sinónimo de autoritario, violento, represivo, racista, machista: fascista es el padre que castiga, el profesor que suspende, el estudiante que hace *bullying,* el guardia que pone una multa, el árbitro que no es imparcial.

Pero para no salirnos del ámbito político, ya hace un siglo, es decir, desde que el fascismo apareció en la historia, que el término 'fascista' se suele referir a todo aquel que use la violencia contra sus adversarios políticos, tratándolos como enemigos irreductibles, con los que ningún compromiso, tregua o paz va a ser nunca posible, sino solo una lucha sin piedad hasta su aniquilación. En otras palabras, es fascista aquel que concibe la política no como un enfrentamiento pacífico entre adversarios, sino como un conflicto basado en la antítesis irreductible 'amigo-enemigo'. Pero entonces debemos llamar 'fascistas' a todos los revolucionarios, que son tales porque conciben la lucha política como una guerra civil en el seno de un Estado para desalojar a una clase dirigente, abatir un régimen y construir otro con una nueva clase dirigente formada por los propios revolucionarios.

Según lo que tú afirmas, podemos considerar entre los fascistas de hoy a todos los terroristas. Y me refiero no solo a los terroristas de la extrema derecha neofascista, sino también a los terroristas islámicos. Y los ejemplos podrían continuar y serían numerosos, si convenimos en que es fascista cualquiera que use la violencia en la lucha política.

En efecto, por lo que respecta a los terroristas islámicos, su inclusión entre los fascistas de hoy se ha contemplado con frecuencia en los últimos años por parte de los occidentales. Se ha introducido, en este sentido, una nueva categoría, el 'islamofascismo', referido no solo a los

terroristas sino a todos los regímenes islámicos nacionalistas, autoritarios, antisemitas y belicosos. Así, se llamó fascista a Sadam Husein, a Mahmud Ahmadineyad, Osama bin Laden, Abu Bakr Al-Baghdadi; y, antes que a estos, a Gamal Abdel Nasser y a Muamar El Gadafi. Mientras que desde el lado islámico se ha calificado de fascista al Estado de Israel. Obviamente, en ambos frentes ha habido protestas vehementes para rechazar la denominación. Y no se han salvado ni siquiera los actuales regímenes comunistas que sobrevivieron al fin del comunismo en la Unión Soviética y en Occidente: así, se ha llamado fascista a Kim Jong-il y luego a Kim Jong-un, su hijo y sucesor en el poder absoluto en Corea del Norte. Y más recientemente, la calificación de fascista le ha tocado a Xi Jinping, jefe supremo de la República Popular China. Y la lista podría continuar, acompañada por objeciones o aprobaciones sobre la atribución de este epíteto despectivo, para definir comportamientos de jefes despóticos, violentos, represivos, belicosos.

Pienso, pues, llegados a este punto de nuestro diálogo, que es oportuno proceder a tratar de explicar sobre todo qué significa históricamente ser fascista, dónde se origina este término y qué validez real puede tener para definir personas, movimientos y regímenes de nuestro tiempo. Me ceñiré, por tanto, al ámbito exclusivamente político, considerando solo el significado político de la investigación sobre quién es fascista.

No veo qué otro significado pueda atribuirse al fascismo, teniendo en cuenta que, desde que este vocablo ha entrado en circulación, siempre ha tenido un significado exclusivamente político referido, por su origen, al movimiento, al partido y al régimen asociados a la persona de Mussolini, para aludir, posteriormente, a movimientos y regímenes políticos

considerados semejantes al fascismo mussoliniano.

Tienes razón solo en parte, porque, como veremos más adelante, se da una especial singularidad en el significado que se atribuye al fascismo y a sus derivados, especialmente en el caso de Italia, pues su uso y significado de han extendido de la política a la antropología, con referencias nada políticas respecto al carácter de los italianos. Pero no nos anticipemos.

Por el momento, si no queremos perdernos en el boscaje de todas las diversas extensiones en la atribución del epíteto 'fascista', debemos remontarnos al origen del sustantivo y del adjetivo, para darnos cuenta de la razón por la que, entre todos los términos del lenguaje político del siglo XX, solo el fascismo se ha hecho tan elástico y multiforme como para poder ser aplicado a las más variadas realidades históricas, sociales, culturales, religiosas y geográficas. Así que trataré de explicar por qué considero que precisamente de su significado histórico original han surgido muchas de las cuestiones y de las dificultades que se han encontrado, a lo largo de los últimos cien años, en el uso del término 'fascismo'.

Pero, una vez hayamos concretado, como por otra parte es cosa sabida, que fascismo y fascista tienen su origen en el movimiento fundado por Mussolini, me parece que insistir sobre el significado originario de la palabra 'fascismo' no es más que una minucia léxica, una nimiedad, como habría dicho tu amigo Totò[6]*, porque lo que nos importa a nosotros hoy, cuando discutimos sobre el retorno del fascismo, es su significado político en nuestro tiempo.*

Si queremos tratar la cuestión seriamente, debemos, necesariamente, seguir el camino de la historia, el único que puede conducirnos a comprender si el temido retorno del

fascismo es una realidad actual o un ejercicio lúdico en el que participan todos aquellos que tienen la pretensión de saber descubrir quién es fascista hoy.

Pero todavía no consigo entender por qué atribuyes tanta importancia al significado originario de la palabra 'fascismo', como si para ti de la definición del nombre dependiese la comprensión de lo definido. ¿No sería mejor que siguieses el consejo del filósofo griego Misón de Quene, uno de los Siete Sabios, según el cual hay que indagar las palabras partiendo de las cosas, y no al contrario?

En el caso del fascismo, como trataré de demostrarte, es precisamente la palabra la que hace complicado indagar la realidad a la que alude, porque con la misma palabra se han denominado cosas distintas, muy diversas, como muy diverso es un movimiento político que propugna una democracia libertaria antiestatalista, por parte de un partido armado que efectivamente conquista el poder e instituye el totalitarismo de un régimen de partido único. El hecho de que el fascismo en Italia haya sido antes una cosa, y luego otra, hace necesario indagar en el origen histórico de la palabra. En efecto, fue inmediatamente después de la subida al poder del fascismo cuando el sustantivo y el adjetivo con los que se designaba al partido y al régimen a cuya cabeza estaba Mussolini tuvieron amplia difusión fuera de Italia y todas las lenguas los adoptaron, sin traducirlos pero adaptándolos a los distintos léxicos.

¿Por qué motivos esta palabra italiana ha sido adoptada en todas las lenguas? Puede decirse que la lengua italiana ha dado al lenguaje universal dos palabras agradables, como pizza y pasta, y dos palabras desagradables, como mafia y fascista.

Las respuestas pueden ser muchas, tantas como países,

lenguas, historias, circunstancias y contextos hay en los que la palabra fascista se ha empleado, más allá del insulto ocasional. Por el momento, podemos empezar por la singularidad de este vocablo político, 'fascismo', que empezó a circular por primera vez en 1919, respecto a los demás términos principales utilizados para definir a los militantes, a los miembros, a los simpatizantes de movimientos políticos contemporáneos. Si digo: soy demócrata, liberal, nacionalista, socialista, comunista, anarquista, bastan estos adjetivos para hacer entender cuál es mi ideología política, pues esta es comprensible ya desde la propia etimología de la palabra: el demócrata quiere el gobierno del pueblo; el liberal, la libertad individual; el nacionalista, la supremacía de la nación; el socialista, la igualdad social; el comunista, la comunión de los bienes, y el anarquista, la abolición del poder. El vocablo 'fascismo', en cambio, si no lo referimos explícita y directamente al fascismo italiano con su jefe Benito Mussolini, no expresa por sí mismo ninguna finalidad política, salvo la de unir en un haz.

Sin embargo, podría observar que también 'fascismo', como los demás vocablos políticos, expresa en su etimología un significado político, pues apelo a la romanidad, simbólicamente evocada por la enseña de origen etrusco representada por un haz de varas unidas por correas, con un hacha insertada encima o a un lado, que llevaban los lictores que acompañaban a los magistrados de la república romana.

No es tan evidente como tú crees. En efecto, según el significado etimológico, puede llamarse 'fascista' a cualquier grupo de personas que se asocian formando un haz, precisamente, para perseguir alguna finalidad social, política o incluso pedagógica. Fascista se podría aplicar, entonces, también a la república de los Estados Unidos, porque el símbolo del haz lictorio aparece en el aula del Congreso, al

lado de las estatuas de George Washington como si las sujetase, destaca en muchos edificios federales y está grabado en la moneda metálica de un cuarto de dólar, en la que el haz está coronado por un águila imperial con las alas desplegadas. Y lo mismo podría decirse de otros países occidentales que tienen al haz lictorio entre sus símbolos. Si, más allá del uso del símbolo, la palabra 'fascista' evoca el recuerdo de la romanidad, podríamos atribuirla igualmente a los padres fundadores de Estados Unidos y a los protagonistas de la Revolución francesa, que fueron los primeros, en los albores de la historia contemporánea, que se inspiraron políticamente en la romanidad.

Me parece que ninguno de los que hoy hablan de fascistas, o bien van en busca de quién es fascista, ha señalado al haz lictorio y a la romanidad como características peculiares, si excluimos a aquellos que se definen como tales refiriéndose directamente al fascismo de Mussolini y al mito fascista de la romanidad.

Pero, como sabes, en las actuales diatribas y disquisiciones sobre la vuelta del fascismo, no nos referimos a los neofascistas mussolinianos, sino más bien a movimientos y personas que quizá ni siquiera saben qué significa el haz lictorio e ignoran o se mofan del mito de la romanidad.

Que pueda representar un ejemplo de la vuelta del fascismo una Liga que odia a Roma y todo lo que es romano me parece improbable. Aunque, en verdad, los fascistas de los primeros años odiaban, despreciaban e injuriaban a la «asquerosa Roma», como he demostrado en mi libro *Fascismo di pietra* [Fascismo de piedra]. Pero ningún fascista habría concebido nunca la disgregación de la unidad estatal y la secesión de una imaginaria Padania independiente. Más bien habría proclamado la guerra civil contra la secesión. Me

parece esta una demostración de lo engañoso que es el uso de esta analogía, aun cuando parezca más plausible.

Aun así, en todo el mundo se usa la palabra 'fascista', y probablemente muchísimos de aquellos que la utilizan fuera o dentro de Italia no saben cuál es su origen, a menos que la refieran más o menos vagamente al fascismo de Mussolini. Pero en Italia su significado político se identifica indiscutiblemente con el fascismo mussoliniano.

Entonces empecemos por concretar que el adjetivo 'fascista' no deriva del sustantivo 'fascismo', sino que lo ha precedido, originado en el sustantivo *fascio* [haz]. En el lenguaje político italiano, el término 'fascio' se usaba frecuentemente en el siglo XIX como sinónimo de asociación de la izquierda republicana y popular. Estaban los fascios obreros de la Italia del norte y los fascios de los trabajadores sicilianos a finales del siglo XIX, y parece que con referencia a estos últimos y a su agitación en 1893 se usó por primera vez el adjetivo 'fascista'.

Volvemos a encontrarlo más tarde el 24 de enero de 1915 cuando, anunciando en *Il Popolo d'Italia* [El Pueblo de Italia][7] la concentración de los Fasci di Azione Rivoluzionaria [Fascios de Acción Revolucionaria] para apoyar la intervención de Italia en la guerra contra los Imperios centrales, Mussolini usó la expresión 'movimiento fascista' para describir a estos «núcleos de fuertes y de volitivos» que no «tienen ni quieren tener las reglas y las rigideces de un Partido, pero están y quieren seguir estando libremente asociados como voluntarios: dispuestos a todo: a las trincheras y a las barricadas. Yo pienso que algo grande y nuevo puede surgir de este puñado de hombres que representan la herejía y tienen el valor de la herejía». Siete días más tarde, en una tarjeta postal privada, escribía: «El

movimiento intervencionista y fascista prosigue magníficamente. Ya somos ocho o diez mil en toda Italia y solo tenemos un mes de vida». Y en agosto del mismo año, al enviar su adhesión a un grupo de voluntarios subversivos que partían hacia el frente, los saludaba: «Queridos compañeros fascistas, os mando un abrazo cordial».

¿No dirías que en ese momento Mussolini tuvo un momento premonitorio, imaginando lo que sería más adelante el fascismo?

No, diría que no, visto que el fascismo histórico fue de todo menos una asociación de herejes con el valor de la herejía. Pero deja, ahora, que prosiga con ejemplos del uso originario de la palabra 'fascista' sin hacer de forma expresa referencias al fascismo de los años posteriores, que son totalmente inapropiadas o inexistentes. Por ejemplo, en diciembre de 1918 Piero Gobetti, que entonces tenía 17 años, en la revista fundada y dirigida por él, *Energie Nove* [Energías Nuevas], llamó 'fascistas' a los diputados y senadores antigiolittianos, que apoyaban al Fascio parlamentario de defensa nacional que se había constituido después de Caporetto[8].

De movimiento fascista Mussolini volvió a hablar tras el fin de la guerra cuando, para retomar un papel político activo, lanzó la idea de formar los Fasci della Costituente [Fascios de la Constituyente]. Fracasada esta iniciativa, a comienzos de marzo anunció una concentración de intervencionistas [en la Gran Guerra] y de veteranos para definir un programa de acción inmediata con el propósito de dirigir la revolución italiana, que había empezado con la entrada en guerra en mayo de 1915, «hacia la democracia política y hacia la democracia económica», como escribió en *Il Popolo d'Italia* el 18 de marzo de 1919.

La mañana del 23 de marzo de 1919, en la concentración de la fundación de los Fasci Italiani di Combattimento [Fascios Italianos de Combate], en las declaraciones finales de su discurso, Mussolini dijo: «La concentración del 23 de marzo compromete a los fascistas a sabotear por todos los medios las candidaturas de los neutralistas de todos los partidos». Con todo, en las semanas siguientes, para referirse al movimiento que acababa de fundar, siguió usando la palabra 'Fascios', como, por otro lado, hacían los demás fascistas. El 7 de mayo Mussolini citó al «maravilloso movimiento fascista»; finalmente, en un discurso en Fiume, el 22 de mayo, pasó por primera vez del adjetivo al sustantivo, hablando de la «tarea del fascismo, que se está convirtiendo en el alma y la conciencia de la nueva democracia nacional». Y solo el 3 de julio Mussolini empleó el sustantivo, entre comillas, como título de un artículo de fondo en el que se vanagloriaba de la «importancia cada vez mayor del movimiento de los Fascios de combate».

Como has podido advertir en estos ejemplos, incluido el ejemplo mussoliniano, el término 'fascista' designaba solo a quien pertenecía a cualquier asociación que se denominase fascio o haz, sin que el propio adjetivo revelase un significado político. Luego, tras el surgimiento de los Fascios de Combate, se delineó un programa político que calificaba como 'fascista' un movimiento orientado hacia la realización de la democracia política y de la democracia económica. Aunque debo recordar que el órgano oficial de los Fascios de Combate, que se llamaba *Il Fascio,* no tenía como símbolo el haz lictorio sino un puño que sujetaba un manojo de espigas.

¿Cuándo se adoptó el haz lictorio como emblema del movimiento fascista?

En las elecciones políticas de noviembre de 1919, cuando

el símbolo del fascio aparecía en los folletos de los candidatos y en la ficha electoral, pero entonces se lo dibujó al modo de la Revolución francesa, según el cual el haz de varas mostraba encima una alabarda. Como ya he dicho, fue, aun así, después de la subida del fascismo al poder cuando el adjetivo y el sustantivo empezaron a circular por el mundo. Esto fue consecuencia de los comentarios sobre lo que había ocurrido en Italia en las jornadas de la 'Marcha sobre Roma' y del acceso al poder de las camisas negras, guiadas por un personaje muy singular que no tenía iguales ni afines en la escena política mundial por su juventud, por su estilo huraño, por sus actitudes 'musculares', por sus posturas cesáreas o napoleónicas que parecía hacer suyas. Además, lo rodeaba, sobre todo en el extranjero, el aura legendaria de haber sido el salvador de Italia del dragón bolchevique. La leyenda carecía de todo fundamento, pero contribuyó a la difusión del término 'fascismo' como sinónimo de antibolchevismo victorioso.

¿Por qué dices que era una leyenda sin fundamento?

Porque el primero que la desmintió, incluso con anterioridad respecto a la invención de la leyenda después de la 'Marcha sobre Roma', fue el mismo Mussolini. He documentado ampliamente, en el libro *Mussolini contro Lenin* [Mussolini contra Lenin], que ya desde el verano de 1920 Mussolini declaraba públicamente en su periódico que el intento leninista de exportar la revolución comunista a Europa y a Italia ya había fracasado. Y el 2 de julio de 1921, de nuevo en su periódico, afirmaba clara y netamente: «Decir que existe todavía en Italia un peligro 'bolchevique' significa cambiar por realidad ciertos temores oblicuos. El bolchevismo ha sido vencido. Y más aún: han renegado de él los jefes y las masas».

Más allá de la falsa leyenda del fascismo enterrador del bolchevismo en Italia, la extraña simbología del Partido Fascista, su organización militar, sus símbolos, como la camisa negra, suscitaron mucha curiosidad. En numerosos diarios extranjeros aparecieron artículos o respuestas a los lectores para explicar el origen y el significado de los dos nuevos términos que desde Italia emigraron rápidamente al extranjero. Ya en 1923 los periódicos que se ocuparon del fallido golpe de Estado en Múnich definían a Adolf Hitler como 'fascista'.

Desde entonces no ha habido límite en la difusión del adjetivo y del sustantivo en todo el mundo, especialmente donde existían movimientos o regímenes que se inspiraban, imitaban o, sea como sea, se parecían al fascismo de Mussolini. A su difusión contribuyó la Internacional Comunista, que adoptó el término 'fascismo' y sus derivados para definir a todas las fuerzas reaccionarias de la burguesía y del capitalismo a lo largo del mundo. Fascismo, así, se convirtió en sinónimo de reacción antiproletaria. Hay más: durante más de un decenio, hasta 1935, los comunistas consideraron fascistas incluso a los partidos socialistas y socialdemócratas.

Fue la Segunda Guerra Mundial, combatida como guerra planetaria entre el fascismo y el antifascismo, la que mundializó definitivamente el uso de la denominación originaria del movimiento mussoliniano. A través de la difusión de una palabra, se difundió también la convicción de que existía un fenómeno real internacional llamado 'fascismo'.

Pero la victoria de los Aliados y de la Unión Soviética de Stalin aniquiló y enterró al fascismo mussoliniano bajo los escombros de la guerra, como sucedió también definitivamente

con el nazismo. Desde ese momento, ¿tenía sentido todavía hablar de un fascismo internacional, que habría vuelto a la vida tras esa derrota total?

Podría responder que ya no tiene sentido, pues el fascismo había muerto y estaba sepultado. En cambio, ha sucedido que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el uso de 'fascismo' y 'fascista' se ha retomado y se ha extendido aún más para encasquetárselo, en un sentido exclusivamente negativo, a los más variados regímenes de varios continentes.

Después de 1945, por ejemplo, se ha definido como 'fascistas' al régimen de Perón, en Argentina, la república presidencial de Charles de Gaulle en Francia, los regímenes de partido único del Tercer Mundo, la dictadura de los coroneles en Grecia, la presidencia de Nixon, los regímenes militares de América Latina, pero también las democracias burguesas y los regímenes comunistas mismos. Además, en años más recientes, se ha hablado de 'fascismo rojo' a propósito de la izquierda extraparlamentaria y de los grupos terroristas comunistas, y de involución 'fascista' del régimen comunista chino con ocasión de la matanza de la Plaza de Tiananmen en Pekín (3-4 de junio de 1989). Recientemente se han acuñado nuevas categorías de fascismo, como la de 'fascismo del Próximo Oriente» para definir a los regímenes de Sadam Husein en Irak y de Ásad en Siria. Y, para llegar a nuestros días, la lista de los fascistas de hoy, que se alarga continuamente en las crónicas diarias, enumera entre sus exponentes más citados a la francesa Marine Le Pen, al húngaro Viktor Orbán, al turco Erdoğan, al italiano Matteo Salvini, al estadounidense Donald Trump y al brasileño Jair Bolsonaro.

Así, pues, setenta años después de que el fascismo esté

muerto y sepultado, el adjetivo 'fascista' y su sustantivo, con un proceso continuo de inflación semántica, se han usado indiscriminadamente en la lucha política, en la historiografía y en las ciencias sociales.

Pero ¿cómo ha sido posible esta dilatación semántica, como tú la llamas, del término 'fascismo'? ¿Estamos solo ante un uso indiscriminado de una palabra, que no se corresponde con una realidad efectiva, o está en curso una expansión mundial concreta del fascismo, bajo varias formas?

No es sencillo contestar a esta pregunta. Antes de valorar si el fascismo ha sido y puede seguir siendo efectivamente un fenómeno real de dimensión planetaria, podemos constatar, sin duda, que es real la incesante producción de libros sobre el fascismo, que desde hace casi un siglo discuten si el fascismo ha sido un fenómeno histórico italiano, europeo o mundial; si pertenece solo a la época de entreguerras mundiales o ya estaba presente antes de la Gran Guerra y ha seguido después de la Segunda Guerra Mundial. Se ha impuesto ya entre los estudiosos la categoría de 'fascismo genérico', para definir a un fascismo universal, distinguiéndolo del fascismo italiano. En la lengua inglesa esta distinción se expresa gráficamente al utilizar *Fascism* solo para el fascismo italiano, y *fascism,* para el fascismo genérico.

¿Me explicas mejor qué es el 'fascismo genérico'? ¿Se refiere a una realidad histórica y política específica o es solo un término convencional utilizado por los estudiosos?

No es una realidad, sino un concepto, una categoría teórica, utilizada para catalogar no solo a los movimientos y a los regímenes que en el período de entreguerras se declararon como fascistas, sino también a aquellos que, en épocas posteriores, hasta nuestros días, han sido definidos

como fascistas por los estudiosos, según las diferentes definiciones analíticas que estos han dado del 'fascismo genérico', aun tratándose de movimientos y regímenes que no se definieron y no se definen como fascistas.

La invención del 'fascismo genérico' es otra característica singular de las continuas oleadas de retorno del fascismo y de la búsqueda de quién es fascista, en las distintas épocas y en los distintos países. En efecto, el genericismo es un atributo exclusivo del fascismo: no existen un 'jacobinismo genérico', un 'liberalismo genérico', un 'bolchevismo genérico', un 'socialismo genérico'. Y es precisamente esta genericidad la que permite la persistencia recurrente del juego o, si lo prefieres, de la investigación para descubrir quién es fascista.

Sí, prefiero que tú digas investigación, porque si descubrir quién es fascista puede convertirse en un juego de diatribas publicistas, en las ciencias sociales la categoría de 'fascismo genérico' ya se ha institucionalizado, por decirlo así, es decir, ha asumido un estatuto propio autónomo. Y en este segundo caso es apropiado hablar de investigación, no de juego.

Acepto tu observación, pero quiero concretar que usando la palabra 'juego' no pretendo faltar al respeto a los científicos sociales. Después de todo, considero que el juego es una cosa seria, como me enseñó Johan Huizinga, y puede ser un método fecundo de incitación a la investigación. Siempre que no implique una banalización del objeto que está en juego, como sucede en la ahistoriología, donde la historia se mezcla con la imaginación y con los prejuicios personales, que prevalecen sobre el análisis de los hechos reales, superponiéndoles analogías más o menos improvisadas con las que se consigue que parezcan semejantes fenómenos profundamente diferentes. Y esto

ocurre con frecuencia, y casi exclusivamente, en las investigaciones para descubrir quién es fascista.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, Charles de Gaulle. Fue el general antifascista que encabezó la Francia Libre contra la Francia de Vichy, para proseguir la guerra contra la Alemania nazi, y consiguió ser protagonista de la liberación de su país de la ocupación hitleriana. Cuando el general fue llamado de nuevo al poder, en 1958, para hacer frente a un inminente peligro de guerra civil a causa de la lucha por la independencia de los argelinos, y obtuvo la aprobación de una nueva Constitución que dio paso a la Quinta República, todos los partidos que se le opusieron, en particular socialistas y comunistas, le endosaron el epíteto de 'fascista'. El gaullismo fue considerado una nueva versión del fascismo con ropajes republicanos franceses.

Pero De Gaulle no evitó nunca la sanción del voto popular, y en 1969 dejó espontánea y definitivamente el poder. ¿No basta esto para excluirlo decididamente de una galería de fascistas con otros ropajes?

En efecto, yo no considero que De Gaulle sea un fascista, ni siquiera alguien con tendencias fascistas, ni un fascistoide. De Gaulle era un nacionalista tradicional, poseía la convicción carismática del jefe que encarna a la nación, instituyó un poder ejecutivo fuertemente centrado en su persona, hizo continuos llamamientos al pueblo en los plebiscitos y en las reuniones periódicas con la multitud, quiso realizar una política de potencia asignando a Francia un papel mundial. Resumiendo, si hoy siguiese vivo y en el poder, es probable que al general se lo incluyese en la lista de quienes son fascistas. Pero no lo era, porque el general presidente conocía la tradición revolucionaria de Francia, la

intangibilidad de la soberanía popular, el consenso electoral como única legitimación del poder, y, aunque despreciaba a los partidos, nunca pensó en abolirlos.

Resumiendo, y para terminar con este argumento, explícame, entonces, ¿qué es lo que vuelve cuando se da la alarma por un inminente peligro fascista, y muchos se impacientan ante la urgencia de descubrir y denunciar quiénes son los fascistas hoy? ¿Periódicamente nos encontramos ante fenómenos de alucinación colectiva? En este punto de nuestro diálogo tenemos, por un lado, al fascismo del eterno retorno; por el otro al fascismo que nunca existió, mientras que en medio hay grupos de fascistas o supuestos fascistas: ¿cómo salimos de este dilema, que si lo comparamos con Escila y Caribdis resultan ser dos monstruos mansos que cantan un dueto?

Conozco solo una manera de salir: la vuelta a la historia. A la historia del fascismo, que es el único modo de responder seriamente a la pregunta de ¿quién es fascista? Si la pregunta la planteamos seriamente, y no como juego, la respuesta solo la puede dar la historia. Y es por este camino por el que debemos proseguir nuestro diálogo, dejando a un lado, por el momento, el valorar qué sentido tiene hablar hoy de una vuelta del fascismo y participar en el juego de descubrir quién es fascista.

---

6 El autor alude a un término napolitano, *pinzillacchera,* que significa 'nadería', 'nimiedad', etc. , y que es un vocablo utilizado (o inventado) por el actor cómico napolitano Totò en los años 1930 *(N. del t.)*.

7 *Il Popolo d'Italia* era el periódico fundado por Mussolini en 1914, tras ser expulsado del Partido Socialista por propugnar la entrada de Italia en la Gran Guerra, a lo que se oponían los socialistas. El periódico durará hasta la caída de Mussolini, en 1943 *(N. del t.)*.

8 Piero Gobetti (1901-1926), político liberal italiano y antifascista; los fascistas le dieron una paliza y murió de sus secuelas.

Antigiolittianos: Giovanni Giolitti (1842-1928), importante político liberal italiano, no fascista, propugnó la neutralidad de Italia en la Gran Guerra; aunque

no se opuso a que Mussolini fuese primer ministro en 1922 «para contener a la izquierda».

Caporetto fue una derrota italiana en la Gran Guerra a manos de alemanes y austro-húngaros en otoño de 1917, que vio surgir agrupaciones patrióticas de defensa nacional; solo en otoño de 1918 los italianos podrán derrotar a su vez a los austro-húngaros *(N. del t.)*.

3

El antifascista fascista

Antes has dicho que los comunistas, durante un decenio, hasta 1935, consideraron fascistas también a los socialistas y a los socialdemócratas. ¿Podrías volver sobre este asunto y ser más explícito?

Claro que sí, porque es un asunto importante para nuestro diálogo sobre quién es fascista. Mejor dicho, podemos comprobar precisamente en las polémicas de los comunistas contra los socialistas y los socialdemócratas, tratados como fascistas, la raíz de la teoría del *fascista que vuelve,* por qué antes que esta hubo la teoría del *fascista camuflado* y del *fascista objetivo,* y, juntas, han contribuido a otorgar al fascismo una perenne ubicuidad temporal y geográfica.

Debemos remontarnos a los años 1920, cuando la etiqueta 'fascista' fue endosada a personas y movimientos que no actuaban siguiendo las ideas y métodos del fascismo de Mussolini, mejor dicho, se oponían a este, y trataban de derribarlo. Hubo, en suma, desde los primeros tiempos del régimen fascista, antifascistas rechazados como fascistas por otros antifascistas.

Pero, como ya he podido observar cuando has citado a Lelio Basso, pienso que también entonces se trataba del uso impropio de la etiqueta 'fascista' para polémicas contingentes, no de una verdadera teoría sobre la existencia de antifascistas, que eran, en realidad, fascistas camuflados.

No se trató solo de un uso polémico, o hecho sin venir al caso, de manera ocasional. Ha habido militantes antifascistas, los comunistas sobre todo, que durante mucho tiempo han considerado semifascistas o fascistas a los demás antifascistas, con los que tenían divergencias radicales en la manera de interpretar y combatir el fascismo. Y esto sucedió en momentos cruciales de la lucha contra el fascismo, cuando, por el contrario, era necesario que sus oponentes permaneciesen unidos para actuar con mayores posibilidades de éxito. Como en los primeros meses del fascismo en el poder, cuando el propio Partido Fascista sufrió una grave crisis interna, y sobre todo después del asesinato del diputado Giacomo Matteotti, secretario del Partido Socialista Unitario, acaecido el 10 de junio de 1924, por parte de sicarios fascistas.

En aquel momento el poder de Mussolini estuvo seriamente en peligro por la grave crisis que siguió al delito. Los antifascistas creyeron que el régimen fascista estaba ya liquidado. «El fascismo se agota y muere», declaraba en agosto de 1924 el dirigente comunista Antonio Gramsci en el comité central de su partido: «El régimen fascista se muere, no solo porque no ha sido capaz de detener sino que ha contribuido a acelerar la crisis de las clases medias que empezó después de la guerra». Y añadía: «El régimen fascista ha entrado en agonía; todavía lo sostiene la soga de las fuerzas llamadas flanqueadoras, pero está sujeto así, como la cuerda sostiene al ahorcado», porque el delito Matteotti era «la prueba definitiva de que el partido fascista nunca conseguirá convertirse en un partido de gobierno normal, que Mussolini posee solo de estadista y de dictador algunas pintorescas posturas exteriores: no es un elemento de la vida nacional, es un fenómeno de folclore, destinado a pasar a la historia al mismo nivel que las diferentes máscaras

provincianas italianas, más que al nivel de los Cromwell, de los Bolívar, de los Garibaldi».

No me parece que en el verano de 1924 Gramsci hubiese comprendido mucho del fascismo ni de Mussolini.

Y así fue. Pero no solo Gramsci se equivocó del todo en su opinión al decir que el régimen estaba muerto o moribundo. El mismo error cometió el socialista reformista Filippo Turati, convencido, también este, de la inminente «liquidación del régimen», como escribía el 23 de octubre. El 10 de noviembre insistía: «el régimen está rodeado ya por todas partes»; para repetir dos días más tarde: «Cada día que pasa trae un indicio nuevo de la inexorable descomposición del régimen». Y el 16 de noviembre Turati seguía diciendo que se había dado «otro paso en la disolución por agotamiento orgánico del régimen»; y de nuevo, el 24 de noviembre, repetía: «Cada día hay un hecho nuevo, mejor dicho, muchos hechos nuevos que confirman la putrefacción del cadáver y por tanto su completa disolución». Y el 31 de diciembre: «Estamos casi sin duda al final de la ignominia que sufrimos desde hace tiempo»; para terminar, el 2 de enero de 1925, cuando Turati daba por cierto que el fascismo estaba condenado ya a «una muerte ya constatada, inevitable». Al día siguiente, con un discurso en la Cámara, Mussolini daba comienzo oficialmente a la demolición de la democracia parlamentaria y a la construcción del régimen totalitario.

Estoy realmente desconcertado al oír lo que los antifascistas de varios partidos decían sobre la crisis y la caída irreversible del régimen fascista, como ellos mismos se habían acostumbrado a llamarlo. Pero ¿no hicieron nada para que se hiciese efectivo el final del régimen o, al menos, para acelerarlo, dado que lo consideraban ya inminente?

Algo hicieron, pero no sirvió para nada. Mejor dicho, sin querer, los antifascistas contribuyeron a evitar la caída de Mussolini, y por ende del régimen fascista, porque con su inerte ilusión le permitieron recuperarse del palo de la crisis Matteotti y reaccionar con decisión, hasta conquistar definitivamente el monopolio del poder. Esta contribución se llevó a cabo sobre todo a causa de la división de los antifascistas en facciones antagonistas, cuando, por primera vez, salió a la luz lo que hemos llamado el *antifascista fascista*.

En efecto, para inducir al rey a destituir a Mussolini de su cargo de presidente del Consejo, al que los antifascistas consideraban el inductor del delito Matteotti, los diputados de la oposición constitucional decidieron no participar más en las labores del Parlamento hasta que no cesase la violencia fascista, y se restableciese la legalidad, la seguridad y la libertad para todos los ciudadanos. Su acción de protesta se llamó Aventino[9], pero no tuvo ninguna influencia en la decisión del rey, que mantuvo en su cargo a Mussolini, porque incluso después del asesinato del diputado socialista había obtenido la confianza del Parlamento. La decisión del Aventino fue condenada por los comunistas, que polemizaron duramente con los antifascistas del Aventino, llegando a definirlos como 'semifascistas'. En el comité central, en agosto de 1924, Gramsci dijo que los comunistas querían «derrotar no solo al fascismo de Mussolini y Farinacci, sino también al semifascismo de Amendola, Sturzo, Turati», los tres principales exponentes del liberalismo, del popularismo católico[10] y del socialismo reformista. Para el dirigente comunista todo el bloque de la oposición antifascista del Aventino era un «semifascismo que quiere reformar, dulcificándola, la dictadura fascista, sin hacer perder al sistema capitalista ninguno de los beneficios

que el terror y el ilegalismo le han garantizado en los últimos años».

Me parece francamente un absurdo definir como 'semifascistas' a Giovanni Amendola, Luigi Sturzo y Filippo Turati, tres políticos que fueron de los primeros y más intransigentes adversarios del fascismo. Los tres, el primero Sturzo, se vieron obligados por el fascismo a marchar al exilio. Amendola murió en el exilio en Cannes, en 1926, también a causa de las agresiones sufridas por parte de los escuadristas. Turati murió en 1932 en París, donde había continuado su lucha contra el régimen tras haber dejado Italia en 1927. Lo mismo hizo Sturzo en Londres y en Estados Unidos, y pudo volver a Italia solo después de la Segunda Guerra Mundial. Pero sigo pensando que solo la virulencia de la polémica contingente empujó a Gramsci a condenar la opción política del Aventino como semifascismo, y a considerarlo nada menos que cómplice, aun moderado, de la dictadura fascista.

Desde luego, la exasperación polémica provocó absurdos, como suele suceder, y no solo por parte de los comunistas. En agosto de 1924, en el periódico *La Giustizia* [La Justicia], los socialistas reformistas acusaron a los comunistas de practicar un «clasismo intransigente», que era «clasismo de una muy refinada marca… fascista». Pero en el caso de los comunistas, la acusación contra los antifascistas aventinianos de ser semifascistas no fue solo una exasperación de la polémica contingente, porque durante el decenio siguiente la acusación se repitió constantemente, anticipando la teoría del 'socialfascismo' que Stalin adoptó e impuso a la Internacional Comunista en 1929. El socialfascismo identificaba con el fascismo a los partidos socialistas europeos y a la socialdemocracia alemana.

Esta teoría fue la elaboración final de una profunda

aversión de los comunistas respecto de los socialistas, que tenía sus raíces en la Gran Guerra, cuando casi todos los partidos socialistas de los países beligerantes habían dado su apoyo a su propio país en guerra[11]. Lenin acusó a los socialistas de ser oportunistas, traidores del proletariado, chovinistas. En el origen de la teoría del socialfascismo estaba la teoría leninista del socialpatriotismo.

Pero ¿cómo puedes relacionar la teoría del socialfascismo con la teoría leninista del socialpatriotismo, es decir el período de la Gran Guerra, cuando no existía todavía el fascismo? Quizá la relación podría valer para los partidos socialistas europeos que apoyaron la guerra, pero, sin duda, no vale para el socialismo italiano, que fue neutral y compartió las mismas posturas de Lenin durante todo el transcurso de la guerra y en la posguerra.

En efecto, la acusación de socialfascismo contra los socialistas italianos era muy singular. Aunque esta singularidad puede ayudarnos a comprender lo tortuoso que ha sido el proceso que ha llevado a los comunistas italianos a considerar a los socialistas como semifascistas, favorecedores del fascismo y, finalmente, socialfascistas, dando origen, así, a la ampliación del uso del término 'fascista' hasta incluir a fuerzas militantes antifascistas.

En el caso del Partido Socialista italiano no existió la premisa del socialpatriotismo para explicar la acusación de socialfascismo. Como has recordado, los socialistas habían sido de los pocos socialistas de la II Internacional que se habían posicionado con Lenin contra la guerra, desde su comienzo hasta el final. Y no solo eso, sino que cuando Lenin llegó a Rusia después de la revolución de febrero para apoyar la urgencia de una conquista del poder por parte de los bolcheviques, los maximalistas, que estaban en la

dirección del Partido Socialista italiano, habían apoyado en seguida su política revolucionaria. Aun antes de la Revolución de Octubre, Lenin se convirtió, en Italia, en un mito para los dirigentes maximalistas y las masas proletarias. Y, sin reservas, los maximalistas aprobaron la revolución bolchevique y se unieron a la III Internacional. Hasta el punto de que, en octubre de 1919, en el congreso nacional del Partido Socialista italiano, los maximalistas aprobaron un nuevo estatuto en el que incluían como objetivo la conquista violenta del poder para instaurar la dictadura del proletariado, destruir el Estado y la burguesía e imponer el socialismo.

Te estás alargando sobre las relaciones entre el Partido Socialista italiano y el bolchevismo, pero hasta ahora no has citado el uso de la etiqueta de fascista aplicada por los comunistas a los socialistas.

Era necesaria esta premisa para comprender de dónde salió el odio antisocialista de los comunistas, que los llevó a identificar a los socialistas con los fascistas. Esto no había ocurrido en el período llamado 'bienio rojo', cuando el fascismo era todavía un movimiento ruidoso y violento pero totalmente marginal, mientras que el Partido Socialista, tras las elecciones políticas de 1919, se había convertido en el primer partido en la Cámara de los Diputados, y seguía sosteniendo el programa revolucionario de la dictadura proletaria. En cambio, se produjo en el posterior 'bienio negro', cuando el fascismo engordó rápidamente con la aportación decisiva del escuadrismo y se convirtió en pocos meses en un movimiento de masas, asaltando y destruyendo las organizaciones del proletariado. La situación del Partido Socialista cambió en enero de 1921, cuando los maximalistas, aun insistiendo en su fidelidad a la III Internacional, se negaron a expulsar a los reformistas y a adoptar la

denominación de «partido comunista», como pretendía Lenin. Se produjo entonces la escisión, propugnada por Amadeo Bordiga, Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti, que fundaron el Partido Comunista de Italia.

La escisión se produjo precisamente en el momento en que estallaba el escuadrismo antiproletario: en pocos meses el minúsculo movimiento de los Fascios de Combate se convirtió en un movimiento de masas, y en noviembre de 1921 se transformó en Partido Nacional Fascista, que continuó y amplió la acción violenta del escuadrismo para eliminar a los opositores hasta llegar a la conquista del poder. La victoria fascista se vio facilitada por el antagonismo de los dos partidos del proletariado: un antagonismo tan virulento que llevará a los comunistas a proclamar públicamente, en las elecciones de 1921, que la revolución proletaria debía pasar «por encima del cadáver de los socialistas». Las raíces del odio antisocialista de los comunistas tuvieron un ulterior desarrollo en la teoría del socialfascismo.

Pero el odio no iba dirigido solo hacia los socialistas: los comunistas, en efecto, se arrogaron la prerrogativa de decidir quién era fascista con respecto a todos los demás antifascistas. En el mismo período, en efecto, consideraron objetivamente fascistas, semifascistas o primos de los fascistas a todos los antifascistas que no eran comunistas, que no compartían la interpretación comunista del fascismo no aceptaban reconocer la hegemonía comunista en la lucha contra el régimen fascista.

No tengo claro qué quiere decir que alguien es 'objetivamente' fascista, aunque no se declare como tal o incluso sea enemigo del fascismo.

Te lo explico con algunos ejemplos. La revista comunista

Lo Stato operaio [El Estado Obrero], en el artículo programático publicado en marzo de 1927, sostenía que solo los comunistas eran una auténtica fuerza antifascista, mientras que cualquier otra fuerza, «por mucho que se proclame antifascista, está condenada a convertirse en una fuerza de apoyo del régimen reaccionario actual». En 1931 Ruggero Grieco, dirigente comunista, insistió en que los comunistas eran, en Italia, «el único partido antifascista». La actitud duramente sectaria de los comunistas se manifestó con virulentos ataques personales contra los dirigentes del antifascismo no comunista. Togliatti definió a Pietro Nenni, dirigente socialista maximalista, «un resto del fascismo», aludiendo al hecho de que, antes de ser socialista, en 1919 Nenni había sido miembro durante un tiempo de los Fascios de Combate[12]. Pero para Togliatti todos los socialistas, los socialdemócratas y los demócratas, no obstante fuesen antifascistas, eran traidores al proletariado: «mañana marcharán junto a los fascistas u ocuparán su lugar para masacrar a los obreros revolucionarios», porque fascismo y socialdemocracia «tienen bases ideológicas idénticas comunes», afirmó en septiembre de 1929.

Esta misma acusación se la dirigió Togliatti a Carlo Rosselli, teórico del socialismo liberal, fundador y dirigente del movimiento antifascista revolucionario Giustizia e Libertà [Justicia y Libertad], surgido en 1929, de donde viene la expresión 'giellista' [de las siglas GL, *Gi Elle* en italiano, del nombre] referido a sus militantes. Rosselli se definía un socialista liberal: consideraba que el marxismo estaba superado, pero que era inevitable el socialismo como realización de la justicia social junto a la libertad política. Por ello Rosselli definía la lucha antifascista como un «Segundo Risorgimento», y aspiraba a derribar al régimen fascista por medio de una insurrección para implantar una

nueva democracia socialista y liberal, en un Estado unitario pero federal.

Pero ¿por qué Togliatti estaba tan en contra de Rosselli y su movimiento?

Pienso, en primer lugar, que en origen había un motivo de antagonismo hegemónico. Los comunistas pretendían ser el único partido realmente antifascista, el único que había comprendido qué era el fascismo, cómo había que combatirlo, y con qué fin, que para ellos era abatir el régimen fascista por medio de la revolución proletaria y, al mismo tiempo, abatir a la burguesía y el capitalismo para instaurar la dictadura del proletariado según el modelo estalinista.

Pero también Giustizia e Libertà aspiraba a convertirse en el nuevo movimiento revolucionario hegemónico del antifascismo, al considerar anticuados e ineficaces a todos los demás partidos antifascistas: «'Giustizia e Libertà' es el movimiento revolucionario que reúne a todos los antifascistas dispuestos a combatir contra la dictadura fascista», proclamaba un manifiesto giellista dirigido a los obreros. Respecto a los comunistas, la postura del movimiento giellista quedaba sintetizada en la fórmula: «G. L. es democrática y reconoce solo a un soberano, el pueblo. El Partido Comunista es antidemocrático y reconoce a un soberano muy diferente: el partido». Estando así las cosas, los comunistas no podían, ciertamente, tener simpatías políticas por un movimiento semejante, aunque se proclamase revolucionario e intransigente en la lucha contra el fascismo. Entre los partidos antifascistas, los giellistas eran los más activos, al igual que los comunistas, en la acción clandestina en Italia contra el régimen fascista.

Me parece evidente, ante esta contraposición, el motivo por

el que Togliatti atacaba al movimiento de Rosselli. Pero ¿por qué atribuía también a los giellistas la etiqueta de fascistas?

En 1931, en su *Lo Stato operaio,* Togliatti definió a Rosselli como «un rico, ligado objetiva y personalmente a esferas dirigentes capitalistas», un «aficionado inoperante, carente de toda formación teórica seria», «intelectual aficionado», «pequeñoburgués presuntuoso» cuya teoría del socialismo liberal «se relaciona directamente con la literatura política fascista». Entre los motivos que lo llevaban a asociar el 'rossellismo' con el fascismo, Togliatti indicaba que tenían el mismo origen social pequeñoburgués, la crítica idealista al marxismo, el llamamiento a la tradición del Risorgimento y a los ideales de patria, nación, Estado, con la acusación contra los socialistas marxistas de haber negado la patria: así Rosselli, concluía Togliatti, «vuelve, por otros caminos, al *fascismo,* a los elementos que componen la ideología fascista». Pero era sobre todo el remitirse al Risorgimento la prueba de la afinidad entre el giellismo y el fascismo porque, explicaba Togliatti, la tradición del Risorgimento «vive en el fascismo», que la había desarrollado hasta el extremo: «Mazzini, si viviese, aplaudiría las doctrinas corporativas y no rechazaría los discursos de Mussolini sobre 'la función de Italia en el mundo'». Por lo tanto, proseguía Togliatti, la revolución antifascista «no podrá ser más que una revolución 'contra el Risorgimento', contra su ideología, contra su política, contra la solución que este ha dado al problema de la unidad del Estado y a todos los problemas de la vida nacional».

Con estas premisas, tras haber decidido que Rosselli y su movimiento eran objetivamente un antifascismo espurio, al ser demasiado afín al fascismo, Togliatti consideraba que la posible fusión de Giustizia e Libertà con los demás partidos antifascistas suponía «una activación del socialfascismo»,

que quería alejar al proletariado de la lucha revolucionaria anticapitalista contra el fascismo. Todo esto dependía…

Permíteme que te interrumpa para constatar una vez más lo absurdo de la pretensión comunista de tener la prerrogativa de decidir quién era antifascista y quién era 'antifascista fascista'. Creo que es necesario recordar que Rosselli, en 1936, combatió contra el fascismo en la Guerra Civil española y, en 1937, fue asesinado en Francia por sicarios fascistas junto a su hermano Nello.

Pero en tiempos de la Guerra Civil española, en la que participó también Togliatti, ya hacía dos años que el Partido Comunista, obedeciendo a las nuevas directrices de Stalin, había dejado a un lado la teoría del socialfascismo para iniciar una nueva política de unidad con todos los demás antifascistas, de los socialistas a los demócratas. La política de la unidad antifascista, puesta en marcha en 1935, continuó durante un decenio, aun con algunas divergencias tumultuosas, como con ocasión del pacto entre Hitler y Stalin de agosto de 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, y el correspondiente reparto de Polonia entre ambos dictadores en cuanto empezó la guerra.

Pero ¿de dónde provenía, en los comunistas, la convicción de ser los únicos antifascistas auténticos y de que todos los demás eran objetivamente fascistas o aliados de los fascistas? ¿Se debía solo al antagonismo sectario y a la voluntad de hegemonía en la lucha contra el régimen fascista, llevada hasta el punto de atribuirse el monopolio del antifascismo, con la consiguiente pretensión de decidir quién era 'objetivamente' fascistas aun combatiendo al fascismo?

Esto dependió de la convicción de los comunistas de ser los únicos que habían comprendido, con su análisis de clase y anticapitalista, qué era verdaderamente el fascismo en

realidad –más allá de los aspectos propios del fascismo como partido y como régimen–, y esta realidad estaba formada por la burguesía y el capitalismo, matrices y sustancia del fascismo. Por consiguiente, para los comunistas cualquier antifascista que no luchaba para derribar también, además de al régimen fascista, a la burguesía y al capitalismo, era objetivamente semifascista o socialfascista. «Todos los grupos de la burguesía tienden a una transformación 'fascista'; todos son, más o menos, 'fascistas'», afirmaba Togliatti en 1934. Por lo tanto, no era concebible abatir al régimen fascista para sustituirlo por una democracia o una socialdemocracia de tipo burgués.

Has citado a menudo a Togliatti, sin duda el dirigente más importante del Partido Comunista. Pero los comunistas ¿estaban todos de acuerdo en atacar a los demás partidos antifascistas y sobre todo a los socialistas, acusándolos de complicidad objetiva con el fascismo? ¿Cómo es posible que no hubiese comunistas que disintiesen de la absurda teoría del socialfascismo?

Fueron pocos los comunistas que manifestaron su desacuerdo, como Angelo Tasca, uno de los fundadores del Partido Comunista. El 30 de agosto de 1939, en una carta al comité central, definió como una «fórmula sustancialmente falsa» la «fascistización de la socialdemocracia», que era «la extensión, a nivel internacional, de esa identidad: fascismo = socialdemocracia, que en toda Italia ha reducido al mínimo el papel de nuestro partido en la lucha antifascista antes de la Marcha sobre Roma». El año siguiente, otro de los fundadores del Partido Comunista, Umberto Terracini, desde la cárcel donde llevaba encerrado cuatro años, manifestó su fuerte oposición en una carta enviada al centro exterior del partido: rechazó decididamente la idea de que fascismo y socialdemocracia fuesen «un único blanco», observando que

una identificación así habría conducido al Partido Comunista «a hacerse incomprensible para las masas y así alejarlas», porque «estas, ante nuestra afirmación, ante todas nuestras previsiones sobre los acuerdos entre socialdemocracia y fascismo, responderán con una sola palabra 'Matteotti', a la que nosotros no tendremos nada concreto que contraponer».

¿Qué efectos tuvieron estas disensiones sobre la actitud del Partido Comunista hacia los partidos antifascistas, considerados cómplices objetivos del fascismo?

Ninguno, excepto el de agudizar la sospecha hacia los disidentes por parte de los dirigentes favorables a las directrices estalinistas de la III Internacional. A Terracini se le impuso silencio. Tasca fue expulsado del partido.

¿Cómo reaccionaron los demás antifascistas ante la acusación, tan claramente absurda, de ser fascistas o, en cualquier caso, cómplices del fascismo, aun cuando lo combatían? ¿No contestaron a la acusación dirigiéndosela a los comunistas, aunque no sea más que porque estos apoyaban sin reservas al régimen totalitario estalinista, que los antifascistas anticomunistas consideraban muy semejante al totalitarismo mussoliniano?

En realidad, y pese a las polémicas y a las profundas divergencias en la concepción de la relación entre socialismo y democracia que los separaban de los comunistas, los demás antifascistas no volvieron contra ellos la acusación de ser objetivamente fascistas por el hecho de que, declarando la guerra a los socialistas ya desde 1921, habían dividido y debilitado el frente del antifascismo proletario y, de esta manera, habían facilitado, indirectamente, la subida del fascismo al poder. Los socialistas denunciaban la «infame polémica sobre el 'socialfascismo'», polémica que no se

basaba en la libertad de crítica a la que ningún Partido obrero debe renunciar, sino en la difamación», como lamentó la dirección socialista en marzo de 1933, respondiendo a una propuesta de frente único por parte de los comunistas.

Con todo, incluso en los períodos de más violenta polémica contra ellos, los socialistas propugnaban la creación de un frente unitario antifascista con los comunistas. Continuaba dividiéndolos su desacuerdo sobre el sistema bolchevique, que no era, como observaba Nenni en el XXII congreso del Partido Socialista italiano en Francia, en abril de 1933, «la dictadura de la enorme mayoría del pueblo (que no es en realidad dictadura), sino la dictadura de un partido proletario de minoría contra la enorme mayoría. En este caso, la consecuencia fatal de la dictadura es el terrorismo y, al menos en nuestros países, el aplastamiento del proletariado», y lo que «ha impedido la unidad de acción es la táctica comunista que en Rusia está dirigida al exterminio físico de los socialistas y en los demás países se dirige a la destrucción de las organizaciones socialistas».

Y aun así, y pese a la gravedad de estas opiniones sobre hechos reales, que habría autorizado al secretario del Partido Socialista a dirigir contra los comunistas la acusación de ser objetivamente fascistas, Nenni dijo que su partido «no declara la guerra a ningún partido antifascista y a los comunistas menos que nunca y se atiene a la máxima: golpead unidos, aunque no sea posible aún marchar unidos».

Tú has aludido al abandono de la teoría del socialfascismo en 1934. ¿Esto quiere decir que los comunistas cesaron los ataques contra lo que podría definirse «el antifascismo fascista?

Los ataques continuaron hasta comienzos de 1934, cuando el comité central del Partido Comunista definía todavía como filofascistas a Nenni y a los socialistas, y a Rosselli como «un fascista disidente». Luego, en julio, se dio un cambio de rumbo repentino y rápido, impuesto por Stalin a la III Internacional por la nueva situación que se había creado en Europa con la llegada de Hitler al poder, la teatral consolidación del régimen fascista, que en 1932 celebró sus diez años con una amnistía para la mayor parte de los detenidos políticos, y el total fracaso de la política violentamente sectaria de los partidos comunistas europeos. La nueva consigna de Stalin fue la unidad de acción entre comunistas y socialistas y la colaboración con todos los demás partidos antifascistas. Para los comunistas italianos esto significaba dejar a un lado el desprecio por la democracia y proponer como primer objetivo de la lucha para derribar al régimen fascista la constitución de una democracia con todos los partidos antifascistas.

¿Qué consecuencias tuvo el giro estalinista de 1934 sobre la actitud de los comunistas italianos hacia el fascismo?

El cambio de rumbo fue de 180 grados, sobre todo tras la conquista fascista de Etiopía[13], cuando el consenso de los italianos hacia el fascismo llegó al máximo del ensalzamiento. En agosto de 1936, Mario Montagnana, uno de los fundadores del Partido Comunista, dijo al comité central que los comunistas debían «tener el valor de decir que no nos proponemos derribar al fascismo. Nuestro objetivo actual, que nosotros modificaremos seriamente mañana, son las libertades democráticas en el régimen fascista. Queremos, hoy, mejorar el fascismo, porque no podemos hacer más. Libertad, paz, un mejor salario, esto es lo que debemos perseguir hoy». Y en una reunión posterior, Montagnana, al constatar que en Italia la actividad de los

antifascistas y de los propios comunistas era «casi nula», mientras que los «elementos activos son fascistas», afirmó que era necesario «que nuestros camaradas se conviertan en dirigentes de los dirigentes fascistas».

No puedo creer lo que oigo. Estás diciendo que tras haber insultado durante más de diez años a los antifascistas 'fascistas', los comunistas se proponían incluso camuflarse de fascistas para mejorar el fascismo actuando desde su interior, pensando incluso en poder llevar al régimen totalitario a imponer las libertades democráticas. ¿Quieres tomarme el pelo? ¿O solo estás citando con mala intención una opinión personal, que imagino que en seguida fue sepultada por las críticas y cubierta de insultos?

No me permitiría tomar el pelo a nadie cuando discuto de historia y dialogo sobre cuestiones serias y graves. La propuesta hecha a los comunistas para que 'se camuflasen de fascistas', como tú dices, no fue sofocado por insultos en absoluto y ni siquiera recibió la desaprobación unánime. Se discutió, pero no fue desechada como incompatible con el antifascismo comunista. Antes bien, ya desde 1935 se había abierto camino la idea de un cambio de táctica en la acción de los comunistas en Italia, sustituyendo la conspiración y el complot, como proponía Giuseppe Di Vittorio, por «la actividad abierta, legal y semilegal» que debían desarrollar en el interior de las organizaciones de masas del fascismo, especialmente en los sindicatos y entre los jóvenes.

En esta línea, en agosto de ese año la revista *Lo Stato operaio* publicó un manifiesto titulado *Per la salvezza dell'Italia, riconciliazione del popolo italiano!* [Por la salvación de Italia, ¡reconciliación del pueblo italiano!] aprobado por el comité central y firmado por los principales dirigentes, entre ellos Togliatti. El manifiesto incluía un «llamamiento a

los hermanos con camisa negra» para realizar una «unión fraternal» de todos los italianos, que se alcanzaría «a través de la reconciliación entre fascistas y no fascistas», unidos en la lucha para liberar a Italia de «un puñado de grandes capitalistas, parásitos del trabajo de la Nación». Con un nuevo lenguaje nacionalcomunista, el manifiesto afirmaba que los comunistas hacían suyo el programa fascista de 1919, «que es un programa de paz y de libertad, de defensa de los intereses de los trabajadores», y animaba a los italianos, «los fascistas de la vieja guardia» y los «jóvenes fascistas» a luchar unidos para llevarlo a cabo. Olvidando las opiniones despectivas sobre las tradiciones del Risorgimento, ya los insultos contra Rosselli, el Partido Comunista se proclamaba ahora «el continuador y el heredero de las tradiciones revolucionarias del Risorgimento nacional».

Y los demás antifascistas ¿cómo recibieron este giro nacional-fascista-risorgimental del Partido Comunista, que hacía suyo el programa fascista de 1919 y alababa a los héroes y mártires del Risorgimento? ¿No acusaron a los comunistas de haberse fascistizado o, para ser menos polémicos, de haberse 'rossellizado'?

No hubo ninguna acusación de este tipo, aunque los socialistas y giellistas se quedaron desconcertados por la nueva táctica comunista y la criticaron duramente. Tanto o más grave se consideró el llamamiento a los «hermanos con camisa negra» en el momento en que comenzaba la Guerra Civil en España y los antifascistas se disponían a participar en ella para combatir contra Franco.

Nenni definió como «equívoca, inaceptable e inútil» la reconciliación entre fascistas y no fascistas. La dirección socialista, en octubre, en una carta a los comunistas, rechazó

el llamamiento a los «hermanos de camisa negra» e insistió, quizá con cierta maldad, recordando los insultos comunistas del pasado, que si se quería hacer un acercamiento a los trabajadores y los jóvenes fascistas «con la mano tendida, es absolutamente necesario subrayar, en todo momento, la oposición implacable, el abismo ideológico, político y social que nos separa del fascismo», mientras que las nuevas consignas comunistas, «en la medida en que autorizan a los cerebros poco expertos o demasiado expertos a identificar el fascismo con el antifascismo, fascismo y democracia, fascismo y socialismo, crean una confusión que solo puede beneficiar al fascismo». La carta concluía negando que el programa fascista de 1919 fuese un programa de libertad.

Imagino que la conversión de los comunistas a la tradición del Risorgimento habrá hecho sonreír, como poco, a Rosselli, al recordar los insultos de Togliatti y su desprecio por el Risorgimento como predecesor directo del fascismo.

Rosselli ironizó, efectivamente, sobre la nueva táctica de los comunistas de trabajar camuflados de fascistas dentro de las organizaciones del régimen: «nuestros comunistas», observó el 24 de julio de 1936, «no dudan en camuflarse de nacionalistas y de fascistas, dejando en el desván ideales y principios y presentándose –ellos, los campeones del clasismo intransigente– como reconciliadores del pueblo». Rosselli afirmaba que habían perdido completamente el rumbo y que habrían erigido un castillo de naipes: «No es una conversión táctica que vaya a poner en peligro al fascismo en el momento del máximo rendimiento de su mecánica opresiva. Como mucho, la conversión, si se lleva a sus consecuencias lógicas, proporcionará al fascismo la satisfacción de haber liquidado y absorbido a las viejas fuerzas políticas, de liquidar y absorber al movimiento comunista oficial, reducido a las dimensiones de un núcleo

de funcionarios o a un corporativismo de izquierdas».

El «aficionado insignificante» se tomaba, así, la revancha por los insultos de Togliatti, impartiendo a los comunistas una lección de realismo y observando que su nueva táctica era nada más que «un intento de que surgiese un nuevo reformismo en el seno del fascismo. Ahora bien, el fascismo es lo menos reformable que existe en el mundo. Es totalitario, intransigente, antijurídico. No admite ningún movimiento excepto el suyo, y lo poco de reforma social que es posible llevar a cabo hoy en Italia respetando la estructura social tradicional el fascismo lo lleva a cabo ya directamente. Es inútil ayudarlo en esto».

Bueno, aunque la acusación no se expresa explícitamente, me parece evidente, por las consideraciones finales citadas, que los socialistas y giellistas se tomaban la revancha dando a entender que con el llamamiento a los «hermanos de camisa negra» los comunistas se convertían objetivamente en cómplices del fascismo, llegando a ser a su vez semifascistas, o incluso 'comufascistas'.

Fuese implícita o no la acusación contra los comunistas de haberse convertido, con su llamamiento, en verdaderos cómplices del régimen fascista, lo que es innegable es que desde 1935 el pacto de unidad de acción entre comunistas y socialistas y, posteriormente, el frente unitario de los partidos antifascistas, consiguió mantenerse y constituir, en septiembre de 1943, tras la caída del régimen fascista y la rendición de Italia, la base de la resistencia contra el ocupante alemán y contra la República Social Iitaliana, establecida por Mussolini tras ser liberado por los alemanes. En aquellos años de guerra civil no se volvió a hablar de 'antifascistas fascistas'.

Con todo, pienso que nos hemos detenido bastante en el

‘antifascismo fascista’, y hemos puesto suficientes ejemplos para mostrar que el epíteto ‘fascista’ se ha usado de las maneras más paradójicas en los años del fascismo en el poder, con motivaciones que no tenían nada que ver con lo que el fascismo era en su realidad como partido, régimen, ideología, cultura, y política de masas.

A la pregunta «quién es fascista» los comunistas habrían respondido, al menos hasta 1934, que los fascistas no eran solo los seguidores de Mussolini, sino todos los antifascistas que no eran comunistas. Luego, durante un decenio, hasta la Liberación, ya no habrían dado esta respuesta. De todos modos, la pretensión de los comunistas de saber quién era fascista, incluyendo también a quienes no eran seguidores de Mussolini, e incluso eran contrarios al fascismo y apoyaban la democracia, no desapareció del todo. Mejor dicho, se retomó con más vigor en los primeros meses de la Italia republicana, y continuó en los decenios siguientes, cuando se aproximaron a los comunistas otros antifascistas no comunistas pero convencidos también ellos de que sabían descubrir quién era fascista bajo los más diversos ropajes, en sus más solapadas metamorfosis.

Pero ya es tiempo de dedicar nuestro diálogo a la historia del fascismo porque, al final, si queremos evaluar si tiene sentido hablar de una vuelta del fascismo, y si en Italia, en Europa y en el resto del mundo han vuelto a estar en circulación los fascistas, aun con otros ropajes, entonces debemos dirigirnos a la historia. Qué es el fascismo, y quién es fascista, solo la historia puede decirlo.

9 Aventino: una de las siete colinas de Roma. En el 449 a.C., tras un conflicto entre patricios y plebeyos, estos se retiraron al Aventino, amenazando con fundar otra ciudad, por lo que los patricios cedieron. Por analogía, se llamó Secesión del Aventino a la retirada (1924) del Parlamento durante meses de los diputados de la oposición sobre todo liberal, lo que dejó el campo libre a Mussolini, que el 3 de enero de 1925 proclamó la creación del Estado fascista *(N. del t.)*.

10 Popularismo: no traducimos populismo, sino popularismo; esta última sería la ideología de los partidos populares (democristianos) europeos, diferenciándolos del populismo, que no es una ideología, sino una técnica política (por eso hay populismo de derechas y de izquierdas). Luigi Sturzo, sacerdote siciliano, fue el fundador del Partido Popular (1919), antecedente de la Democracia Cristiana italiana fundada en 1943 por De Gasperi *(N. del t.)*.

11 El Partido Socialista italiano no apoyó la entrada en guerra de Italia y adoptó una actitud neutral, proponiendo la fórmula «No apoyar ni sabotear» [la entrada en guerra]. Algunos grupos y personalidades socialistas sí apoyaron la entrada en la guerra, como cita Gentile. El Partido Socialista italiano comprendía básicamente dos alas, una minimalista, llamada reformista, y otra maximalista (próxima a los comunistas rusos) *(N. del t.)*.

12 Palmiro Togliatti (1893-1964), secretario general del Partido Comunista italiano desde 1927 hasta 1964. Pietro Nenni (1891-1980), líder del Partido Socialista italiano al que se afilió en 1921, miembro del ala maximalista, fue presidente del mismo en 1966 *(N. del t.)*.

13 La guerra de Etiopía (1935-1936), llamada también 'guerra de Abisinia' *(N. del t.)*.

4

El fascista del 19, o sea, el falso centenario

Entonces volvamos a la historia. Pienso que debemos empezar con la historia del fascismo italiano, tanto porque se habla de una vuelta del fascismo, sobre todo en Italia, como porque el fascismo ha nacido en Italia.

Tu propuesta de empezar por Italia, porque la consideras el lugar de nacimiento del fascismo, es solo aparentemente obvia, dando por descontado que el fascismo nació en Italia. En cambio, hay estudiosos notables que sostienen que el fascismo tuvo su origen en otros países, aunque la palabra sea de cuño italiano. Es otro ejemplo del uso elástico del adjetivo y del sustantivo, extendidos no solo geográfica sino también cronológicamente más allá de las fronteras de Italia y del período entre las dos guerras mundiales, para descubrir quién era ya fascista, incluso antes de que naciera la palabra y el movimiento que la difundió por el mundo. En broma, he llegado a decir a veces que si fascista es quien comete fratricidio, entonces el primer fascista de la historia es Caín, que, al matar a Abel por las razones que hemos enumerado arriba, perpetró el primer acto de guerra civil.

Pero dejando a un lado la broma, hay quien ha comparado a los éforos de Esparta con los escuadristas. Hay quien ha sostenido que el primer ideólogo del fascismo fue el filósofo reaccionario Joseph de Maistre (1753-1821), mientras que

otros han atribuido esta primacía al filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679) o al filósofo alemán Georg W. H. Hegel (1770-1831). Hay quien dice haber descubierto que el fascismo, como ideología, nació en Francia, dos decenios antes de la Gran Guerra, de la síntesis entre el nacionalismo y el socialismo antimarxista. Así pues, para saber qué es el fascismo y quién es fascista, deberíamos tomar en consideración a Francia antes que a Italia. Pero si la esencia del fascismo es la simbiosis entre nacionalismo y socialismo no marxista, entonces entra en juego, como competidor respecto a la atribución del lugar de nacimiento, también Alemania, donde, antes que en Francia (y mucho antes que Hitler) apareció un movimiento nacionalsocialista. Y no acaba aquí. Si hoy es fascista quien es populista, nativista, xenófobo, racista, antisemita, entonces para rastrear sus orígenes debemos dirigirnos a Estados Unidos.

Sí, en Estados Unidos está el presidente Trump, al que se incluye entre los fascistas de hoy.

No, no me refiero a Trump. Me refiero a los Estados Unidos de hace más de un siglo, cuando, desde mediados del siglo XIX, surgieron movimientos nacionalistas, racistas y antisemitas, como el Know Nothing (No sé nada), contrarios a la emancipación de los negros, a los nuevos migrantes católicos, irlandeses e italianos y a los judíos, que, cada vez en mayor número, llegaban de Europa. Estos movimientos se llamaron nativistas y no porque fuesen protectores de los nativos indios, sino porque querían preservar la identidad y la superioridad de la raza anglosajona de la amenaza de bastardización que provenía de los migrantes europeos.

Cuando el fascismo subió al poder en Italia, en Estados Unidos fue comparado con el Ku Klux Klan, surgido en los estados del Sur después de la Guerra de Secesión, con una

organización clandestina, nacionalista, racista, anticatólica y antisemita, pero, sobre todo, ferozmente hostil a los afroamericanos, contra los cuales practicaba todo tipo de persecuciones y de linchamientos. Y podría citar otros casos, en otros países, donde se podrían rastrear con mucha anticipación las características de los fascistas de hoy, racismo, antisemitismo, xenofobia, utilizados como la varilla horquillada de los zahoríes para descubrir quién es fascista, sea cual sea la vestimenta con la que trate de ocultarse.

No me parece pertinente ahora ir por los continentes en busca de las características primordiales de los fascistas de hoy. Quedémonos en Italia, dando por sentado el nacimiento del fascismo en Italia. Además, hay un aniversario que nos lleva necesariamente a Italia. El 23 de marzo se celebra el centenario de la fundación de los Fascios de Combate, ocurrida en Milán en 1919. ¿No crees que la coincidencia de este centenario con las actuales alarmas sobre el retorno del fascismo es muy significativa para el asunto de nuestro diálogo? Por otro lado, muchos neofascistas dicen serlo porque se remiten al fascismo 'diecinuevista'.

Diría que sí. Pero reflexionemos sobre esta coincidencia. Es de prever que, en la polémica actual sobre la vuelta del fascismo, la fecha del centenario del nacimiento de los Fascios de Combate será ocasión para numerosas diatribas sobre la presencia del fascismo en Italia. Oiremos hablar, probablemente, de un fascismo ya centenario, que ha estado presente siempre en Italia desde 1919 porque, si bien sus manifestaciones han sido diferentes en los distintos períodos de estos cien años, nunca ha cambiado su esencia. Oiremos repetir que, en los primeros años desde el nacimiento de la Italia republicana, el fascismo nunca desapareció de Italia porque sus raíces, siempre verdes, se hunden en el inmutable carácter de los italianos, con su constante

costumbre servil de someterse al poderoso de turno; o bien se hunden en el terreno del capitalismo reaccionario, siempre dispuesto a recurrir al autoritarismo violento para impedir la emancipación del proletariado. Y probablemente se propondrán nuevas analogías para demostrar que el fascista de hoy, aun cuando niegue ser fascista, es, en realidad, una réplica actualizada del fascista de 1919. Y con la proliferación de las analogías, asistiremos a un nuevo auge de la ahistoriología, que tratará de proporcionarnos previsiones sobre el presente y el futuro, adaptando la historia del pasado a temores o esperanzas actuales.

Pero si en vez de lanzarnos con la imaginación a las analogías preferimos permanecer con los pies bien plantados en la historia, debemos, sobre todo, renunciar a pensar que hay un árbol genealógico fascista, que tiene sus raíces en 1919, se ha desarrollado robusto en los veinte años anteriores a la Segunda Guerra Mundial y, tras haber sido destruido en 1945, se ha recuperado y en los siguientes setenta años ha continuado produciendo nuevos frutos, aunque en apariencia diferentes de los del período anterior a 1945.

¿Por qué excluyes que se pueda elaborar un árbol genealógico así, reconstruyendo todas las ramificaciones derivadas del desarrollo del embrión, representado por los Fascios de Combate fundados por Mussolini el 23 de marzo de 1919? ¿Por qué el fascista de hoy no podría ser una réplica del fascista de hace cien años?

Para responder a estas preguntas debemos hacer frente a una cuestión histórica crucial, que tiene que ver precisamente la fundación de los Fascios de Combate. Es decir, debemos asegurarnos ante todo de que el 23 de marzo de 1919 haya sido efectivamente la fecha del nacimiento del

fascismo histórico, en el sentido en que lo he definido al comenzar nuestro diálogo, refiriéndome al régimen que ha dejado su marca en la historia del siglo XX.

Pero, ¿no han sido los Fascios fundados en 1919 el núcleo originario del fascismo histórico, como tú lo llamas? ¿No ha sido, acaso, el movimiento fascista fundado por Mussolini el 23 de marzo de 1919 el que marca la entrada del fascismo en la historia del siglo XX?

Se puede responder afirmativamente si nos limitamos a constatar que, más allá de la denominación común, algunos de los fundadores de los Fascios de Combate, como Mussolini y unos cuantos más, fueron asimismo protagonistas del fascismo histórico. Pero, aparte de estos hombres, y obviamente el propio nombre del movimiento, el nacimiento del fascismo como fenómeno dominante en el período de entreguerras no se produjo en 1919. En los Fascios de Combate de 1919 no estaba en absoluto el embrión del fascismo de masas, que surge durante 1921 y militarmente organizado en el escuadrismo, que destruyó las organizaciones del proletariado, conquistó el poder con la 'Marcha sobre Roma', ilegalizó a todos los demás partidos y, finalmente, en 1926, estableció un régimen de partido único.

En este sentido sostengo que el centenario del nacimiento del fascismo histórico debe desplazarse dos años, a 1921; y si es realmente necesario fijar una fecha de su nacimiento oficial, esta solo puede ser la del 11 de noviembre de 1921, cuando el movimiento de los Fascios de Combate, convertido en un movimiento de masas profundamente diferente del fascismo de 1919, se constituyó como Partido Nacional Fascista, asumiendo la estructura organizativa original e inédita del partido milicia, el primero en la historia de los partidos europeos, y el primero que conquistó el poder en un

país europeo desde 1922.

Francamente, no me convence tu distinción entre Fascios de Combate fundados en 1919 y el fascismo histórico, cuyo surgimiento sitúas en 1921. Pienso que es equivocado excluir del fascismo histórico al fascismo 'diecinuevista'. Hay historiadores que consideran que el fascismo 'diecinuevista' es la matriz originaria del fascismo revolucionario y anticapitalista, el llamado 'fascismo movimiento', que fue relegado, o permaneció latente y marginado, durante el ventenio del 'fascismo régimen', para reaparecer con nuevo ímpetu en los 600 días de la República Social Italiana. Podrías pecar de presunción, aun involuntaria, al declarar que no tiene fundamento lo que sostienen otros historiadores, es decir, la génesis del fascismo en 1919.

Tus observaciones son plausibles, pero antes de considerar sin fundamento mi hipótesis del 'falso centenario', verifiquemos si es verdad históricamente que el fascismo surgió en 1919 como movimiento revolucionario y anticapitalista. Porque es necesario tener una conciencia clara de lo que es efectivamente el fascismo 'diecinuevista' y el fascismo histórico a lo largo del intervalo de veinte años entre las dos guerras mundiales.

En cuanto al hecho de que muchos historiadores piensan otra cosa sobre la génesis del fascismo, debo señalarte que en la investigación histórica no vale la regla según la cual es la mayoría la que establece la verdad histórica, sino que vale solo lo que, de resultas de la investigación y el conocimiento de los hechos, corresponde a la verdad histórica, como prueban los documentos. Nada de presunción, ni siquiera involuntaria, sino solo comprobación de los hechos históricos.

Muéstrame, pues, cuáles son los hechos históricos que te han

llevado a afirmar que el 23 de marzo de 1919 no es el año del nacimiento del fascismo histórico y, sobre todo, a distinguir tan netamente al fascismo 'diecinuevista' del fascismo histórico, hasta el punto de hacer que parezcan casi dos fascismos totalmente diferentes. Por otro lado, creo que tu distinción puede apoyar la tesis de quienes sostienen que el fascismo es un fenómeno cambiante y proteiforme por su propia naturaleza, que puede presentarse camuflado bajo distintos ropajes. El fascismo que actualmente vuelve ¿no podría ser el fascismo de los orígenes, el fascismo de 1919, anticapitalista y populista?

Podría, pero no lo es. Y no lo es sobre todo porque el fascismo de los orígenes, el fascismo 'diecinuevista', contrariamente a lo que todavía se cree, no era en absoluto anticapitalista, ni populista, ni siquiera revolucionario. Y no era ni siquiera decididamente republicano. Los fascistas de los orígenes pedían la jornada laboral de ocho horas, un impuesto progresivo extraordinario sobre el capital y sobre las ganancias de guerra como expropiaciones parciales, pero defendían a la burguesía productiva, predicaban la colaboración entre las clases, coincidían con muchas de las reivindicaciones de los socialistas reformistas y de la Confederación General del Trabajo y se oponían a toda posibilidad de revolución social.

Hablaban de 'revolución italiana' contra la revolución bolchevique propugnada por los socialistas maximalistas tras el fin de la guerra, pero la revolución nacional era solo una fórmula de propaganda para reivindicar para los excombatientes el derecho a proclamarse los únicos y auténticos representantes de la nación, con derecho a sustituir a las viejas clases dirigentes y a ser los fundadores de una nueva Italia. Aun así, la 'revolución italiana' del fascismo diecinuevista excluía una conquista insurreccional

del poder. E incluso cuando Gabriele D'Annunzio, durante la empresa de Fiume[14], proyectó una 'marcha sobre Roma', Mussolini se la desaconsejó.

Pero los fascistas usaron en seguida la violencia contra los socialistas: ¿no es el uso de la violencia contra los adversarios políticos un aspecto propio del fascismo, o, mejor dicho, la esencia de su política desde el comienzo hasta el final de su trayectoria? Me parece, esta, una prueba evidente de la continuidad del fascismo diecinuevista en el fascismo histórico.

También sobre el asunto de la violencia es necesario distinguir. Los fascistas de 1919, aunque responsables de acciones violentas, como el incendio de la sede del *Avanti!,* en Milán, el 15 de abril de 1919, no usaban la violencia para destruir metódicamente las organizaciones del proletariado, proponiéndose la conquista revolucionaria del poder, como hicieron los fascistas escuadristas en 1921 y en 1922. Y ni siquiera tenían en su programa la instauración de una dictadura.

Pero ¡se oponían al Parlamento, insultaban a los parlamentarios, querían abolir el Senado!

Los fascistas de 1919 eran antiparlamentarios pero no eran antidemocráticos. Propugnaban una nueva democracia política y económica impulsada por medio de reformas constitucionales, como la abolición del Senado y la transformación de la Cámara de los Diputados, situando junto a la representación política la representación de las categorías productivas; querían sufragio universal masculino y femenino, rebajar la edad de voto a los 18 años y a 25 para ser elegido diputado. Estaban, además, contra el Estado centralizado y propugnaban aligerar la burocracia y la descentralización regional.

En cuanto a la forma de Estado, los fascistas de 1919 se

declaraban de tendencia republicana, pero aceptaban la conservación de la monarquía si la monarquía, a su vez, hubiese aceptado la renovación del Estado con las reformas propuestas por los fascistas. Finalmente, el fascismo diecinuevista no quería ser ni convertirse en un partido político: antes bien, se declaraba 'antipartido', movimiento de minoría aristocrática que despreciaba a los partidos organizados de las masas gregarias, a los que contraponía una participación libertaria en la vida política.

Para documentar lo que estoy diciendo, bastará citar el primer artículo publicado en *Il Popolo d'Italia* el 3 de julio de 1919, en el que Mussolini expuso el carácter del fascismo, sus propósitos, sus metas: «Los Fascios no son, no quieren, no pueden ser, no pueden convertirse en un partido. Los Fascios son la organización provisional de todos aquellos que aceptan tales soluciones para tales problemas actuales. [...] No presupone [el fascismo] vivir siempre y mucho. Vivirá hasta que haya cumplido la labor que se ha fijado. Una vez alcanzada la solución, desde nuestro punto de vista, de los problemas fundamentales que hoy agitan a la nación italiana, el Fascismo no se empecinará en vivir, como una anacrónica superfetación de profesionales de una política dada, sino que sabrá morir brillantemente sin hacer aspavientos».

En los mítines de las elecciones políticas de noviembre de 1919, Mussolini insistía en el carácter libertario del fascismo, formado por hombres «libres y sin prejuicios», y hacía hincapié una y otra vez en que «nosotros no aceptamos ninguna dictadura»: «Estamos tan enamorados de nuestra libertad que por ella estamos dispuestos a cualquier sacrificio y no hacemos distinciones, en este caso, entre nosotros y los demás. Nosotros decimos que si mañana nuestros más feroces adversarios fuesen víctimas, en

tiempos normales, de un régimen de excepción, nos sublevaríamos porque estamos a favor de todas las libertades, contra todas las tiranías, incluida la que se llama a sí misma socialista».

Este era, sustancialmente, el fascismo diecinuevista. Y fue sobre todo Mussolini el que lo dotó de las características de un movimiento democrático, reformista, libertario y provisional. Por lo tanto, como tal, no fue una anticipación del fascismo histórico, ni siquiera su embrión, sino que fue, más bien, una vuelta al movimiento fascista intervencionista [en la Gran Guerra] de 1915, puesto al día respecto a la situación italiana de 1919, pero sin ninguna ambición de convertirse en un movimiento de masas, antes bien, manifestando su desprecio por la popularidad obtenida con demagogia, halagando a las masas con las más fantásticas promesas. El fascismo de 1919, especialmente en la representación de Mussolini, no era nada revolucionario, anticapitalista, demagógico y populista.

Teniendo en cuenta lo que has dicho hasta ahora, y pensando en el trasfondo de nuestro diálogo, es decir, la vuelta del fascismo a Italia bajo otros ropajes, no puedo evitar, pese a tu aversión por las analogías, encontrar semejanzas entre los Fascios de 1919 y la Liga[15]*, considerada, como sabes, una de las manifestaciones del fascismo que vuelve. Por ejemplo, el fascismo de 1919 y el leguismo actual comparten su aversión por el Estado centralizador, el antiparlamentarismo, la hostilidad hacia los partidos organizados, el pragmatismo sin prejuicios a la hora de tratar los problemas fundamentales.*

Aceptando el juego de las analogías, podría, entonces, encontrar más semejanzas entre el movimiento mussoliniano de 1919 y el programa político de Matteo Renzi[16]: por ejemplo, la abolición del Senado, el desprecio

por los viejos partidos y la vieja clase dirigente, la apología de la burguesía productiva, el ensalzamiento del hacer, sin contar su *juvenilismo* y su aspiración a fundar el 'partido de la nación'. Pero no me parece que haya sido frecuente, cuando Renzi era secretario del Partido Democrático y presidente del Consejo, que lo hayan marcado como un fascista de hoy, camuflado bajo vestimentas democráticas.

En cuanto a la Liga, hay ciertamente semejanzas, pero en el programa del fascismo diecinuevista se destaca la primacía de la nación y de la Italia unida. Y no hay rastro de racismo ni de xenofobia, considerados estos rasgos típicos de los leguistas como los 'fascistas de hoy'. Y respecto a los extranjeros, más que echarlos de Italia, el fascismo quería anexionar a la población italiana unos millones, entre alemanes del Alto Adigio y eslavos de Istria y de Dalmacia.

En cuanto a otros aspectos del fascismo diecinuevista, debemos concretar que la aversión por el Estado centralizador, el antiparlamentarismo, la hostilidad hacia los partidos organizados, el pragmatismo al enfrentarse a los problemas nacionales, eran motivos muy difundidos en la cultura y en la política italianas, antes y después de la Gran Guerra. En varias síntesis, opinaban lo mismo también muchos demócratas, como por ejemplo Gaetano Salvemini y los excombatientes afiliados a la Associazione Nazionale Combattenti [Asociación Nacional de Combatientes], que querían renovar el Estado, el sistema parlamentario, la conducta de los gobernantes, pero con el propósito de reforzar y hacer más reales, para todos los ciudadanos, las libertades civiles y políticas que derivan de la soberanía popular.

Se podrían, finalmente, para desafiarte en este juego de las analogías, descubrir semejanzas entre el fascismo de 1919

y el Movimento 5 Stelle [Movimiento 5 Estrellas]: pero, también en este caso, los aspectos semejantes, del antiparlamentarismo a la polémica contra los partidos, no son típicamente fascistas, como ya he dicho, mientras que el llamamiento constante a la soberanía popular, al pueblo o, mejor dicho, a la gente, que es típico de los de las Cinco Estrellas, estaba totalmente ausente del fascismo de 1919, que pretendía ser una minoría aristocrática que despreciaba a las masas.

Para concluir respecto a los fascistas de 1919, y sobre la sustancial diferenciación entre el fascismo 'diecinuevista' y el fascismo histórico, recordaré que el movimiento de los Fascios de Combate, que fue marginal durante todo ese año en la escena política, ya estaba agotado y a punto de desaparecer a finales de 1919.

¿En qué sentido dices que ya estaba agotado a finales de 1919, si el movimiento fascista continuó existiendo y, como tú mismo has dicho, engordó hasta convertirse, dos años más tarde, en un movimiento de masas?

El agotamiento se debió al fracaso total del movimiento de los Fascios, y de Mussolini personalmente. En las elecciones políticas de noviembre de 1919, las primeras de sufragio universal masculino con sistema proporcional, los Fascios de Combate presentaron una lista para la Cámara en Milán. En la lista estaban, además de Mussolini, Filippo Tommaso Marinetti, en aquella época quizá el escritor italiano más conocido del mundo después de Gabriele D'Annunzio, y Arturo Toscanini, desde hacía tiempo director de una orquesta de fama mundial. Para los Fascios fue un desastre total: Mussolini, personaje político nacional desde hacía siete años, obtuvo menos de 5.000 votos, mientras que el odiado Partido Socialista salió triunfador con 156 diputados,

el primer partido en la Cámara. El 18 de noviembre, el *Avanti!* comentó sarcásticamente la derrota de Mussolini dando una noticia falsa en la crónica: «Un cadáver en estado de putrefacción se pescó esta mañana en el Naviglio. Parece que se trata de Benito Mussolini»[17]. La macabra caricatura aludía a su final político: el propio Mussolini pensó entonces abandonar la política, vender su periódico e incluso emigrar. También el movimiento fascista estaba exangüe a finales de 1919: en toda Italia había apenas 37 Fascios con 870 miembros.

Pero nosotros sabemos que el 'cadáver', el Mussolini dado por muerto, resucitó políticamente. Y exactamente tres años después el 'cadáver' de 1919 era presidente del Consejo; el movimiento fascista, con menos de mil miembros en 1919, se había convertido en un partido con 300.000; mientras que el Partido Socialista, triunfador en 1919, a finales de 1922 estaba encaminado hacia un irreversible declive, tras la sistemática destrucción de sus organizaciones perpetrada por los escuadristas, precedida por la escisión de los comunistas en enero de 1921, a la que siguió la expulsión de los reformistas en octubre de 1922. Cuando el exsocialista Mussolini llegó al poder, el partido italiano más fuerte estaba desmembrado en tres partidos antagonistas, mutuamente enemigos.

Has sintetizado con eficacia los tres años siguientes a 1919, durante los cuales, efectivamente, el movimiento de los Fascios de Combate tuvo un crecimiento explosivo, llegando al poder con una rapidez que no tenía parangón en la historia europea de la época. Pero hay que tener presente que todavía durante todo 1920 al movimiento fundado por Mussolini le costó despegar en la escena nacional. El 5 de septiembre, hablando a los fascistas, dijo: «Somos los gitanos de la política italiana». Aunque, tras el desastre de 1919, en el programa de los Fascios de Combate el radicalismo

democrático y libertario se había moderado notablemente, Mussolini y los fascistas seguían siendo un movimiento marginal, ofuscados por el astro todavía resplandeciente del comandante D'Annunzio en Fiume.

Se ha dicho que D'Annunzio y sus legionarios que ocuparon la ciudad de Fiume para conseguir anexionarla a Italia fueron también fascistas y precursores del fascismo histórico. Pero también en su caso el apelativo es en gran medida inadecuado. Hubo fascistas dannunzianos, pero después de 1920, cuando terminó la aventura de Fiume, se formaron movimientos de legionarios dannunzianos antifascistas.

En efecto, en 1920 no estaba todavía muy claro quiénes eran los fascistas, pues con esta denominación militaban a menudo futuristas, *arditi*[18], subversivos de todo tipo, unidos únicamente por el intervencionismo y por el mito de la Gran Guerra, por las experiencias en las trincheras, el desprecio por la 'Italietta' liberal[19], por el ideal de una revolución italiana que debía llevar al poder a la nueva clase dirigente de los combatientes, para guiar a la nación hacia la grandeza y la expansión por el mundo.

Un opúsculo de los Fascios de Combate, escrito probablemente por Mussolini y publicado en 1920, contenía un párrafo titulado *Chi può diventare fascista* [Quién puede ser fascista], que en la respuesta mezclaba vaguedades y énfasis. Podía convertirse en fascista, explicaba el opúsculo, cualquiera que aceptase los «fundamentos del fascismo»: «La defensa de la última guerra nacional – La valorización de la victoria – La resistencia y la oposición contra las degeneraciones teóricas y prácticas del socialismo politiquero», con esta aclaración: «no oposición al socialismo en sí y para sí», sino a sus degeneraciones, «que

se resumen en la palabra bolchevismo». Y la descripción de quién podía convertirse en fascista proseguía, afirmando que era «relativamente fácil llegar a ser fascistas, es más bien difícil seguir siéndolo. Hace falta, para ser fascistas, no tener ningún tipo de prejuicio: hace falta saber moverse elásticamente por la realidad, adaptándose a la realidad y adaptando la realidad a nuestros esfuerzos; es necesario sentir en la sangre la aristocracia de las minorías, que no buscan popularidad, ligera primero, muy pesada después; que van contra corriente, que no tienen miedo de los nombres y desprecian los lugares comunes»

Estos eran los fascistas en 1919 y 1920. ¿Dónde están los fascistas de hoy que respondan a estas características? Si nos limitamos a las cualidades requeridas para 'seguir siendo· fascistas', entonces se puede descubrir fascistas de hoy en cada movimiento contestatario y de protesta anticonformista, como también puede descubrirse al fascista de hoy bajo la ropa de cualquier politiquero ducho en cambiar chaquetas políticas. Si en cambio nos referimos a grupos neofascistas, aun cuando entre ellos sean diferentes e incluso rivales, no hay nada que los asemeje al fascismo diecinuevista imaginado por ellos como un movimiento revolucionario, anticapitalista, tradicionalista, comunitario: cosa que el fascista diecinuevista no era, como hemos visto. Y, sobre todo, no tenía el culto de la Tradición de una comunidad nacional, con una identidad inmutable pese al paso de los siglos y de los milenios. El fascismo, proclamaba Mussolini en octubre de 1919, «mira poco hacia el pasado y se sirve del presente como de una peana para tomar impulso hacia el porvenir. Los melancólicos, los maniáticos, los beatos de todas las iglesias, los místicos rabiosos de todos los ideales, los politiqueros astutos, los apóstoles que tienen los dispensadores de la felicidad humana, todos estos no pueden

comprender ese refugio de todos los herejes, esa iglesia de todas las herejías que es el fascismo».

En conclusión, se puede sostener que históricamente no fue 1919 sino más bien 1921 el año del nacimiento del fascismo histórico, es decir –me repito, pero creo que es bueno hacerlo–, lo que destruyó las organizaciones del proletariado, llevó a Mussolini al poder en octubre de 1922, le impuso la destrucción del régimen liberal y la instauración del régimen totalitario, dominó Italia durante veinte años, se convirtió en modelo de régimen totalitario para partidos y regímenes antidemocráticos nacionalistas en la Europa entre las dos guerras mundiales, contribuyó a minar la paz con la agresión a Etiopía, convirtió al Estado italiano en oficialmente racista y antisemita, se alineó junto al nazismo en la Segunda Guerra Mundial y fue arrollado y destruido por la derrota total.

Pero aquel que hoy da la alarma ante el peligro fascista no piensa en los neofascistas, sino en los movimientos llamados populistas, que, aun negando ser fascistas, lo son bajo otro aspecto. Y esto lo demuestran, en mi opinión, muchas analogías expuestas en libros, periódicos, en la televisión, en la radio, que me parecen seriamente fundamentadas.

Con las analogías puedes demostrar cualquier cosa y llamar fascista, por poner un ejemplo, a Grillo[20] y también a Renzi, sosteniendo que son la encarnación del Mussolini diecinuevista, en versión tercer milenio. De un artículo de Mussolini cito dos frases contra el gobierno y la Cámara de 1919, así increpados: «Estos hombres están agotados. Deben irse. ¡Ya está bien de viejas cariátides que obstaculizan el paso por la calle, por la que deben marchar las fuerzas nuevas! ¡Ya está bien de los politiqueros del Parlamento y de los Ministerios!». Dime, ¿se oye el eco de Grillo o de Renzi?

¿O de ambos? Y aquí va otra cita mussoliniana de 1919 contra el Senado y los 'grandes profesores', como se diría hoy: «Siempre los mismos. Periodistas librescos, senadores chochos y atolondrados, profesores aburridos». Entonces, juguemos a *Descubre quién es el fascista de hoy* utilizando la analogía del lenguaje polémico mussoliniano: ¿quién es el fascista hoy, Grillo o Renzi?

Efectivamente, debería admitir que los son ambos.

Y dirías una tontería. Pienso realmente que hace falta el descaro imaginativo de los ahistoriólogos para descubrir rasgos de Mussolini y de los fascistas de 1919, que despreciaban la demagogia y la popularidad, en Grillo o en Renzi o en los demás populistas situados en frentes opuestos en Italia, en Europa, en el mundo; todos obsesionados igualmente por la búsqueda de la popularidad a toda costa, por medio de cualquier estrategia, de cualquier promesa.

Francamente no sé si llamándolos fascistas cometemos una injusticia con ellos o con los fascistas de 1919. Estos últimos, después de todo, volvían como veteranos de la Gran Guerra, todos eran intervencionistas voluntarios y excombatientes, habían arriesgado su vida desafiando a la muerte; algunos habían sido heridos, otros eran mutilados, muchos con condecoraciones al valor: con esta experiencia sobre sus espaldas y en sus carnes, creían de verdad que eran la nueva aristocracia que tenía derecho a convertirse en la nueva clase dirigente, que ensalzaban una Gran Italia, que había superado la más trágica de las guerras, y estaban, precisamente por eso, dispuestos a que fuese aún más grande y poderosa, lanzándola a la conquista de la modernidad y del futuro. Los populistas actuales no vuelven de ninguna guerra, no han arriesgado su vida ni muestran en sus carnes cicatrices de heridas o, aun peor, mutilaciones.

Y con toda la retórica populista, difícilmente podrían conseguir popularidad ensalzando a una Gran Italia victoriosa, aunque fuese solo en una guerra económica, para lanzarla a la conquista de la modernidad o de algún nuevo récord mundial. En el origen de los actuales neonacionalistas populistas, que poseen una legitimación democrática, lo que hay es más bien un temor a la modernidad, la adopción de una política de proteccionismo defensivo, para cerrar puertas y ventanas, para salvaguardar inciertas identidades nacionales, amenazadas por la globalización y por las «invasiones de inmigrantes».

Digo esto no para elogiar a los fascistas de un pasado que no vuelve o para denigrar a los populistas y presuntos fascistas de hoy. Lo digo solo para mostrarte, una vez más, la vacuidad de las analogías y el respeto por la historia.

---

14 D'Annunzio (1863-1938), escritor y poeta italiano, nacionalista, acabará próximo al fascismo y apoyando a Mussolini. Por sus hazañas en la Gran Guerra fue considerado 'héroe nacional'. Ocupará por la fuerza de las armas la ciudad de Fiume, disputada entre Italia y Yugoslavia, que Italia reclamaba, donde establecerá un gobierno independiente (1920-1924); finalmente fue anexionada a Italia. Devuelta a Yugoslavia después de la Segunda Guerra Mundial, hoy pertenece a Croacia y lleva el nombre de Rijeka. *(N. del t.)*.

15 Liga: partido político italiano (1991), derivado de la Liga Norte (Lega Nord), liderado desde 2013 por Matteo Salvini, desde 2018 en el gobierno coaligado al Movimiento 5 Stelle. La Liga es ideológicamente de extrema derecha, antiparlamentaria, xenófoba, racista (contra otras razas y contra los habitantes del sur de Italia), antiinmigración, euroescéptica, antiglobalización, chovinista, neoliberal y, aunque hoy en sordina, separatista, partidario de una Padania independiente *(N. del t.)*.

16 p Matteo Renzi: nacido en 1975, del Partito Democratico [Partido Democrático] italiano, fue alcalde de Florencia y primer ministro (2014-2016). De ideología democristiana, partidario de un bipartidismo, realizó reformas laborales de derechas y consiguió en cierta medida un crecimiento de la economía; defensor de la Unión Europea, en política exterior fue proestadounidense *(N. del t.)*.

17 Naviglio: el autor se refiere al Naviglio Grande, uno de los canales más importantes de los Navigli, la red de canales milaneses que se ideó ya en 1179 y que desarrollará Leonardo da Vinci en el siglo XV, de gran valor comercial. Hoy son solo parte del paisaje. *(N. del t.)*.

18 *Arditi:* el *ardito* [atrevido] era el miembro de los cuerpos de asalto italianos en la Gran Guerra, muy eficaces y temidos por los austro-húngaros *(N. del t.).*

19 Italietta liberal, pequeña Italia liberal, la Italia despreciada por los fascistas por moderada, pacífica, sin grandes pretensiones, contraria a la 'gran Italia' nacionalista, expansionista y agresiva soñada por los fascistas y similares *(N. del t.).*

20 Grillo: Beppe Grillo (1948), cómico y político italiano, cofundador del Movimento 5 Stelle, ecologista, no europeísta, descentralizador, considerado 'populista' y el primer partido en las elecciones de 2013. Hoy, aliado en el gobierno con la parafascista y separatista Lega, ha perdido empuje. Para Renzi, véase nota 16 *(N. del t.).*

5

El fascista totalitario

No sé cuántos de los lectores de nuestro diálogo aceptarán la tesis que acabas de exponer sobre el 'falso centenario' del 23 de marzo de 1919. Sostienes que el fascismo diecinuevista no fue la matriz del fascismo histórico, sino que, en sus caracteres básicos, más bien un derivado del movimiento fascista de 1915. Por lo que, y resumo tu tesis, sostienes que el fascismo histórico tiene su origen en el escuadrismo, que dio lugar al partido milicia, el cual a su vez dio lugar al régimen totalitario, con todo lo que siguió, tanto en política interior como en política exterior, hasta la Segunda Guerra Mundial y la muerte definitiva del fascismo en 1945. Quizá tu tesis dará lugar a muchas objeciones contrarias.

No sería la primera vez. Ya otras veces he recibido objeciones no solo contrarias, sino incluso hostiles hasta la maledicencia. Esto le sucede a quien desarrolla la investigación histórica buceando en la selva de documentos para comprobar los hechos, explorando nuevos territorios, iluminando realidades del pasado desconocidas o ignoradas, que lo obligan a revisar, corregir o dejar a un lado los viejos mapas de interpretación y de opinión, al verse superados por la verificación de la realidad histórica. Así ha sido desde 1975, cuando demostré históricamente la existencia de una ideología fascista y recibí inmediatamente la acusación de apología, porque entonces era casi unánime el coro de los estudiosos que la negaban. Esto ha sucedido también cuando

he restituido al fascismo su atributo totalitario mientras, como en un eco de papagayos, se repetía una y otra vez la afirmación de Hannah Arendt según la cual el régimen fascista no era totalitario. Y ha vuelto a suceder cuando, en los años siguientes, he analizado el fascismo como fenómeno revolucionario, como un original experimento de modernismo político y religión secular antitética al cristianismo, desmintiendo, con las pruebas en la mano, la imagen de un fenómeno reaccionario, tradicionalista y beato.

Gran parte de las críticas hostiles eran recusaciones tipo reflejo condicionado, típicas de quien practica la investigación histórica como una navegación de pequeño cabotaje a lo largo de costas conocidas; o de quien se complace en ver en la historia la imagen reflejada de sus propias convicciones. Sea como sea, son recusaciones polémicas que se han quedado en los márgenes de la investigación histórica sobre el fascismo como fenómeno totalitario, que ha proseguido, a lo largo de los años, de la mano de otros historiadores, sobre todo jóvenes, capaces de navegar por rutas inexploradas sirviéndose de los nuevos mapas que he diseñado en los últimos cuatro decenios. Esta historiografía ha permitido conocer al fascismo en los aspectos originales y específicos de su individualidad histórica, con los que ha dejado su marca en la historia del siglo XX.

Por lo tanto, debemos dedicar ahora nuestro diálogo a ilustrar quién es el fascista totalitario, es decir, el fascista del fascismo histórico, pues solo de este modo será posible verificar si en la Italia actual, como en Europa y en el resto del mundo, hay o puede haber fenómenos que atestiguen una vuelta del fascismo o una vuelta al fascismo, bajo

nuevos ropajes.

Pero, antes que nada, debes conseguir que entienda cómo se produjo históricamente el paso del fascismo diecinuevista al fascismo histórico. Tú das por descontada una cesura histórica profunda entre ambos fascismos; admitiendo que sea así, ¿podrías explicarme cómo y cuándo se produjo?

Durante todo 1919 y 1920, como ya he dicho, el movimiento fascista estuvo formado por una exigua agrupación política, considerada transitoria por el propio Mussolini, que tras su expulsión de Partido Socialista quedó prácticamente aislado políticamente en la escena nacional, desde finales de 1914 hasta finales de 1920. En ese período le gustaba proclamarse hereje y alérgico a toda organización, disciplina y dogmas de partido.

El 12 de mayo de 1918, por ejemplo, manifestaba su alejamiento de cualquier movimiento político o sindical, aun afín: «Es mi temperamento de individualista más bien anarquista y de animal poco sociable y organizable lo que me impide hacerlo». Mantuvo esta actitud también después de la fundación de los Fascios de Combate, concebidos como 'antipartido' por Mussolini con el mismo estado de ánimo. El 12 de diciembre de 1919 el 'cadáver' de Mussolini escribía: «Dejad libre el camino a las fuerzas elementares de los individuos pues otra realidad, fuera del individuo, ¡no existe!»; y luego repetirá, en un discurso el 28 de diciembre: «Yo sueño con un pueblo paganizante que ame la vida, la lucha, el progreso, sin creer ciegamente en las verdades reveladas, que desprecie –mejor dicho– las recetas milagrosas [...]. Por eso yo ensalzo al individuo. Todo lo demás no son más que proyecciones de su voluntad y de su inteligencia». Y todavía el 1 de enero de 1920 escribía: «*Volvamos al individuo.* Apoyaremos todo lo que ensalce,

amplifique al individuo, le dé mayor libertad, mayor bienestar, mayor latitud de vida; combatiremos todo lo que deprime, mortifica al individuo».

Me asombra que tú des importancia a estas exclamaciones mussolinianas, que son, evidentemente, desahogos improvisados, producto del hecho de sentirse políticamente un cadáver tras la paliza sufrida en las elecciones.

Pero no eran en absoluto improvisados si tenemos en cuenta que todavía el 6 de abril de 1920 Mussolini incitaba a la revuelta contra el Estado, comentando la huelga de los obreros que rechazaban la imposición estatal de la hora legal: «Yo no cuestiono el nacionalismo o la utilidad: parto del individuo y apunto hacia el Estado», que «con su enorme máquina burocrática produce una sensación de asfixia», «Moloch de rasgos terroríficos»; añadió luego que si «la revuelta contra la hora legal fuese el supremo intento de revuelta del individuo contra la coerción del Estado, un rayo de esperanza se filtraría en nuestro ánimo de desesperados individualistas». Y terminó dando vivas a la anarquía: «Abajo el Estado bajo todas sus manifestaciones y encarnaciones. El Estado de ayer, de hoy, de mañana. El Estado burgués y el socialista. A nosotros que somos *morituri* del individualismo no nos queda más que, por la oscuridad presente y por el tenebroso mañana, la religión absurda ya, pero siempre consoladora, ¡de la *Anarquía!*».

Ahora dime si es posible rastrear en estas afirmaciones, nada contingentes, los rasgos típicos del Duce del fascismo histórico, del Mussolini que en vísperas de la 'Marcha sobre Roma' declara que ya ha finalizado el siglo del liberalismo y que ha muerto la democracia, para proclamar públicamente que el «Estado fascista» habría negado la libertad de circulación a sus opositores, tratándolos como enemigos, y

habría impuesto a todos los italianos su autoridad por la fuerza, a falta de consenso.

Es evidente que suenan como declaraciones pronunciadas por dos personas completamente diferentes cuando son, en mi opinión, prueba del oportunismo y de la volubilidad ideológica de Mussolini. Pero ¿cómo explicas su total giro político?

Con el oportunismo y la volubilidad podemos explicar todo o nada. En realidad, como ya había ocurrido con la metamorfosis de Mussolini de socialista marxista a intervencionista revolucionario antisocialista y luego antimarxista, hay que conocer las circunstancias y las motivaciones propiamente políticas de la nueva metamorfosis del Mussolini individualista anarquista al Duce estatalista del régimen totalitario. Esta metamorfosis se produjo a lo largo de 1921, por las circunstancias y los motivos que ahora trataré de exponer sintéticamente.

Desde finales de 1920, tras el primer y grave conflicto armado entre fascistas y socialistas en Bolonia el 21 de noviembre, con numerosos muertos y heridos, comenzó en Venecia Julia, en las provincias del Valle del Po y en Toscana la formación de bandas armadas que lanzaron una ofensiva violenta contra las organizaciones del proletariado. El escuadrismo adquirió, a lo largo de 1921, las dimensiones de un movimiento de masas; se remitía nominalmente a los Fascios de Combate, pero, en realidad, Mussolini no había tenido ningún papel activo en la explosión del escuadrismo y en el crecimiento del fascismo como movimiento de masas. Artífices del nuevo fascismo fueron los jefes del escuadrismo surgido en varias provincias de la Italia del norte y del centro, todos ellos jóvenes intervencionistas y combatientes en la Gran Guerra, como Roberto Farinacci, Francesco Giunta, Renato Ricci, Italo Balbo, Dino Grandi, y en gran

parte afiliados a los Fascios de Combate a partir de 1919.

¿Quieres decir que este nuevo fascismo de los escuadristas no reconocía en Mussolini al fundador y el Duce del movimiento fascista?

Lo demuestra lo que ocurrió en agosto de 1921, cuando el fascismo había conquistado por medio de la violencia el predominio en aquellas regiones en las que desde 1920 había dominado el Partido Socialista. Mussolini pretendió transformar al escuadrismo en un partido político y firmó un pacto de pacificación con los socialistas para poner fin a la 'guerrilla civil' y desmovilizar a los grupos armados. Entonces los jefes provinciales, con Grandi a la cabeza, le negaron la paternidad del fascismo, echándole en cara que 'su' fascismo había sido un minúsculo movimiento urbano, mientras que el nuevo fascismo escuadrista no le debía casi nada. Se negaron a reconocerlo como Duce y lo acusaron de traicionar al fascismo al haber aceptado la pacificación con los socialistas. En el congreso que se celebró en Roma del 7 al 11 de noviembre de 1921, el nuevo fascismo de masas se organizó en el Partito Nazionale Fascista [PNF; Partido Nacional Fascista], con la forma inédita de partido milicia, modelado sobre el escuadrismo. Con rápida conversión, Mussolini renegó del movimiento antipartidista, democrático, antiestatalista, libertario e individualista, y se convirtió en el primer propagandista y en guía político de un partido armado estatalista, antidemocrático, antiindividualista, antilibertario.

Pero ni siquiera entonces Mussolini fue reconocido como Duce absoluto e indiscutido. Antes de la conquista fascista del poder, Mussolini continuó siendo miembro de la comisión ejecutiva. El congreso eligió como secretario del PNF a Michele Bianchi. Como he demostrado en mi libro *E*

fu subito regime. Il fascismo e la marcia su Roma [Y en seguida se hizo régimen. El fascismo y la marcha sobre Roma], fue Bianchi y no Mussolini el que organizó al nuevo partido milicia, encaminándolo a la conquista del poder, y quien se mostró, en octubre de 1922, como el más resuelto propugnador de la 'Marcha sobre Roma'. Y fue la resolución de Bianchi la que empujó al dubitativo Mussolini a chantajear al rey, bajo amenaza de la insurrección escuadrista, con el fin de obtener el encargo de jefe del Gobierno.

En otras palabras, en los acontecimientos del fascismo de 1920 hasta la conquista del poder, Mussolini no fue un Duce que precede, sino más bien un Duce que sigue y se adecúa a la voluntad de los jefes fascistas del escuadrismo. Incluso cuando se convirtió en presidente de un gobierno formado por exponentes de varios partidos, Mussolini se vio condicionado en sus opciones por la constante presión de los fascistas intransigentes e integristas de las provincias, que querían la conquista total del poder. Y fueron de nuevo los fascistas de las provincias quienes impidieron que Mussolini se viese arrollado por la grave crisis que siguió al asesinato de Giacomo Matteotti. Fueron los jefes de la milicia fascista los que impusieron el giro dictatorial, anunciado por Mussolini ante la Cámara con su discurso del 3 de enero de 1925. Y fueron de nuevo los fascistas integristas quienes tuvieron un papel decisivo en el establecimiento de los cimientos del nuevo régimen de partido único. Solo desde 1926, ya suprimidos todos los demás partidos, Mussolini consiguió imponerse definitivamente como Duce supremo en la cúspide del partido y del régimen fascista.

¿Puedes resumir, ahora, cuáles son las características que definen la individualidad histórica del fascismo totalitario?

Ante todo debemos concretar cuáles fueron los aspectos originales del fascismo histórico, como partido y como régimen.

En la historia del siglo XX el fascismo fue un fenómeno político nuevo, surgido en la Gran Guerra. Opuesto radicalmente al bolchevismo, el fascismo trataba, al mismo tiempo, de destruir la civilización democrática y liberal, proclamando una oposición total a la soberanía popular y a los principios de libertad e igualdad.

Como tal, el fascismo ha sido el primer movimiento nacionalista y revolucionario, antiliberal, antidemocrático y antimarxista, organizado por un partido milicia, que ha conquistado el monopolio del poder político y ha destruido la democracia parlamentaria para construir un Estado nuevo y regenerar la nación. El fascismo tenía una ideología basada en el pensamiento mítico, virilista y antihedonista, sacralizada como religión laica, que afirmaba la primacía absoluta de la nación con intención de transformarla en una comunidad orgánica étnicamente homogénea, organizada jerárquicamente en un Estado totalitario. Finalmente, el fascismo tenía una vocación imperialista y belicosa hacia una política de grandeza, de potencia y de conquista, que buscaba crear un nuevo orden y una nueva civilización.

Esta definición toma sus elementos constitutivos de la experiencia histórica del fascismo italiano. El fenómeno fascista –insisto– ha entrado en la historia europea con la llegada al poder del Partido Fascista, que ha dado nacimiento a un régimen de partido único dominado por el poder supremo del Duce, que realizó un experimento totalitario definido según los principios, los valores, los mitos y los objetivos de su propia cultura política. Como tal, el fascismo se convirtió en un modelo para otros movimientos

nacionalistas revolucionarios antidemocráticos, empezando por el nacionalsocialismo, que siguieron sus huellas y utilizaron su experiencia como partido y como régimen para crear, cada uno según sus peculiaridades nacionales propias, un nuevo Estado totalitario, una nueva sociedad jerárquica y militarmente organizada, un orden nuevo europeo o incluso mundial.

Aludes en tu definición a la concepción totalitaria de la política y del Estado. ¿Piensas referirte solo a la ideología del fascismo? Las críticas dirigidas contra tu interpretación del totalitarismo fascista tienen que ver precisamente con la ideología: es decir, lo que se te objeta es que el fascismo haya sido totalitario solo en la ideología, pero que no lo fuera en la práctica. En tu definición, sin embargo, hablas también de experimento totalitario. ¿Puedes explicar, entonces, lo que entiendes por totalitarismo?

También en este caso debemos anteponer una aclaración muy importante para comprender qué es el totalitarismo y qué se entiende por fascismo totalitario. Como ya documenté ampliamente en mi *La via italiana al totalitarismo* [La vía italiana al totalitarismo], no fueron Mussolini y los fascistas quienes acuñaron los neologismos 'totalitario' y 'totalitarismo' (también en este caso, como para el fascismo, al adjetivo había precedido al sustantivo), sino los antifascistas. Ya desde 1923 se vieron llevados por la exigencia de definir un nuevo sistema de poder impuesto por un partido armado que, tras haber llegado al gobierno, se arrogaba el monopolio de la política, se identificaba con la nación e impedía por medio de la violencia la actividad de los partidos adversarios, tratándolos como enemigos interiores de la patria. Con posterioridad, desde 1926, fueron de nuevo los antifascistas quienes definieron como totalitarismo al nuevo régimen de partido único establecido

por el fascismo, tras haber ilegalizado a toda oposición. Mi definición de totalitarismo deriva del significado originario que el término tuvo para los antifascistas, elaborado a través del estudio de la realidad histórica del fascismo en los años de su régimen.

Defino como totalitario el experimento de dominio político llevado a cabo por un movimiento revolucionario organizado como partido rígidamente disciplinado, con un concepto integrista de la política, que aspira al monopolio del poder y que, una vez conquistado, por vías legales o extralegales, destruye o transforma el régimen anterior y construye un Estado nuevo, basado en el régimen de partido único.

El objetivo principal del régimen totalitario es la conquista de la sociedad, es decir, la subordinación, integración y homogeneización de los gobernados, sobre la base del principio de politicidad integral de la existencia, ya sea individual, ya sea colectiva, interpretada según las categorías, los mitos y los valores de una ideología sacralizada bajo la forma de una religión política. El régimen totalitario se propone moldear al individuo y a las masas a través de una revolución antropológica para regenerar al ser humano y crear un hombre nuevo, dedicado en cuerpo y alma a la realización de los proyectos revolucionarios e imperialistas del partido totalitario, con la finalidad de crear una nueva civilización de carácter supranacional.

En tu definición del totalitarismo fascista asignas un papel originario fundamental al partido milicia. Pero, una vez convertido en partido único, ¿cuáles fueron sus relaciones con el Estado monárquico existente?

El régimen totalitario fascista fue un sistema político basado en la simbiosis entre Estado y partido, en el que, sin

embargo, el partido creó un complejo de centros de poder organizativos e institucionales gobernados por los principales exponentes de la jerarquía fascista, elegidos por el Duce, el cual dominaba con su autoridad carismática toda la estructura del régimen. Lo que caracterizó al totalitarismo fascista fue su intrínseco dinamismo, que se expresaba en la exigencia de una revolución permanente, en
la expansión continua del poder político del partido en el Estado, en la constante intensificación del control y de la intervención en la sociedad, para subordinarla al partido único, a través de una red cada vez más amplia y minuciosa de organización y de integración.

El totalitarismo fascista fue un experimento que fue concretándose progresivamente en la cultura política, en las instituciones y en el estilo de vida del régimen fascista, a través de una compleja relación entre ideología, partido y régimen. Y todo esto implicó no solo a la política interior, a las instituciones, a la sociedad, a la cultura, sino que influyó también en la conducta y los objetivos de la política exterior.

¿Por qué insistes en hablar de experimento para definir al totalitarismo fascista?

Prefiero definirlo como un experimento para destacar el carácter peculiar del totalitarismo como proceso continuo, que no puede considerarse cumplido en ningún estadio particular de su actuación. Y es sobre el aspecto experimental del totalitarismo fascista donde vamos a detenernos prestar nuestra atención para responder a la pregunta central de nuestro diálogo: ¿quién es fascista? De esta manera podremos mostrar más evidentemente la diferencia, enorme y radical, entre el fascista diecinuevista y el fascista totalitario, que vivía en una especie de laboratorio político en el que se intentaba generar una nueva raza de

italianos dedicados en cuerpo y alma a la realización de las ambiciones revolucionarias e imperialistas del Duce.

Al contrario que los dirigentes populistas de hoy día que se proclaman exponentes, más que representantes, del pueblo soberano, glorificado como poseedor de todas las virtudes, Mussolini y los jerarcas fascistas despreciaban a los italianos tal como eran. Inmediatamente después de su acceso al poder, Mussolini declaró querer realizar la regeneración de la raza italiana, «que nosotros queremos coger, troquelar, forjar para todas las batallas necesarias en cuanto a la disciplina, el trabajo, la fe», como dijo en un discurso el 19 de junio de 1923. Y al año siguiente el Duce definió al fascismo como «el mayor experimento de nuestra historia en hacer a los italianos».

Acabas de decir que Mussolini y los jerarcas despreciaban al pueblo, pero podría citarte centenares de elogios mussolinianos a las virtudes y cualidades del pueblo italiano que contradicen tu afirmación.

Conozco los elogios desmesurados que el Duce dirigía en sus discursos a los italianos, en las reuniones multitudinarias en la plaza Venezia [en Roma] y en numerosas otras localidades, ensalzando con habilidad las cualidades peculiares de los habitantes de cada ciudad o región. Pero esta era la retórica demagógica para la calle. En realidad, todo el aparato de laboratorio totalitario, el inmenso complejo de las organizaciones del partido, que reclutaban a hombres y mujeres de todas las edades, tenía como meta principal regenerar al pueblo que Mussolini consideraba corrompido por siglos de división política y de sometimiento.

La regeneración de los italianos fue para Mussolini una obsesión constante, como no dudó en manifestar incluso

públicamente. «Quiero corregir –dijo el 28 de marzo de 1926– algunos de los defectos tradicionales de los italianos. Y los corregiré. Quiero corregirles su demasiado fácil optimismo, su negligencia, que sigue, a veces, a una demasiado rápida y excesiva diligencia, este dejarse engañar tras la primera prueba, este creer que todo ha sido cumplido cuando ni siquiera ha empezado. Si logro, y si logra el fascismo, troquelar como yo quiero el carácter de los italianos, estad tranquilos y convencidos y seguros de que cuando tengamos la rueda del destino al alcance de nuestras manos, nosotros estaremos preparados para agarrarla y plegarla a nuestra voluntad».

Hasta ahora has hablado de la revolución antropológica y de la obsesión de Mussolini por regenerar a los italianos, pero no has dicho cómo tenían que ser los italianos según el Duce. En otras palabras: ¿quién es el fascista totalitario?

El prototipo del fascista totalitario era el escuadrista del partido milicia, que encarnaba el mito de la juventud y de la vitalidad contrario a la senilidad y a la vileza del hombre burgués, liberal y democrático, despreciado porque era considerado dudoso, miedoso, tolerante, hipócrita, sin fe, sin vitalidad, sin voluntad de lucha y de acción. Desarrollado a partir de este modelo originario, el fascista totalitario debía ser un creyente y un combatiente por la religión de la patria, totalmente entregado al fascismo, campeón de virtudes viriles, civiles y militares, joven, audaz, valiente, lleno de vida y de entusiasmo, sano en sus instintos y sentimientos, dispuesto a la violencia al no estar debilitado por el sentimentalismo, el humanismo, la tolerancia.

El fascista totalitario era el *ciudadano soldado,* criado según el mandamiento único de la religión fascista *Credere, obbedire, combáttere* [Creer, obedecer, combatir]. Un manual

para la formación de los nuevos jerarcas explicaba el sentido del mandamiento: «Por la educación integral del ciudadano desde sus primeros años se forma de manera natural el soldado consciente de su misión de tutela y de gloria de la Patria y del Régimen». A la masa de los italianos nuevos, hombres y mujeres, se los criaba para que fuesen dóciles instrumentos en las manos del Duce con los que llevar a cabo su política de grandeza y de potencia. El fascismo había heredado muchos elementos del nacionalismo modernista y fue él mismo una forma de modernismo político, tratando de definir, con este término, un movimiento que acepta la modernización y considera, al mismo tiempo, que posee la fórmula para resolver los problemas y los conflictos de la sociedad moderna y del hombre moderno.

El fascista totalitario enaltecía el desafío de la modernidad proyectándose hacia el futuro como un conquistador. El italiano nuevo de Mussolini, se lee en una novela fascista de 1930, es «un bárbaro moderno», «es decir, un hombre moderno que tiende al porvenir». El fascista totalitario no era un tradicionalista, no pretendía proteger una tradición heredada, por muy gloriosa que fuese, sino que tenía el *mito del futuro*, quería ser el creador de una tradición propia, expresión de una *nueva civilización*. Incluso el mito de la romanidad lo concebía el fascismo totalitario como un mito de acción para el futuro, como modelo de organización colectiva en la que el hombre se identificaba con el Estado y del Estado recibía el significado y el sentido de su existencia.

Pero dime: ¿el racismo y el antisemitismo fueron consecuencia de la revolución antropológica o fueron un giro en la política totalitaria debida a la conquista del imperio y a la alianza con Alemania?

Fueron consecuencia de la revolución antropológica,

aunque no se pueda excluir la influencia de la nueva situación producida tras la conquista de Etiopía y la alianza con Hitler. El racismo y el antisemitismo fueron adoptados oficialmente para impulsar la fase decisiva de la creación de una nueva raza italiana.

Concluyendo, para resumir con una fórmula sintética las características esenciales y unitarias del 'hombre nuevo' de Mussolini, el fascista totalitario, podríamos definirlo como un 'ciudadano colectivo organizado', criado para anular su propia personalidad en la comunidad de la masa organizada por el partido para satisfacer los fines de potencia del Duce. El fascista totalitario habría anulado el individualismo egoísta, el interés privado, la búsqueda del placer personal, para vivir únicamente, con espíritu ascético y guerrero, en una comunidad unida por la fe en el Duce.

Este era el fascista totalitario. Ahora dime, ¿puedes imaginar a cualquier dirigente populista de nuestro tiempo declarando públicamente que considera al pueblo un cuerpo viciado y corrupto, que debe ser curado a través de una férrea disciplina, para ser regenerado y adecuado al modelo humano imaginado por el dirigente populista, ya sea Berlusconi o Renzi, Salvini o Di Maio, Orbán o Trump? Rastrear en la gente que vota a Berlusconi, a Renzi, a Salvini, a Di Maio, a Orbán o a Trump las características típicas del fascista totalitario es un descubrimiento que solo la ahistoriología puede hacer.

Definiendo al fascismo como un régimen totalitario ¿quieres decir que, como tal, fue idéntico al régimen bolchevique de Lenin y de Stalin y al régimen nazi de Hitler?

No, no hay ninguna identidad ni identificación. Respecto a esto, te cito lo que voy repitiendo desde hace 40 años. En 1979 escribía yo: «A propósito del totalitarismo, quizá sea

oportuno hacer algunas consideraciones para evitar confusiones. En efecto, se tiende a asimilar al 'modelo totalitario', por algunas semejanzas exteriores, a regímenes radicalmente diferentes, como el fascismo, el nazismo y el comunismo. [...] Fascismo, nazismo, comunismo son fenómenos dotados de una específica originalidad histórica; son irreductibles a un denominador común». Treinta años más tarde, yo insistía en que «las afinidades entre los movimientos totalitarios no implicaban su asimilación en un único fenómeno. [...] El uso del concepto de totalitarismo en el análisis de los sistemas políticos de partido único, creados por movimientos revolucionarios, no implica la identificación de estos sistemas como si fuesen ramas del mismo árbol». Si quieres conocer las razones históricas y teóricas de mi negativa a identificar los tres regímenes totalitarios, debo remitirte, sin más, a lo que escribí ampliamente, sobre todo en *La via italiana al totalitarismo.*

6

¿Y si no fuese fascista?

Se ve al fascismo italiano como un fenómeno que se repite, como si existiese una categoría universal del fascismo. Yo rechazo esta abstracción.

GIORGIO AMENDOLA

Tras haber reflexionado largo tiempo, me doy cuenta de que no es fácil descubrir quién es fascista hoy si para descubrirlo vamos en busca de movimientos que tienen las características del fascismo diecinuevista o las del fascismo totalitario. De todos modos, sigue existiendo la alarma actual de quien está convencido de que el fascismo puede volver, aun advirtiendo que no se trata de la vuelta de los fascistas como eran en 1919 o durante el Ventenio. Se trata de nuevos fascistas, los fascistas de hoy, precisamente, que ya no se presentan como tales, sino que se camuflan de demócratas, de populistas, e incluso de antifascistas. Y, como tales, son estos el mayor peligro para la democracia, precisamente porque la acechan solapadamente, la defienden con palabras, incluso la ensalzan, pero en la práctica la están minando para destruirla…

Mientras, vuelvo a recordarte que no es la primera vez que en Italia se lanza la alarma por una vuelta del fascismo, aplicando la etiqueta de fascista a personas, movimientos y gobiernos que no se remiten en absoluto a los métodos y organizaciones del fascismo. Esto ha sucedido con frecuencia en los setenta años de la Italia republicana. Al comienzo de nuestro diálogo cité algunos ejemplos que se

remontan a los años inmediatamente posteriores al final del fascismo histórico. Creo oportuno citar ahora otros ejemplos para demostrar que la denuncia de la constante y periódica presencia de un fascismo camuflado tiene ya una larga tradición. Sin que nunca, en estos últimos setenta años, el fascismo que vuelve, camuflado bajo otros ropajes, haya podido alcanzar el poder para destruir las libertades políticas y cívicas.

La alarma del fascismo que vuelve, como ya vimos, resonó en los primeros años de la Italia republicana, tras el final de los gobiernos de unidad antifascista, con el paso de comunistas y socialistas a la oposición. Desde entonces, durante más de un decenio, unos y otros proclamaron que la Democracia Cristiana y sus gobiernos eran el fascismo con otras ropas, porque De Gasperi[21] y sus aliados de otros partidos habían traicionado a la Resistencia al excluir del gobierno a aquellos que más que ninguno de los demás antifascistas habían combatido durante veinte años para derrotar al régimen totalitario e instaurar, no solo restaurar, una democracia real, la 'nueva democracia progresiva', como vía italiana al socialismo. Y real no podía ser más que una democracia representativa de las grandes masas de trabajadores organizadas por el Partido Comunista y el Partido Socialista, y movilizadas constantemente, en una permanente lucha antifascista, contra el persistente dominio de la burguesía reaccionaria, la verdadera e inagotable matriz de toda forma de fascismo.

Pero ¿fue solo su exclusión del Gobierno lo que indujo a los comunistas y socialistas a sostener que el fascismo había vuelto, o hubo otros motivos? Por lo pronto, querría destacar que denunciando la vuelta del fascismo, o sosteniendo incluso que el fascismo no estaba sepultado realmente, comunistas y socialistas, involuntariamente como tú has dicho al empezar,

pretendían decir que la Resistencia no había ganado la guerra contra el fascismo, sino solo una batalla, a pesar de toda la retórica celebrativa de la Liberación y del pueblo italiano que se había rebelado en masa para derrotar al nazifascismo.

Hubo otros motivos, y tú mismo has indicado uno. De la exclusión de comunistas y socialistas del gobierno surgió el mito de la Resistencia traicionada, pero este mito, en realidad, no era admitir una derrota, sino un llamamiento a reanudar la Resistencia contra el nuevo fascismo, en nombre de un nuevo antifascismo militante, hasta que no se arrancasen las raíces de la reacción burguesa, que había producido, primero, el fascismo totalitario y, luego, una vez que este fue derribado, el fascismo camuflado de la Democracia Cristiana.

La pretensión totalitaria de los comunistas de encarnar al verdadero antifascismo de la Resistencia, desde 1948, fue teorizada y publicitada a través de la identificación del Partido Comunista con el antifascismo, con la democracia y con la nación. Fue una especie de puesta al día de la teoría del socialfascismo, del fascismo 'objetivo' que, revocada la aplicación a los socialistas, fue aplicada en los decenios de la Guerra Fría a la Democracia Cristiana y a sus aliados en el gobierno. Como consecuencia, todos los antifascistas anticomunistas se vieron acusados por los comunistas de ser fascistas camuflados o encubridores del nuevo fascismo y, como tales, enemigos de la democracia y de la nación de las clases trabajadoras. La misma actitud tuvieron los socialistas hasta 1956, cuando rompieron el pacto de alianza con los comunistas y se encaminaron hacia un entendimiento gubernativo del centro-izquierda con la Democracia Cristiana.

Has aludido a la teoría del socialfascismo. Me parece, en

efecto, que los comunistas la retomaron en los años de la Guerra Fría, pero puesta al día, sustituyendo a los socialistas por los democristianos y sus aliados liberales, republicanos, socialdemócratas. ¿Pero Togliatti y Nenni fueron los únicos antifascistas que acusaron a De Gasperi y a sus aliados de ser los exponentes de un resurgimiento del fascismo?

No, entre los acusadores había también intelectuales del Partito d'Azione, heredero de Giustizia e Libertà[22] en la Resistencia y en la fundación de la República, pero que no consiguió sobrevivir a las primeras elecciones políticas. Los excombatientes *azionisti* [accionistas] fueron los antifascistas más intransigentes en su denuncia del peligro del fascismo que retornaba, sosteniendo que nunca había muerto del todo porque hundía sus raíces en el carácter y costumbres seculares de los italianos.

Esta tesis fue expuesta con eficaz claridad por Piero Calamandrei en 1952, cuando observó que aunque el fascismo, como ordenamiento político, había terminado, sobrevivía todavía, subterráneo, el «habitus fascista», que «circula, serpentea, fermenta: alimenta otros robos, anima otras arrogancias, suscita otras opresiones. Y los dominadores, aun bajo uniformes menos marciales (e incluso, hoy, bajo vestimentas pías: y mañana a saber con qué otros disfraces), son siempre ellos; y las víctimas son siempre las mismas». Dadas estas condiciones, el gran jurista proponía el deber de una vigilancia antifascista para descubrir al nuevo fascismo «bajo todos sus disfraces».

¿Pero quizá se trataba, también en este caso, de una reacción provocada por la desilusión por el nuevo curso de la política italiana impuesto por la hegemonía de la Democracia Cristiana?

Claro. Pero no fue una reacción provocada solo por la

hegemonía democristiana. Unos ocho años más tarde el tema del resurgimiento del fascismo, nunca abandonado por los antifascistas que consideraban traicionada o fracasada la Resistencia, fue retomado por Pier Paolo Pasolini desde el punto de vista comunista cuando afirmó que «la burguesía italiana que ha dado pie al fascismo es la misma que da pie a la Democracia Cristiana», aunque sea desde el punto de vista antropológico, descubriendo al nuevo fascismo en la modernización consumista «de un bienestar que es egoísmo, estupidez, incultura, cotilleo, moralismo, coacción, conformismo: prestarse de una manera u otra a contribuir a esta putrescencia es, ahora, el fascismo como normalidad», como «abandono moral, complicidad con la manipulación artificial de las ideas, con el neocapitalismo que está gestando su nuevo poder».

Concebido como fenómeno antropológico, el 'fascismo que vuelve' adquirió la naturaleza de la perenne degeneración italiana, aun conservando la otra naturaleza de la persistente reacción burguesa. Luego, entre los años 1960 y 1980 del siglo XX, existió el 'fascismo desestabilizador de la masacre' de los jóvenes militantes neofascistas, perpetradores de repetidos atentados terroristas contra el Estado democrático. Estos provocaron, como reacción, los repetidos atentados terroristas de un nuevo antifascismo militante, generado a partir de las revueltas generacionales del 1968 y del decenio siguiente y decidido a rescatar la Resistencia traicionada retomando la guerrilla revolucionaria contra el fascismo viejo y nuevo.

Me parece, precisamente, que nuestra discusión sobre quién es fascista se está metiendo en un laberinto en el que al final parece que Teseo se transforma en el Minotauro y el Minotauro en Teseo. Pero desearía detenerme en la alusión que has hecho

a la antropología. Escuchando la cita de Pasolini, me parece que anticipó, con agudeza premonitoria, las acusaciones que de 1994 al 2011 se han dirigido contra Silvio Berlusconi, es decir, de ser el artífice, al poseer un imperio televisivo y editorial, jefe de un partido y jefe del gobierno, de un nuevo fascismo carismático populista y consumista. Pero, como tú has mencionado, con Calamandrei y Pasolini nos hemos trasladado de la dimensión política al campo de la antropología. ¿O piensas que estamos de nuevo en la ahistoriología?

Con todos mis respetos por el rigor moral de Calamandrei, de Pasolini y de su predecesor Piero Gobetti, que había definido al fascismo como «la autobiografía de la nación», me parece que la interpretación antropológica del nuevo fascismo bajo distintos ropajes es un claro ejemplo de ahistoriología, porque desliga completamente al fascismo de su historia para proyectarlo en la dimensión más bien vaga y evanescente del carácter italiano, según la cual todos los italianos, o gran parte de los italianos, serían congénitamente fascistas, incurablemente fascistas, aunque no lo sepan. Desde el punto de vista antropológico, la genealogía del fascismo y la esencia de quién es fascista se deben remontar muy atrás en el tiempo, hasta el italiano de Guicciardini, para ir descendiendo hasta el populismo berlusconiano, de la Lega y finalmente de 5 Estrellas.

A este respecto hay que destacar que los antifascistas, al afirmar la existencia de italianos antropológicamente fascistas, no se dan cuenta de que evocan la distinción racista aplicada desde un comienzo por los fascistas a los antifascistas: el 24 de septiembre de 1919 Mussolini escribía que ya en vísperas de la Gran Guerra estaban en lucha, una contra la otra, «dos razas de italianos, dos mentalidades de italianos, dos almas de italianos, dos tipos de italianos, los que han hecho la guerra y los que no la han hecho». Y en

pleno régimen totalitario, en 1928, un influyente intelectual fascista de 1919, el *ardito* y futurista Mario Carli, llegaba incluso a desnacionalizar a los antifascistas afirmando que fascistas y antifascistas eran «dos razas, dos mentalidades contrapuestas e irreconciliables entre sí», porque eran «italianos nuevos frente a italianos anticuados, mejor dicho –si queremos llegar bien al fondo– son italianos frente a no italianos. [...] Esta es la razón por la que somos intransigentes. [...] Se habla otra lengua, somos de otra raza, tenemos cerebro, corazón e hígado forjados en otra fundición: ¿cómo pretendéis que consigamos fusionarnos y colaborar?». Y, con siniestra alusión a la eliminación de los 'no italianos', el fascista terminaba diciendo: «Ninguna colaboración puede existir entre hombres de tan distinto temple; y si no estamos claramente decididos a suprimirlos de golpe, habrá que esperar pacientemente a que el Creador se los lleve de nuevo, pues solo con su desaparición física la vida nacional podrá renovarse y transformarse como nosotros soñamos».

La teoría fascista de las dos razas de italianos llevó a la adopción de las leyes antisemitas[23] en el marco de la nueva política del racismo totalitario, con la identificación entre fascismo e italianidad y la consiguiente proclamación institucional de la superioridad racial del fascista sobre el antifascista, porque, como proclamaban en 1942 los jóvenes fascistas, existía ya una «raza fascista», mientras que el antifascismo era la «antirraza».

Nadie puede predecir cuáles pueden ser los resultados de semejante caracterización antropológica del adversario político como enemigo con el que ninguna conciliación es posible, sin excluir, por lo tanto, su eliminación. En Italia, entre los jóvenes más fanáticos del antifascismo militante estuvo de moda el eslogan «Matar a un fascista no es

delito». Cuando, en marzo de 1975, un joven militante neofascista fue agredido hasta la muerte por un grupo de antifascistas, el escritor radical Leonardo Sciascia observó que eran muchísimos los jóvenes que «no tienen ninguna gana de pensar ni de saber. Estos son una masa que hay que tener muy en cuenta porque ese fascismo que se llamará antifascismo, son ellos quienes contribuirán en gran parte a forjarlo». Para el escritor siciliano, el nuevo fascismo habría llevado las ropas de un nuevo antifascismo.

La tesis de un fascismo antropológicamente perenne no es tan peregrina ni está limitada a la ahistoriología italiana. En 2007 se publicó en Estados Unidos un libro titulado *Fascismo liberal. Historia secreta de la izquierda americana*, que empezaba con Mussolini y acababa con Bill y Hillary Clinton, para terminar afirmando: «La Nueva Época: ahora somos todos fascistas».

Como ves, estamos en el colmo de la ahistoriología. Para no vernos contagiados o enredados en pronósticos infinitos sobre el fascismo del futuro próximo, volvamos a respirar el aire de la historia.

Estoy de acuerdo contigo, volvamos a la historia. Con todo, te pareceré cabezota, pero creo que debo preguntarte una vez más por qué excluyes la posibilidad de una vuelta del fascismo con otros ropajes. Lo dicen muchos en Italia, en Europa, en el resto del mundo, y tendrán sus motivos para decirlo, con ansiedad e incluso con angustia. ¿No es acaso historia del presente también esta difusa alarma contra el peligro fascista que se cierne sobre la democracia?

Quizá me repito, pero la repetición puede permitir ser claro. Y querría aclarar en seguida que mi escepticismo respecto a las continuas alarmas por el peligro fascista, especialmente hoy, no es producto de la indiferencia o de

insensibilidad ante la ansiedad y la angustia de las personas que lanzan tales alarmas. Si estamos teniendo este diálogo es precisamente porque yo también soy sensible respecto a las preocupaciones por la salud de la libertad política y civil. Lo que ocurre es que no creo que la amenaza real venga del nuevo fascismo, bien porque no creo en el eterno retorno del fascismo bajo otros ropajes, bien porque los argumentos que sostienen que el fascismo ha vuelto no me convencen desde el punto de vista lógico ni desde el histórico.

Ante todo, me deja perplejo la singularidad exclusivamente fascista de esta posibilidad de un retorno periódico. En efecto, el fascismo es el único fenómeno político al cual se le atribuye una extraordinaria capacidad mimética, la vocación de volver camuflado con otros ropajes. Tras la singularidad del 'fascismo genérico', tenemos la singularidad del 'fascismo mimético', que son, sin embargo, ambas, una única singularidad sobreentendiendo, en efecto, que el fascismo esté dotado, si no de eternidad, sin duda de inmortalidad o de una extraordinaria vitalidad que le permite reanimarse, cuando quiere y como quiere, para volver a amenazar a la democracia.

Digo que se trata de una singularidad exclusivamente fascista porque no recuerdo que esa capacidad de volver con otros ropajes se le haya atribuido a otros movimientos y regímenes de la historia contemporánea que ya forman parte de la historiografía. ¿Has oído a alguien anunciar que han vuelto o pueden volver el jacobinismo, el legitimismo, el bonapartismo, el zarismo, el bolchevismo, el estalinismo, el franquismo, el salazarismo? Me parece que solo Berlusconi, aliado con los neofascistas en el gobierno, ha sostenido que en Italia el comunismo no había muerto tras la caída del imperio soviético y de los regímenes comunistas europeos y había vuelto a amenazar al país, que, sin embargo, había

encontrado en él, fundador y jefe de Forza Italia, un férreo defensor.

Quizá no con la misma frecuencia periódica que se atribuye al fascismo, pero algunos de los fenómenos que has citado han vuelto, efectivamente, con otros ropajes. Pienso, por ejemplo, en el bonapartismo, que ha vuelto con los ropajes del fascismo, del estalinismo, del gaullismo. O en el jacobinismo, que ha vuelto con las ropas del bolchevismo.

Quizá no te has dado cuenta de que has introducido en tu objeción una especie de juego de los espejos deformantes en el que el mismo cuerpo aparece sucesivamente bajo formas diferentes. Porque, por ejemplo, se ha dicho que el fascismo antes, y el estalinismo más tarde, han supuesto la vuelta al bonapartismo con otros ropajes, del mismo modo que el bonapartismo ha supuesto la vuelta del cesarismo con otras ropas. Pero de esta manera volvemos al juego ahistoriológico de la *historia-que-nunca-se-repite-pero-siempre-vuelve-con-otras-formas,* y se podría repetir hasta el infinito.

Me parece que estás confundiendo las analogías con los conceptos o los tipos ideales, como los ha definido Max Weber, elaborados por las ciencias sociales para el análisis comparativo entre fenómenos pertenecientes a varias épocas de la historia pero que presentan varias características semejantes. ¿O tú piensas que la historia comparativa es una especie de ahistoriología?

¿Bromeas? La historia comparativa es una cosa muy seria. Como historiador, considero que el método comparativo es un instrumento útil para la comprensión de los fenómenos del pasado. Pero te recuerdo que uno de los promotores de la historia comparativa, Marc Bloch, advertía contra la creencia de que el método comparativo «no tuviera más objeto que

cazar semejanzas», razón por la cual «se lo acusa fácilmente de contentarse con analogía forzadas, incluso, en ciertos casos, de inventárselas»; un método comparativo utilizado de este modo «sería tan solo una mediocre caricatura», pero si se entiende rectamente, «mantiene, por el contrario, un interés especialmente profundo por la percepción de las diferencias, ya sean originarias, ya sean el resultado de recorridos divergentes, tomados de un mismo punto de partida». Y parafraseando al gran historiador francés, yo sostengo que la historia comparativa «debe destacar la 'originalidad'» de los fenómenos políticos, más que llevarlos a todos a lo genérico de un único fenómeno, que se repite bajo otros ropajes.

Resumiendo, admitamos que tengas razón al negar la existencia del fascismo perenne que continuamente retorna, y que la caza al fascista de hoy camuflado bajo diversos ropajes, incluso con la mejor intención, sea una especie de juego ahistoriológico. ¿Tú sostienes, pues, que hoy no hay fascistas en Italia, en Europa y en el resto del mundo?

No lo sostengo en absoluto. Por el contrario, reconozco que hoy los fascistas existen todavía, como han existido durante los últimos setenta años.

Entonces, para ti, ¿quién es fascista hoy?

La respuesta es de Perogrullo: es fascista quien se considera heredero del fascismo histórico, piensa y actúa según las ideas y los métodos del fascismo histórico, milita en organizaciones que se remiten al fascismo histórico, aspira a llevar a la práctica un concepto fascista de la nación y del Estado, no necesariamente idéntico al Estado mussoliniano. Además, es fascista quienquiera que ostente ideas, lenguaje, símbolos, gestos que eran típicos del fascismo italiano.

Pero para darte una respuesta, digamos así, institucional, me sirvo de la ley nº 645 del 23 de enero de 1952, promulgada para poner en práctica la XII disposición transitoria y final de la Constitución italiana, que entró en vigor el 1 de enero de 1948 y que prohíbe «la reconstitución, bajo cualquier forma, del disuelto partido fascista»: «se considera reorganización del disuelto partido fascista cuando una asociación o un movimiento persigue finalidades antidemocráticas propias del partido fascista, ensalzando, amenazando o usando la violencia como método de lucha política o propugnando la supresión de las libertades garantizadas por la Constitución o denigrando a la democracia, a sus instituciones y a los valores de la Resistencia o realizando propaganda racista, o bien dirige su actividad al ensalzamiento de exponentes, principios, hechos y métodos propios del partido antes mencionado o lleva a cabo manifestaciones externas de carácter fascista».

Por consiguiente, el artículo 2 de la ley sancionaba: «Quienquiera que promueva u organice de cualquier forma la reconstitución del disuelto partido fascista según el artículo anterior será castigado con reclusión entre tres y diez años. La misma pena se aplica a los dirigentes de la asociación o movimiento; quienquiera que participe será castigado con reclusión de hasta dos años. Si la organización o el movimiento adquiere, total o parcialmente, el carácter de organización armada o paramilitar, o bien hace uso de medios de lucha violentos, los promotores, los dirigentes y los organizadores serán castigados con reclusión de cinco a doce años y los participantes con reclusión de uno a tres años».

¿Se ha aplicado alguna vez esta ley en los setenta años de la Italia republicana?

Se ha aplicado en los casos de personas individuales y asociaciones neofascistas, pero nunca al más fuerte partido neofascista de Europa, el Movimento Sociale Italiano [Movimiento Social Italiano], del que ya hemos hablado. Durante medio siglo, los militantes del MSI han ensalzado en público al fascismo histórico, han considerado válida su ideología nacionalista, estatalista, corporativa, socializante, contraponiendo al parlamento político el parlamento de las corporaciones productivas, al Estado democrático de los partidos el Estado orgánico de la comunidad nacional. Desde 1948 el partido neofascista aceptó participar democráticamente en la competición electoral, local o nacional para elegir administradores locales, diputados y senadores. En las elecciones de 1948 los partidarios del MSI obtuvieron un escaño en el Senado y seis diputados; 39 parlamentarios en 1953, 32 en 1958, 82 en 1972, para luego oscilar entre los 60 y 40 en las elecciones de 1976 a 1992.

Y durante esos cincuenta años, ¿el partido neofascista no representó nunca un peligro para la democracia?

Hubo varias circunstancias en las que el MSI o sus exponentes se vieron involucrados en maniobras, complots o intentos de subvertir el ordenamiento democrático, pero ninguno de estos episodios puso realmente en peligro a la democracia, aunque desembocaron en grandes manifestaciones antifascistas masivas, choques violentos en las calles, peleas en el Parlamento, polémicas y debates en la prensa, en la radio, en la televisión. Como sucedió en 1960, cuando un nuevo gobierno democristiano, presidido por Fernando Tambroni, obtuvo la confianza del Parlamento gracias a los votos del MSI. Y cuando este partido decidió celebrar su congreso en Génova, en julio de 1960, como gesto de desafío al antifascismo –esta ciudad de Liguria había sido condecorada con la medalla de oro de la

Resistencia–, comunistas, socialistas, socialdemócratas, republicanos, radicales y asociaciones partisanas organizaron grandes manifestaciones de protesta en Génova, Roma, Nápoles y en muchas otras ciudades. Se produjeron choques entre manifestantes y fuerzas del orden, con muertos y heridos entre los manifestantes. El gobierno Tambroni se vio obligado a dimitir.

Desde entonces no se ha dado un desafío tan grave por parte del partido neofascista contra la República democrática. Que sigue con vida, mientras que el partido neofascista, pese a su mutación en posfascista, ha desaparecido.

¿De qué manera ha desaparecido?

En los decenios posteriores a las jornadas de Génova, el partido neofascista, dirigido por su secretario Giorgio Almirante, exjerarca de la República Social y uno de los fundadores del MSI, continuó activo en la política italiana, pero relegado siempre a la oposición, aunque sus votos contribuyeron a la elección de algunos presidentes de la República democristianos. A lo largo de los años 1980 el MSI inició un proceso de inserción en el sistema democrático, que hasta entonces había aceptado pero reivindicando siempre su origen fascista y su nexo con el fascismo. Desde 1992, guiado por Gianfranco Fini, delfín y sucesor de Almirante, dio comienzo su transformación en derecha democrática, tomando la denominación de MSI-Alianza Nacional, para participar luego, en 1994, en el primer gobierno de Berlusconi, como ya hemos recordado.

¿Y no hubo, entonces, grandes manifestaciones antifascistas masivas contra el ascenso de los neofascistas al gobierno de la República?

Las hubo. Pero no impidieron al partido neofascista

continuar su transformación en partido posfascista hasta convertirse en una derecha democrática: en 1995 realizó el giro definitivo disolviéndose y constituyéndose como Alleanza Nazionale [Alianza Nacional], separándose formalmente de la tradición fascista, condenando las leyes racistas y antisemitas o reconociendo oficialmente al antifascismo como «el momento históricamente esencial para la vuelta de los valores democráticos que el fascismo había conculcado».

En los quince años siguientes, el nuevo partido de la derecha exfascista siguió participando, con ministros y subsecretarios, en los gobiernos de Berlusconi, de 2001 a 2005 y de 2008 a 2011: Fini fue, primero, ministro de Asuntos Exteriores de 2004 a 2006 luego presidente de la Cámara de 2008 a 2013. Pero la ruptura clamorosa de Fini con Berlusconi en 2010 marcó el final político definitivo del último secretario del partido neofascista y también de Alianza Nacional, que en 2008 se había unido al Polo della Libertà [Polo de la Libertad], el recién nacido partido de Berlusconi. Muchos exdirigentes neofascistas fueron absorbidos, en efecto, por el partido belusconiano.

De esta manera, por ironía de la historia, la completa disolución del más fuerte partido neofascista de Europa fue provocada por el hombre político que más que ningún otro, en los setenta años de la Italia republicana, como fundador y jefe carismático de un partido populista, hegemonizando, durante dos decenios, la política nacional, se ha presentado como una nueva y peligrosa reencarnación del fascismo con otras ropas, un nuevo Duce en versión telemática.

Pero a finales de 2011 también Berlusconi se vio obligado a dimitir, y desde entonces ya no ha vuelto al gobierno, también porque fue excluido del Parlamento como consecuencia de una

condena definitiva. Con el final del berlusconismo, en cualquier caso, no ha terminado en absoluto la reaparición del fascismo con otras ropas. Siete años después de la dimisión de Berlusconi han accedido al gobierno dos partidos, 5 Stelle y la Liga, que de nuevo han hecho resonar la alarma ante el retorno del fascismo bajo las ropas de un populismo demagógico, antiparlamentario, xenófobo y racista.

Es verdad. Hay una alarma diaria por la vuelta del fascismo. Basta leer los titulares de los periódicos o los artículos y comentarios en Internet en las últimas semanas de 2018 para constatar que, en vísperas del centenario de la fundación de los Fascios de Combate, el fascismo, de nuevo, está presente en la prensa política de la Italia actual, con eco en Europa y en otras partes del mundo. Aun antes de la llegada de los 5 estrellas y de los de la Liga al gobierno, ya a comienzos de 2018 un diario británico serio había publicado un editorial cuyo título era: «El fascismo ha vuelto a Italia, y está paralizando el sistema político». Estábamos en vísperas de las elecciones políticas del 4 de marzo, que tuvieron el efecto de provocar no una parálisis del sistema político italiano sino un radical trastorno en la composición del Parlamento y en la nueva clase de los gobernantes, con el Movimiento 5 Estrellas como primer partido en Italia. Tras laboriosas y tortuosas negociaciones, el 1 de junio de 2018 el presidente de la República permitió que tomara posesión un nuevo gobierno, surgido de un «contrato de programa» entre el Movimiento 5 Estrellas y la Liga y presidido por un profesor universitario de jurisprudencia, un independiente, propuesto por 5 Estrellas para el cargo de presidente del Consejo.

Estos partidos en el gobierno se consideran fascistas con otros ropajes al haber sido acusados de ser racistas y xenófobos. Pero el racismo y la xenofobia no se identifican

con el fascismo. Son fenómenos anteriores, y por desgracia no son extraños a la democracia: Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia han sido democracias racistas y xenófobas desde mucho antes del nacimiento del fascismo.

Resumiendo, tú no crees que el gobierno en el poder desde el 1 de junio de 2018 y los partidos que lo apoyan son una reencarnación del fascismo con otros ropajes. Pero, al final de nuestro diálogo, aunque no las aceptes históricamente, participa, de todos modos, en la búsqueda de analogías y dime al menos cuáles te parecen las más plausibles o las menos ahistoriológicas, aunque solo sea en la manera en que se ha producido este imprevisto e inesperado giro en la clase de gobierno. ¿No podría haber analogías alarmantes respecto a la llegada del fascismo al poder en octubre de 1922, que también fue imprevisto e inesperado?

No hay nada que permita detectar seriamente, en el nuevo gobierno, analogías o semejanzas con la llegada del fascismo al poder. Si, de todos modos, queremos buscar y encontrar analogías, seriamente, podríamos observar que los militantes del Movimiento 5 Estrellas son completamente nuevos en la experiencia del gobierno estatal, como lo fueron los fascistas cuando los llamó el rey para que gobernasen en Italia en octubre de 1922. La Liga, en cambio, tiene ya a sus espaldas una larga experiencia de gobierno del Estado como aliada de Forza Italia. Otra analogía puede encontrarse en el hecho de que el nuevo presidente del Consejo, como Mussolini en 1922, no tenía ninguna experiencia de gobierno anterior. Finalmente, el acuerdo de gobierno entre 5 Estrellas y la Liga podría ser comparado con el acuerdo de gobierno entre el Partido Fascista, recién llegado, y los diferentes partidos que habían participado en gobiernos anteriores. Como puede comprobarse fácilmente, se trata de analogías y parecidos completamente superficiales y contingentes.

Pero si hablamos seriamente, ninguna analogía o semejanza podemos encontrar entre la llegada del nuevo gobierno y la llegada del fascismo al poder. El nacimiento del nuevo gobierno se ha producido según los procedimientos típicos de una democracia parlamentaria, aunque las negociaciones hayan sido largas y tortuosas, con momentos de tensión e incluso palabras gruesas expresadas por parte de los nuevos aspirantes a gobernantes respecto del presidente de la República, que se había manifestado disconforme con el nombramiento de un ministro del nuevo ejecutivo. Resumiendo, nada comparable al modo en que el 30 de octubre de 1922 fue nombrado presidente del Consejo el Duce del Partido Fascista, que desde hacía más de un año dominaba con la violencia de sus bandas paramilitares gran parte de la Italia septentrional y central.

Pero hoy, cuando se lanza la alarma por una vuelta del fascismo, no nos referimos tan solo a quienes se declaran abiertamente fascistas, lo que sería, precisamente, obvio, e incluso banal, sino a todos los que, aun no definiéndose como fascistas, antes bien, negando serlo, son en realidad fascistas con otros ropajes.

Pero precisamente en este empeño de descubrir a los fascistas de hoy, que no son como los fascistas de la época mussoliniana y no son ni siquiera los que se declaran hoy fascistas, sino que son personas y movimientos que niegan serlo, es donde radican la ambigüedad y la vaguedad de la alarma por el riesgo inminente sobre la democracia de una vuelta del fascismo bajo otras ropas, que considero que no existe, realmente. Existe, en cambio, efectivamente, el riesgo de que, con tanto ver fascistas por todas partes, no estemos atentos a otras amenazas, estas reales, que se ciernen sobre la democracia y que nada tienen que ver con el fascismo, sea cual sea el ropaje bajo el que queramos imaginarlo.

Como he explicado en dos ensayos recientes: *Il capo e la folla. La genesi della democracia recitativa* [El jefe y la multitud. La génesis de la democracia recitativa] y *In democrazia il popolo è sempre sovrano. ¡Falso!* [La mentira del pueblo soberano en la democracia] hay peligros para las democracias de nuestro tiempo implícitos en la transformación del 'gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo' en una democracia recitativa, en la que al pueblo soberano se lo llama periódicamente para que ejerza el derecho al voto, como una comparsa que entra en escena solo en el momento de las elecciones para volver luego de nuevo tras los bastidores, mientras que en el escenario dominan castas, oligarquías y camarillas generadoras de desigualdades y corrupción.

Es lo que sucede cuando el método democrático, es decir, la elección de los gobernantes por parte de los gobernados, se disocia del ideal democrático, esto es, de la creación de una sociedad de ciudadanos libres e iguales en la que cada uno pueda desarrollar su propia personalidad, sin discriminaciones de ningún tipo y respetando a los demás.

Haces una distinción entre el método y el ideal democráticos. ¿Puede explicarme el sentido de esta distinción?

Es una distinción que pertenece a la historia de la democracia desde que la soberanía popular, con la Revolución estadounidense y la francesa, se levantó contra la soberanía por derecho divino, y ha conseguido la victoria con la Carta de las Naciones Unidas (1945) y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (1948). Son los primeros documentos políticos de carácter universal de la historia humana promulgados tras la definitiva derrota de los regímenes totalitarios del fascismo y del nacionalsocialismo.

En la Carta se sanciona el ideal democrático, es decir, «la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y en el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas», con el compromiso de «promover el progreso social y un nivel de vida más elevado con una libertad más amplia, y con tal fin de practicar la tolerancia y de vivir en paz unos con otros en relaciones de buena vecindad». En la Declaración se sanciona el método democrático, es decir, el principio según el cual la voluntad popular es «el fundamento de la autoridad del gobierno» y «debe expresarse a través de elecciones periódicas y reales, realizadas mediante sufragio universal e igual, con voto secreto, o según procedimientos equivalentes de libre valoración».

Ahora bien, las luchas democráticas de los últimos setenta años, en los Estados basados en la práctica de la soberanía popular, han tratado de llevar a cabo la simbiosis entre método e ideal de la democracia. Pero la simbiosis no siempre ha podido realizarse. En efecto, con el método democrático la voluntad popular puede elegir libremente a una mayoría y a un gobierno que no persigan, como meta principal, la aplicación del ideal democrático. Nadie, sin embargo, puede negar que tales mayorías y tales gobiernos sean democráticos, aunque lo sean solo según el método, no según el ideal.

¿Y de qué manera esta distinción tiene que ver con las polémicas actuales sobre la vuelta del fascismo?

Tiene que ver de manera evidente, porque gran parte de los movimientos y de los gobiernos, democráticamente elegidos, hoy acusados de ser fascistas aunque con otros ropajes, no son fascistas. Son, más bien, los ultras del

régimen democrático, hasta exigir la democracia directa.

También Mussolini y Hitler legitimaron su ascenso al poder con el voto popular.

Es cierto, pero no se sirvieron de él para poner en práctica el ideal democrático, sino más bien para abolir el método democrático, sustrayendo su poder a la verificación con elecciones periódicas y reales, con voto libre y secreto.

Pienso que ya es hora de que vayamos concluyendo. Y, para concluir, lo siento, pero debo plantear una pregunta que va a ser intencionadamente provocadora: si piensas que no hay una vuelta del fascismo, ¿consideras que el antifascismo debería ya archivarse, junto con el fascismo?

Cuando quieres ser provocador, no dices más que banalidades, pensando que son preguntas explosivas, mientras que no son ni siquiera petardos, como les sucede a los provocadores de profesión. Ante todo, te hago notar que se archivan los documentos, no los fenómenos históricos. La historia siempre es historia contemporánea, como explicó Benedetto Croce, porque revive en la conciencia actual del historiador que indaga en el pasado con otras preguntas, suscitadas por la observación del presente. Todo está destinado a convertirse en historia, ya que nada de lo que es humano es eterno. No lo es el fascismo, no lo es el antifascismo. Y tampoco se los puede resucitar artificialmente a la vida actual sin caer inevitablemente en la ahistoriología o en el juego de la *historia-que-nunca-se-repite-pero-que-siempre-vuelve-bajo-otras-formas,* para encasquetar, cada vez, según las situaciones, la calificación de 'fascista' al adversario de turno.

Sobre esto, cito lo que dijo en 1976 Giorgio Amendola, importante dirigente del Partido Comunista italiano, en el que ha militado desde 1930, participando en la lucha

antifascista tanto en Italia como en el extranjero, para acabar siendo uno de los jefes de la Resistencia en Roma. En su *Intervista sull'antifascismo* [Entrevista sobre el antifascismo], edición de Piero Melograni, al preguntársele si no creía «que en el lenguaje político actual se daba un abuso del término 'fascista'», Amendola contestó: «Sin duda. Todo lo que está a la derecha se convierte en fascista. Yo no me canso de decir, en cada ocasión, que conservador, reaccionario, autoritario o fascista son términos que corresponden a varias formaciones políticas, a distintas realidades. Así que no apruebo ciertas equiparaciones genéricas y superficiales. [...] Hay que acostumbrar a las generaciones jóvenes al arte de la distinción».

Es una respuesta, esta, que creo que es aún más válida hoy, sobre todo para aconsejar a los jóvenes.

¿Tú piensas que el abuso del término 'fascista' puede impedirnos comprender los peligros reales para la democracia?

Sin duda. Pero añado que puede ser igualmente dañino un abuso del término 'antifascista'. Puede ocurrir, en efecto, que, interpretando la realidad a través de categorías genéricas y anacrónicas, no sepamos reconocer los peligros reales. Y el peligro real, hoy, no es el fascismo, sino la escisión entre el método y el ideal democráticos que se realiza en una democracia recitativa, conservando el método, pero abandonando el ideal. El peligro real no son los fascistas, reales o presuntos, sino los demócratas sin ideal democrático.

Así, pues, fascismo y antifascismo pertenecen ambos a un pasado, que ha pasado definitivamente.

Históricamente es así, para ambos. Pero con una diferencia sustancial. El fascismo ha muerto definitivamente, pues nadie hoy –ni siquiera los neofascistas, me parece–

quiere restaurar el régimen totalitario que fue derribado por la victoria irreversible de las fuerzas antifascistas, unidas para restituir al pueblo italiano la libertad y la soberanía. Este fue el objetivo común de todos los partidos de la Resistencia, y para alcanzarlo y fundar un nuevo Estado republicano y democrático dejaron a un lado sus concepciones distintas e incluso opuestas del Estado y de la sociedad. Así ocurrió con la fundación de la República y con la Constitución. Es esta la herencia vital que el antifascismo, al pasar a la historia, ha dejado a los ciudadanos del Estado italiano, con la tarea de llevar a cabo la simbiosis entre el método y el ideal de la democracia.

Contra los demócratas sin ideal, siempre es actual y válido el ideal democrático que la Constitución obliga a cumplir: «Todos los ciudadanos poseen igual dignidad social y son iguales ante la ley, sin distinción de sexo, raza, lengua, religión, opiniones políticas, condiciones personales y sociales. Es tarea de la República suprimir los obstáculos de orden económico y social que, limitando de hecho la libertad y la igualdad de los ciudadanos, impiden el pleno desarrollo de la persona humana y la efectiva participación de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del País».

---

21 Alcide De Gasperi (1881-1954), político italiano, católico y antifascista (fue encarcelado por Mussolini). Tras el fascismo fue ministro de Asuntos Exteriores y presidente del Consejo de Ministros. Y fundador de la Democracia Cristiana italiana (1943). Se lo considera uno de los 'padres de la Unión Europea'. El Vaticano sopesa su beatificación *(N. del t.)*.

22 Giustizia e Libertà [Justicia y Libertad], partido antifascista surgido en 1929, fue dirigido por Carlo Rosselli hasta su asesinato por Mussolini. Participaron con un contingente de brigadistas en la Guerra Civil española a favor de la II República y en la guerra civil italiana (1943-1945) con partisanos contra el fascismo. Ideológicamente eran socialistas democráticos, pero muy a la izquierda de las socialdemocracias europeas actuales. Con el tiempo muchos pasaron al Partido Socialista italiano de Nenni. Participaron en varios gobiernos democráticos y entre

sus afiliados hubo grandes políticos, pensadores y científicos *(N. del t.)*.

23 En 1938 *(N. del t.)*.

Epílogo

Qué es el fascismo: un mapa histórico

La definición del fascismo es su historia. Y la historia del fascismo puede representarse sintéticamente por medio de un mapa conceptual que describa los aspectos originales y específicos de su individualidad como un fenómeno del siglo XX, que no ha tenido predecesores ni puede tener réplicas futuras. Cualquier presunta réplica no pertenece a la historia, sino a la ahistoriología.

El mapa que aquí proponemos se divide en tres partes: la *dimensión organizativa,* que tiene que ver con la composición social, la estructura asociativa y los métodos de lucha del partido; la *dimensión cultural,* que se refiere al modo de concebir al hombre, a las masas y a la política, es decir, a la ideología y a su sistema de principios, de valores y de fines; y la *dimensión institucional,* que se refiere al conjunto de las estructuras y de las relaciones institucionales que constituyen el régimen fascista en sus aspectos peculiares. El análisis en tres dimensiones refleja, aunque de manera aproximada, el recorrido histórico del fascismo.

Dimensión organizativa:

1. Un movimiento de masas, en suma interclasista, pero en el que prevalecen, en los cuadros dirigentes y en la masa de los militantes, jóvenes pertenecientes principalmente a las

clases medias, en gran parte nuevos en la actividad política, organizados en forma original e inédita de 'partido milicia'. Este basa su identidad no en la jerarquía social y en el origen de clase, sino en el sentimiento de camaradería, se considera investido de una misión de regeneración nacional, se conceptúa en estado de guerra contra los adversarios políticos y trata de adquirir el monopolio del poder político usando el terror, la táctica parlamentaria y el compromiso con los grupos dirigentes, para crear un nuevo régimen, destruyendo la democracia parlamentaria.

Dimensión cultural:

2. Una cultura basada en el pensamiento mítico, en un sentimiento trágico y activista de la vida concebida como manifestación de la voluntad de poder, en el mito de la juventud como artífice de la historia, en la militarización de la política como modelo de vida y de organización colectiva.

3. Una ideología de carácter antiideológica y pragmática, que se declara antimaterialista, antiindividualista, antiliberal, antidemocrática, antimarxista, tendencialmente populista y anticapitalista, expresada estéticamente, más que teóricamente, a través de un nuevo estilo político y a través de los mitos, los ritos y los símbolos de una religión laica, instituida en función del proceso de aculturación, de socialización y de integración fideísta de las masas cuya finalidad es la creación de un 'hombre nuevo'.

4. Una concepción totalitaria de la primacía de la política como experiencia integral y revolución continua, para llevar a cabo –a través del Estado totalitario– la fusión del individuo
y de las masas en una unidad orgánica y mística de la nación como comunidad étnica y moral, adoptando medidas de discriminación y de persecución contra quienes son

considerados de fuera de esta comunidad, por ser enemigos del régimen o porque pertenecen a razas consideradas inferiores o, en cualquier caso, peligrosas para la integridad de la nación.

5. Una ética civil basada en la subordinación absoluta del ciudadano al Estado, en la entrega total del individuo a la comunidad nacional, en la disciplina, en la virilidad, en la camaradería y en el espíritu guerrero.

Dimensión institucional:

6. Un aparato policial, que previene, controla y reprime, incluso recurriendo al terror organizado, la disensión y la oposición.

7. Un partido único, que tiene las siguientes funciones: garantizar, a través de una milicia propia, la defensa armada del régimen, entendido como el conjunto de las nuevas instituciones públicas creadas por el partido revolucionario; llevar a cabo la selección de nuevos cuadros dirigentes y la formación de la 'aristocracia del mando'; organizar a las masas en el Estado totalitario involucrándolos en un proceso pedagógico de movilización permanente, emocional y fideísta; operar en el interior del régimen como órgano de la 'revolución continua' en pro de la permanente actuación del mito del Estado totalitario en las instituciones, en la sociedad, en la mentalidad y en las costumbres.

8. Un sistema político basado en la simbiosis entre régimen y Estado, ordenado según una jerarquía de funciones, nombrada desde lo alto y que culmina en la figura del 'jefe', investido de sacralidad carismática, que manda, dirige y coordina las actividades del partido, del régimen y del Estado, y opera como árbitro supremo e indiscutido en los conflictos entre los potentados del régimen.

9. Una organización corporativa de la economía, que

suprime la libertad sindical, amplía la esfera de intervención del Estado y trata de llevar a cabo, según principios tecnocráticos y solidaristas, la colaboración de las clases productivas bajo el control del régimen, para la consecución de sus finalidades de potencia, pero preservando la propiedad privada y la división de clases.

10. Una política exterior inspirada por la búsqueda de la potencia y de la grandeza nacionales, con objetivos de expansión imperialista y con vistas a la creación de una nueva civilización.

Sobre el fascismo

La siguiente bibliografía comprende las obras del autor en las que se exponen, con documentación y argumentación adecuada, los temas y los problemas tratados a lo largo de este diálogo.

–*Le origini dell'ideologia fascista. 1918-1925* (1975), nueva ed. ampliada, Il Mulino, Bolonia 1996.

–*Il mito dello Stato nuovo. Dal radicalismo nazionale al fascismo* (1982), nueva ed. ampliada, Laterza, Roma-Bari 2002.

–*Storia del partito fascista. 1919-1922. Movimento e milizia*, Laterza, Roma-Bari 1989.

–*Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista,* Laterza, Roma-Bari 1993. [Ed. esp.: *El culto del littorio,* Siglo XXI España, Madrid 2011.]

–*La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista* (1995), nueva ed. ampliada, Carocci, Roma 2008.

–*La Grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo* (1997), nueva ed. ampliada, Laterza, Roma-Bari 2011.

–*Fascismo e antifascismo. I partiti italiani fra le due guerre,* Le Monnier, Florencia 2000.

–*Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi,* Laterza, Roma-Bari 2001.

–*Fascismo. Storia e interpretazione,* Laterza, Roma-Bari

2002. [Ed. esp.: *Fascismo. Historia e interpretación,* Alianza Editorial, Madrid 2004.]

–*Renzo De Felice. Lo storico e il personaggio,* Laterza, Roma-Bari 2003.

Il fascismo in tre capitoli, Laterza, Roma-Bari 2004.

–*Il fascismo del persecutore. George L. Mosse e la catastrofe dell'uomo moderno,* Carocci, Roma 2007.

–*Fascismo di pietra,* Laterza, Roma-Bari 2007.

–*Modernità totalitaria. Il fascismo italiano* (edic. de), Laterza, Roma-Bari 2008.

–*Contro Cesare. Cristianesimo e totalitarismo nell'epoca dei fascismi,* Feltrinelli, Milán 2010.

–*Mussolini e il fascismo,* en AA.VV.: *I volti del potere,* Laterza, Roma-Bari 2010.

–*E fu subito regime. Il fascismo e la marcia su Roma,* Laterza, Roma-Bari 2012. [Ed. esp.: *El fascismo y la marcha sobre Roma,* Edhasa, Barcelona 2015.]

–*Il capo e la folla,* Laterza, Roma-Bari 2015.

–*«In democrazia il popolo è sempre sovrano». Falso!,* Laterza, Roma-Bari 2016. [*La mentira del pueblo soberano en la democracia*, Alianza Editorial, Madrid 2018.]

–*Mussolini contro Lenin,* Laterza, Bari-Roma 2017. [Ed. esp.: *Mussolini contra Lenin,* Alianza Editorial, Madrid 2019.]

–*25 luglio 1943,* Laterza, Bari-Roma 2018.

Nota del autor

Este diálogo tuvo su origen en las continuas preguntas sobre el fascismo que me han planteado, a lo largo de los años, algunas generaciones de estudiantes y de lectores, y que se han hecho más frecuentes con las polémicas sobre la amenaza de una vuelta del fascismo. He considerado oportuno reelaborar formalmente las preguntas, tal como se han planteado, dando las respuestas en un diálogo, que quiere ser asimismo un acto de reconocimiento hacia todos aquellos que, en las aulas universitarias, en la correspondencia, en las reuniones de clase y en las conferencias, con sus dudas y sus observaciones, han contribuido a animarme en la investigación para conocer y comprender qué ha sido históricamente el fascismo.

He empezado y terminado el libro gracias a los valiosos consejos de Giovanni Carletti y Anna Gialluca. Aun asumiendo totalmente la responsabilidad por lo que he escrito, no puedo dejar de darles las gracias por haber sido mis cómplices en esta pequeña empresa.

En los más de cuatro decenios de colaboración con la editorial Laterza, durante muchos años la publicación de mis libros se ha visto beneficiada, en la elección de las portadas y del aparato iconográfico, por los expertos consejos de Lyda Alari. Y ha sido grande su paciencia al ayudarme, con refinada experiencia, a preparar la parte fotográfica y a veces cinematográfica de mi participación en las clases de

historia organizadas por la editorial Laterza. Y grandes son ahora la añoranza por su ausencia y el recuerdo de su amistad.

Título original: *Chi è fascista*
Edición en formato digital: 2019
Copyright © 2019, Emilio Gentile
© de la traducción: Carlo A. Caranci, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN ebook: 978-84-9181-591-4

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Conversión a formato digital: REGA
www.alianzaeditorial.es

Índice

Prólogo: Fascismo, eterno retorno 4
1. El fascismo nunca ha existido 18
2. Fascista: ¿quién? 26
3. El antifascista fascista 45
4. El fascista del 19, o sea, el falso centenario 67
5. El fascista totalitario 86
6. ¿Y si no fuese fascista? 102
Epílogo. Qué es el fascismo: un mapa histórico 126
Sobre el fascismo 130
Nota del autor 132
Créditos 134